La Gran Depresión del Siglo XXI:
causas, carácter, perspectivas

rvatorio Internacional de la Crisis





LA GRAN DEPRESIÓN DEL SIGLO XXI: CAUSAS, CARÁCTER, PERSPECTIVAS

Colección UNIVERSITARIA

LA GRAN DEPRESIÓN DEL SIGLO XXI: CAUSAS, CARÁCTER, PERSPECTIVAS

Observatorio Internacional de la Crisis

Comité Organizador del Observatorio Internacional de la Crisis

Wim Dierckxsens (Sociólogo, economista — Holanda)
Jorge Beinstein (Economista — Argentina)
Antonio Jarquin T. (Médico, sociólogo — Nicaragua)
Reinaldo Carcanholo (Economista — Brasil)
Paulo Nakatani (Economista — Brasil)
Rémy Herrera (Economista — Francia)

CORRECCIÓN: Guillermo Meléndez
COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA: Lucía M. Picado Gamboa
PORTADA: Olman Bolaños

338
014c   Wim Dierckens. Observatorio Internacional
de la Crisis. La gran depresión del siglo XXI: causas, carácter, perspectivas/ Observatorio Internacional de la Crisis. Dierckens, Wim
—1a. ed. — San José, Costa Rica: DEI, 2009
188 págs.; 21 x 13 cms.
(Colección)

ISBN 978-9977-83-157-2

I. Título

Hecho el depósito de ley.

ISBN 978-9977-83-157-2

Esta obra ha sido posible publicarla gracias al financiamiento de la Fondazione G. Piccini de Italia

Impreso en Costa Rica: Lara Segura & Asociados (506) 2256-1664

PARA PEDIDOS O INFORMACIÓN DIRIGIRSE A:

Asociación Departamento Ecuménico de Investigaciones
Apartado Postal 390-2070
SABANILLA
SAN JOSÉ-COSTA RICA
Teléfonos (506) 2253-0229 • 2253-9124
Fax (506) 2280-7561
Dirección electrónica: asodei@racsa.co.cr
http: //www.dei-cr.org

Contenido

A modo de introducción
Por qué el Observatorio Internacional de la Crisis

1. ¿Qué es lo que nos motiva?

1. El mundo vive hoy una situación de conmoción todavía poco comprendida y los medios de comunicación, comprometidos con los grandes intereses económicos que controlan el planeta, tratan de hacer creer a los pueblos que se trata de simples y transitorios problemas fácilmente superables. En realidad vivimos una grave crisis estructural del sistema capitalista y, más aún, una verdadera crisis de la civilización que puede poner en riesgo la supervivencia de la humanidad. Esa crisis estructural se manifiesta de diversas formas en los distintos continentes, espacios y actividades humanas, y afecta todos los niveles de la vida y de la sociedad.

2. En los últimos trescientos años el capitalismo ha encabezado como nunca antes en la historia una verdadera explosión en el desarrollo tecnológico, de las fuerzas productivas, las ciencias, las comunicaciones, las artes, el comercio, la educación, la salud, etc. Sin embargo, este sistema, junto al colonialismo y el imperialismo, también ha sido y continúa siendo responsable, como nunca antes en la historia, de la explotación extrema de los seres humanos, lo que

conduce, por un lado, a una diáspora por el planeta y, por otro, a sistemas de *apartheid* social, a la destrucción, al derroche y a la degradación de los recursos naturales, centrales para sustentar la vida y la dignidad humanas. La dictadura de élites dominantes que controlan y concentran la riqueza y los recursos del mundo son responsables del actual nivel de degradación de los ecosistemas y del deterioro global, así como de las profundas diferencias en las condiciones de vida de miles de millones de seres humanos.

3. Esta crisis, por múltiples razones, encierra niveles de peligrosidad nunca antes vistos en la historia. Por otra parte, los demás ciudadanos del mundo somos igualmente responsables por esta crisis, pues no hicimos lo suficiente para evitarla. Por ello tenemos la responsabilidad moral de participar en la lucha para superarla. Hoy, iniciando el siglo XXI, y como nunca antes, es indispensable que tomemos conciencia del significado y las implicaciones de lo anterior, lo que requiere de niveles adecuados de información, desde distintas disciplinas y perspectivas del conocimiento humano, que permita una mejor comprensión de los problemas y sus soluciones. Esta es la razón principal para organizar este *Observatorio Internacional de la Crisis* *, una iniciativa latinoamericana y caribeña.

4. La actual crisis del capitalismo, en pleno siglo XXI, es un período crítico, pero asimismo es una oportunidad para construir un nuevo camino. En este contexto, la paz con democracia, la libertad, la justicia, la dignidad y la equidad para el progreso, la seguridad común, la supervivencia de todos los seres humanos y de sus futuras generaciones, deben ser un objetivo de primer orden no sujeto a negociación.

5. La Unión Soviética perdió la Guerra Fría que culminó en su autodesmembración; los EE. UU. y Occidente también la perdieron, lo que se expresa en la actual crisis del capitalismo. No hubo, por tanto, ganadores; todos los seres humanos perdimos.

*http://www.observatoriocrisis.org

6. Desde la Segunda Guerra Mundial, y en especial con la última etapa de la globalización neoliberal, hemos presenciado un periodo de la historia en el que se ha dado la más grande transferencia de riqueza de los pobres a los ricos, en todas las naciones, y desde los países pobres del Sur al Norte del planeta. Estos subsidios masivos de los pobres a los ricos del mundo no han sido suficientes para compensar los grandes desequilibrios producidos por la Guerra Fría, la especulación y el derroche improductivo de las élites dominantes y de las grandes potencias —en primer lugar, sus gastos militares.

7. A partir de los años ochenta, con el neoliberalismo, el sector productivo tendió a crecer cada vez menos; el sector financiero especulativo se volvió dominante y se convirtió en el centro de la actual crisis económica, financiera, política, social, militar y cultural. A la vez estamos próximos a la cima de la producción mundial de petróleo, mientras el agua y los recursos minerales se tornan recursos cada vez más escasos. Por otro lado, se produce una competencia entre biocombustibles y alimentos por el uso de la tierra, lo que encarece la producción de los últimos. Está claro que se trata de una crisis estructural y no solamente coyuntural, pero, además, de una crisis de la civilización que exige un replanteamiento de parámetros y al que la lógica del capitalismo no puede responder.

Hay una muy grave crisis financiera. Desde mediados de 2007 han aumentando las masivas inyecciones de dinero creado mágicamente del aire por los bancos centrales de los países ricos, en un intento por evitar el colapso de sus más grandes bancos y empresas, principales responsables de la crisis. Estas operaciones de rescate han llegado en los meses de septiembre y octubre de 2008 a niveles inimaginables, que se miden por millones de millones de dólares (trillones). Tales intervenciones monetarias agregan más volatilidad al sistema, incrementan la incertidumbre y profundizan todavía más la crisis y el daño —que ya es dramático en extensos sectores de la población mundial. Esto implica que en el futuro tales emisiones inorgánicas de dinero tratarán de ser respaldadas con una mayor transferencia de riqueza

real desde el Tercer Mundo y desde las clases trabajadoras y medias de los países centrales, por la vía de diferentes mecanismos, incluyendo la amenaza o la imposición militar para sostener el poder económico de la élite de los países ricos, en particular de los EE. UU.

8. Esta crisis financiera se expresa en la volatilidad de las monedas —y en especial del dólar—, la insolvencia de los bancos y el crecimiento de las deudas, entre otros males que son parte de la crisis del conjunto del sistema de producción y distribución. La actual crisis económica financiera se acompaña, además, de una crisis ecológica. Los recursos naturales no son suficientes para atender el estilo occidental de vida; hoy, el 20% de la población mundial, concentrada en el Norte, consume el 80% de los recursos naturales.

9. Existe una crisis ecológica. El desequilibrio ecológico y el calentamiento global, consecuencias de la sobreexplotación de los recursos naturales —principalmente de los recursos fósiles—, afectan a todas las regiones del mundo y se sienten con mayor intensidad en las zonas más deprimidas y, dentro de ellas, en los sectores más empobrecidos. En apenas trescientos años de Revolución Industrial hemos destruido lo que la naturaleza tardó millones de años en construir. Las mayores reservas de recursos naturales se encuentran en el Sur y son disputadas con ferocidad por los países dominantes, lo que ha generado guerras que tienden a ampliarse a otras regiones del planeta. Por tal razón, para protegerse ante la crisis, es necesario que los países latinoamericanos y caribeños —y no solo estos— reivindiquen la soberanía sobre sus recursos naturales, los que tienen un peso determinante en la economía mundial, en su propia conservación y en su aporte futuro a la supervivencia mundial.

10. Existe una crisis social que se expresa a través de una distribución extremadamente desigual de la riqueza y la renta, alimentada por el flujo permanente y la transferencia de dichos recursos del Sur al Norte. El Sur ha venido financiando el desarrollo y el progreso del Norte, mediante transferencias de riquezas producidas en el Sur. Es necesario un proceso de redistribución de estas en función de los

países pobres y, sobre todo, de los sectores más empobrecidos en todos los países y a nivel mundial.

11. El siglo XXI es un período de agotamiento de las reservas de las materias primas y esta realidad configura una nueva situación y un problema muy grave para la humanidad. Los precios ascendentes de los minerales conducen a una deformación de la estructura económica de los países poseedores de esos recursos. Por otra parte, la tasa de inflación de los productos agrícolas es en los últimos años el doble de la tasa de inflación general. Hay problemas sociales que desembocan en la exacerbación de la violencia como método para la solución de los conflictos cotidianos; desorientación cultural, producto de la hegemonía de una cultura occidental de progreso y derroche sin límite, excluyente y que provoca más explotación, enajenación, desesperanza, visiones fatalistas, xenofobia y racismo, y la emergencia de extremismos fundamentalistas religiosos. A esto hay que agregar que la mayor parte de los medios de comunicación son dominados por los intereses de las élites que controlan el capital y sirven como instrumentos de deformación de la conciencia de las sociedades. Persiste además la desigualdad histórica de las mujeres en un escenario de peores formas de violencia y explotación sexual, discriminación basada en el género y retroceso en el reconocimiento de sus derechos y libertades.

12. Existe una crisis política a nivel internacional. La guerra es el instrumento que el sistema capitalista no duda en utilizar para apropiarse de los recursos naturales, y en particular los energéticos, como en Irak y Afganistán, o para resolver las contradicciones internas, sin descartar el uso del arma nuclear y otros instrumentos de destrucción masiva. América Latina y el Caribe no están al margen de esta estrategia geopolítica, que repercute en la actual crisis militar general y amenaza con su expansión.

A principios del año 2008 los EE. UU. anunciaron e iniciaron el despliegue de su IV Flota en los mares latinoamericanos y caribeños, lo que es visto por muchos países como una amenaza a su seguridad y la de sus recursos naturales. Este es un elemento de presión que empuja a la región a

adquirir e invertir en nuevos equipos y tecnología militares, a alterar el actual balance de fuerzas en la región y a derivar valiosos recursos productivos necesarios para los pueblos hacia el sector improductivo de armamentos. Esto solo beneficia al complejo militar industrial mundial. A América Latina y el Caribe les conviene tratar y procurar resolver los asuntos de paz y de seguridad, al igual que los de su supervivencia y desarrollo, de manera conjunta entre los Estados y como un todo; de aquí se deriva la urgente necesidad de conformar rápidamente, desde México hasta la Tierra del Fuego, la unidad regional en la diversidad y la mayor igualdad posible, en un proceso de construcción de independencia regional que no debe postergarse más.

13. Existe crisis del Estado puesto al servicio del capital. Existe cuestionamiento y deslegitimación de gobiernos, de partidos políticos y de la construcción de espacios y procesos democráticos. La corrupción forma parte de la lógica económica de las transnacionales, las élites y la acumulación, al tiempo que su acción en las economías periféricas, al priorizar la acumulación de ganancias, distorsiona las funciones racionales de los Estados y de la economía, en cuanto a la provisión de bienes, servicios y empleo para sus respectivas sociedades, y daña la conservación y renovación de los recursos naturales y la institucionalidad de las naciones.

14. El nivel de la crisis se ha profundizado cada vez más y demanda su seguimiento integral y cuidadoso a partir de análisis y opiniones diversas, que permitan a la ciudadanía mundial su comprensión, su estado de alerta y su acción preventiva, frente a los peligros que encierra para grupos sociales, países, regiones y para toda la humanidad.

2. ¿Cuáles son los objetivos de este Observatorio?

1. Se busca analizar e informar sobre esta crisis de la civilización en sus diferentes dimensiones, con el objetivo de buscar en ella oportunidades para construir en la práctica y en la teoría un poscapitalismo. Es decir, formas nuevas

de reorganización social, sobre la base de las experiencias positivas y negativas del siglo XX, que articulen seriamente los contenidos de conceptos como *democracia, libertad, equidad, justicia, seguridad común, paz, ciudadanía real,* con el uso sostenible de los recursos naturales y su apropiación social, el alto al derroche de dichos recursos, la predominancia del valor de uso —esto es, las respuestas a las necesidades de la gente— sobre el valor de cambio —o sea, la necesidad de acumulación de dinero—, la democracia generalizada a todas las relaciones sociales, políticas, económicas, culturales, de género, y la multiculturalidad, de modo que se permita a todas las culturas, saberes, filosofías y religiones dar su aporte propio a la reconstrucción social de una nueva sociedad en equilibrio entre sí, con el medio ambiente y con las capacidades del planeta.

2. Se busca analizar cómo la crisis actual también brinda nuevas oportunidades a los seres humanos para las resistencias al sistema vigente en los distintos sectores: campesinos, obreros, pueblos indígenas, afrodescendientes, migrantes, mujeres, jóvenes, viejos, profesionales y ciudadanos a todos los niveles, que demandan un mundo más justo y equitativo, en paz y armonía con la naturaleza. Son procesos diversos, con actores múltiples que se enfrentan a oposiciones radicales de élites minoritarias en función de intereses de clases o de grupos dominantes, cuyo único objetivo es la acumulación de dinero, riqueza y poder, por encima de otras consideraciones humanas. Estos procesos encuentran en la crisis —como en todos los procesos sociales— nuevas dificultades de organización, culturales, éticas e ideológicas, pero asimismo nuevas oportunidades. Son procesos dialécticos que exigen determinación, realismo, estrategias concretas, aunque sobre todo claridad de visión e información.

3. Se busca analizar cómo la crisis ofrece oportunidades para la construcción de nuevas institucionalidades o para la profundización de procesos de integración en marcha, como hoy ocurre en América Latina y el Caribe. El mundo está necesitado de salidas multinacionales y multiculturales, constructivas, que aseguren la equidad, el bien y la seguridad comunes, el progreso, la paz, la libertad y la democracia inte-

grales, cosas que no podrán surgir de quienes han llevado a la humanidad al borde de su propio autoexterminio.

4. Se busca que este Observatorio transcienda el marco académico y sea un instrumento de información y alerta documentada para los pueblos en sus luchas, para la construcción de alternativas y hacer propuestas en los distintos espacios y regiones del mundo.

5. Se desea que este Observatorio sea un sitio de intercambio mundial para socializar las ideas desde una perspectiva multidisciplinaria constructiva e interregional. En esta medida puede llegar a ser un instrumento de construcción, intercambio y unificación de criterios para concertar y hacer propuestas a nivel nacional, regional y mundial.

6. Finalmente, el siglo XXI se nos presenta como una época que puede ser el fin de la historia o el principio de una nueva historia; vale decir, un período para que la humanidad se reconstruya como raza humana, para las futuras generaciones y su continuación, aprendiendo y construyendo a partir de los errores y los aciertos del pasado. Ese es el reto para la humanidad: construir la alternativa o la transición hacia algo superior en función de la máxima creación a la que podemos aspirar, el ser humano integral en armonía consigo mismo y con la naturaleza.

Capítulo I

Trabajo productivo e improductivo en la transición histórica

Wim Dierckxsens

1. Un enfoque histórico de la transición de las civilizaciones

El ascenso y la caída de las grandes culturas en la historia se encuentran estrechamente vinculados con el tema del trabajo productivo e improductivo, y así también en el capitalismo. El enunciado de que las relaciones existentes de producción se tornan a la larga una traba para el propio desarrollo de las fuerzas productivas, se manifiesta precisamente por el carácter improductivo del trabajo que predomina en cada fase final de un modo de producción. Los conceptos de trabajo productivo y trabajo improductivo trascienden al propio capitalismo. Se presenta en todas las culturas de la humanidad, pero solo en el capitalismo adquiere una modalidad específica.

A través de la historia, el trabajo improductivo se asocia con el descenso de las culturas, y con el ascenso el productivo. El ascenso y el descenso de las élites en el poder, en otras palabras, están en función de su propio carácter productivo. En cada crisis de un modo de producción, la élite se vuelve superflua por el carácter improductivo que adquiere en esa fase. Las grandes culturas precolombinas, al igual que las del antiguo Egipto, Mesopotamia, China antigua, todas ellas ven surgir y resurgir una dinastía tras otra con la aparición de grandes obras de culto, que encuentran su base económica en las grandes obras productivas que las anteceden. Cada expansión de las obras hidráulicas provoca un ascenso en las fuerzas productivas sociales y da pie a una nueva expansión 'cultural'. La última tiende a contraer la base productiva. Las obras (re)productivas reafirman el Bien Común y legitiman la división del trabajo, mientras las obras de culto revelan un choque de intereses.

Cuanto más suntuarias sean las obras de culto, más tienden a desarrollarse a costa de la base productiva. El choque de intereses de la comunidad superior con los de las comunidades de base se hace evidente a partir de una hambruna, que además hace manifiesto el carácter improductivo de la élite dominante. La permanencia de la comunidad superior pone en peligro la base productiva de las comunidades. Sin embargo, la ausencia de la comunidad superior también constituye una amenaza para la conservación de la base productiva. La consecuencia es una crisis cíclica del sistema imperante. La misma crisis de un centro de poder demanda uno nuevo para restaurar las obras productivas ya existentes o iniciar otras.

En el régimen esclavista no existe ningún mecanismo natural para la reproducción de la fuerza de trabajo. Para garantizarles a los amos la reproducción de los esclavos, existe la necesidad de una tercera clase social: los ciudadanos libres. La esclavitud por deudas que sufran históricamente los propios civiles tiene su límite objetivo: la amenaza para la reproducción futura de la mano de obra esclava. Tanto en la Grecia como en la Roma antiguas hay que poner límites a la esclavitud por deuda, para salvar el reemplazo de los es-

clavos en el tiempo. La guerra permanente constituye el mecanismo por excelencia para reclutar mano de obra esclava. La demanda solamente se puede satisfacer si también hay una oferta, y en el mercado nadie se ofrece de forma voluntaria como esclavo. La reducción a la esclavitud de pueblos conquistados es la única modalidad efectiva para mantener una 'oferta'. Al no reproducirse biológicamente los esclavos, la demanda adquiere carácter permanente y con ello la guerra. La guerra en sí constituye un trabajo improductivo; lo que para los conquistadores aparece como productivo, es pérdida de riqueza para los conquistados.

La guerra resulta productiva a los ojos de los conquistadores, mientras sus costos son compensados con holgura por el botín de guerra y el reclutamiento de mano de obra esclava. Cuando se invierte la relación, el gasto de defensa se hace improductivo. Para los conquistados, el panorama se revela exactamente al revés. En esencia, la captura de esclavos y el botín de guerra no representan sino una redistribución forzosa de riqueza ya existente; de ningún modo constituyen creación de riqueza nueva. Conforme el imperio esclavista se expande, la demanda de esclavos se da a escala ampliada. El costo de la guerra aumenta, entonces, conforme se amplía la relación esclavista. Una esclavitud a escala ampliada exige una conquista en escala igualmente ampliada. Al acortarse la vida media de los esclavos por efectos de trato brutal, el retorno al campo de batalla se acelera. En medio de ello surge la necesidad objetiva de ampliar la tercera clase, que suele morir en los campos de batalla. La ciudadanía se reproduce de manera artificial al otorgársele a los pueblos conquistados que brindaron escasa o ninguna resistencia. La reproducción ampliada de la ciudadanía es vital para recaudar los impuestos y guerreros necesarios para la perpetuación de la guerra.

Los costos de la guerra y de la defensa tienden a subir con cada ampliación del imperio. En efecto, conforme este se amplía el costo de la guerra crece con más rapidez que su beneficio, la generación de mano de obra esclava. Y si la afluencia de esclavos disminuye de cara a la demanda existente, su precio va en alza. Cuando el costo de la guerra

supera crónicamente su beneficio, se manifiesta una crisis de reproducción de la relación esclavista. La única salida es promover la propia reproducción biológica de los esclavos. Para ello, sin embargo, se requiere que el propio esclavo tenga acceso a condiciones objetivas de reproducción de su vida: por lo general la tierra. Para eso hay que concederles mayor libertad como personas. Aparecen así el liberto y el colono, y el esclavo desaparece.

De esa forma cambia en su esencia la racionalidad económica, lo mismo que la relación de explotación. Junto con los esclavos, los propios esclavistas tienden de igual modo a desaparecer. Además, al decaer el comercio de esclavos, el trabajo de defensa del imperio se vuelve improductivo. La manutención del imperio en función de los patricios se torna un gasto improductivo. La autosuficiencia de cada una de las provincias periféricas se convierte así en inevitable necesidad. Al crecer cada vez más las provincias autosuficientes, el centro imperial de poder pierde toda fuerza unificadora basada en la economía de mercado esclavista. El imperio se desintegra primero en aquel entorno donde reina mayor atraso comercial: Occidente.

Durante el feudalismo el siervo de la gleba se vende junto con las bestias y las tierras del señor, y su libertad solamente se distingue de la del esclavo en cuanto al derecho a la propia reproducción. La mayoría de los siervos, no obstante, disponen para ello de una parcela. Se paga al señor una renta en trabajo. Con el crecimiento de la fuerza productiva más elemental, la propia población, se crean pueblos nuevos. Bajo la conducción de los señores se realizan esas obras productivas en lugares más lejanos y menos accesibles. El paso de la renta en trabajo a la renta en especie está vinculado al desarrollo de estos pueblos nuevos, es decir, a partir de la ampliación de la base productiva.

Los señores cobran la renta en productos de fácil ingreso en un comercio creciente. Los siervos más especializados en tareas de transporte tienen mayor libertad para moverse. Los comerciantes se instalan fuera de los grandes *burgos* medievales, transformados en *ciudades*. Los siervos de la gleba especializados en elaborar artesanía para las cortes feuda-

les, adquieren mayor libertad como personas. Los señores de las cortes, en vez de abastecerse con el tosco trabajo artesanal de sus propios siervos, tienden a comprar los artefactos en el mercado, acentuándose así la división regional del trabajo artesanal. A partir de la economía de mercado, los habitantes de las nuevas ciudades alcanzan derechos económicos, sociales y políticos. Nace la burguesía con su propio gobierno político.

Por otro lado, las ciudades necesitan de manera creciente productos agropecuarios, y una masiva demanda de lana conduce al cercamiento de tierras comunales que dan origen a grandes explotaciones agropecuarias. Los comerciantes organizados en gremios son los actores más dinámicos en la economía de mercado con base en una división regional del trabajo. Los gremios de artesanos no ejercen control sobre mercados ajenos. Con el fin de evitar su subordinación a los comerciantes, los artesanos tienden a ser proteccionistas, para lo cual regulan su producción poniendo topes a esta, introduciendo controles de calidad, etcétera.

Ahora bien, a partir del proteccionismo se hace más difícil adquirir la ciudadanía. Se bloquea la migración de siervos en las propias ciudades, cerrándose así las puertas de la libertad. En este entorno, el paso o transición de la renta en especie a la renta en dinero es lo que permite otorgar la libertad como persona a los siervos. Los señores feudales revocan el derecho vitalicio a la tierra, que entonces se alquila al mejor postor. Con la renta en dinero, el papel de los señores adquiere un carácter netamente improductivo. Los campesinos, por su parte, se incorporan como actores libres a la economía de mercado. El capital comercial y usurero, sin embargo, tiende a separar de su tierra —es decir, de sus medios de producción— a los nuevos productores libres. Con su libertad, a fin de cuentas, las personas no tienen sino su propia fuerza de trabajo para vender en el mercado.

Ante un ascendente proteccionismo, los comerciantes se especializan en la compra y venta de productos exóticos, cuya principal clientela es la nobleza, con lo que el comercio se desarrolla más allá del continente. Como Occidente tiene poco que ofrecer a Oriente, el dinero tiende a drenarse hacia

el Este, lo que se busca contrarrestar con los saqueos de oro y plata en América. Pero la afluencia masiva de oro y plata genera una inflación galopante en Europa. Los señores improductivos que viven de rentas más o menos fijas sufren las consecuencias; la venta masiva de tierras por parte de la pequeña nobleza se convierte en fenómeno común, apareciendo entonces la gran explotación agrícola destinada al mercado y cuya producción se basa en la fuerza de trabajo asalariado. Los comerciantes a su vez conceden materia prima a los campesinos empobrecidos y sin acceso ya a los pastos comunales. Nace así la industria a domicilio: con sus rudimentarios instrumentos artesanales, que utilizan para tejer su propia ropa, estos campesinos comienzan a trabajar para el comerciante industrial, quien reúne a los trabajadores en una sola manufactura, dando lugar así a la relación capitalista. La nobleza que vive de rentas improductivas se encuentra cada vez más lejos de la economía de mercado.

También la crisis actual del capitalismo se revela a partir del ascenso del trabajo improductivo sobre el productivo. Después de una política económica keynesiana enfocada en la acumulación de capital basado en el crecimiento económico, el neoliberalismo se orientó a acrecentar el capital transnacional y financiero a expensas de una concentración del ingreso y de los mercados en cada vez menos manos. Este modelo de acumulación es mejor conocido bajo el término de globalización, una guerra económica por los mercados ya existentes a favor de las grandes empresas transnacionales. Pero tal proceso de concentración de la riqueza no es sostenible. En efecto, con el anuncio concreto de un colapso bursátil y una recesión simultánea en los EE. UU., Europa y Japón en 2001, la repartición del mercado y del ingreso mundial llegaron a su límite.

Para continuar la acumulación financiera, improductiva y especulativa, se empezó entonces a comprometer el pastel futuro a generar mediante pagarés de consumidores, empresas y Estados. Con todo, el pastel, la esperada masa de ganancia acrecentada sin cesar, nunca se generó. Y es que al desconectarse el capital financiero del productivo, tal ga-

nancia jamás es producida como plusvalía. La cadena de crédito se rompió con la crisis inmobiliaria y crediticia, que constituye apenas una parte menor de todo el capital especulativo en juego. La crisis financiera implicó un recorte del crédito bancario. La repartición del ingreso mundial en declive acentúa y prolonga la recesión mundial que desemboca en depresión. El crecimiento en unos países a costa de los demás no es una salida duradera. En fin, que este "sálvese quien pueda" que se expresará como proteccionismo y nacionalismo a la larga no salvará siquiera a los triunfadores, al minarse todo su entorno económico.

No es la primera vez que la economía mundial entra en una recesión profunda. Desde principios del capitalismo se observan estas crisis cíclicas. Menos comunes y más recientes en la historia del capitalismo son los ciclos en países individuales, que suelen coincidir siempre más con la mundialización de la economía. La profundidad y la escala de las recesiones tienden así a su acentuación. A fines del siglo XIX apareció la primera recesión internacional, que afectó de manera simultánea a un tercio de los países centrales de entonces. La recesión económica de la Primera Guerra Mundial perjudicó al 50% de tales países, y la Gran Depresión de los años treinta involucró al 75%, sin hablar aún de los países periféricos. Al sincronizarse las recesiones en el espacio y el tiempo, estas suelen ser más amplias y profundas. La recesión actual, en una economía global, no dejará prácticamente escapatoria a nadie y promete ser más honda que jamás en la historia del capitalismo.

En ciclos económicos prolongados, los ascensos se caracterizan por galopantes tasas de ganancia, y los descensos por la caída de estas. Un realce con fase expansiva del capital productivo por lo general se deriva de una nueva revolución tecnológica, y cada período de descenso resulta con frecuencia de la redistribución del ingreso y del mercado existentes. Los ciclos económicos parecen continuos. Visto así, el capitalismo se muestra capaz de salir de cada crisis gracias a nuevas innovaciones tecnológicas. De este modo se mantiene la expectativa de que la tecnología salva la tasa de ganancia en todos los tiempos. Con ello, el capitalismo

saldría a flote de cada recesión, y únicamente un factor externo podría frenar la racionalidad capitalista, convicción que comparte la izquierda tradicional. No se concibe el agotamiento de la propia racionalidad del capital como posibilidad de transición hacia una nueva forma de organización social.

Sin embargo, paradójicamente se ha llegado a una velocidad tal en la sustitución tecnológica, que la vida media de la tecnología se ha reducido casi a cero. Es imposible acortar más la vida tecnológica, porque la velocidad de tal sustitución tiene un costo de producción, imposible de compensar con bajas de los costos del trabajo que permiten dicha innovación. Por consiguiente, la tasa de beneficio solo subiría prolongando la vida media de la tecnología. La fuga de capitales hacia inversiones que favorecen la concentración de la riqueza y del mercado existentes a favor del capital transnacional de una nación hegemónica, representa una salida apenas a muy corto plazo. El "sálvese quien pueda" tiende a desembocar en neofascismo, pero con la guerra de repartición del mundo si acaso lograrán beneficiarse unos pocos, lo que implicará ahondar la recesión mundial. Vale decir, el país bélico mina su propio entorno, y cuanto más unilateral sea su política, más tendrá que asumir solitario el costo improductivo de una guerra con frentes en el mundo entero.

En este entorno y en medio de mucho dolor deberá nacer entonces la conciencia, incluso entre los más reaccionarios, de que sin estímulo a las economías locales y nacionales no habrá salida para nadie. Ahora bien, si el capital transnacional logra sobrevivir como capital a una nueva recesión mundial, esa supervivencia dependerá de si le es posible vincularse de nuevo con el campo productivo. Y como dijimos, sin prolongar la vida media de la tecnología no será posible tornar rentable la producción. Pero al prolongar esa vida media no habrá posibilidad de acumulación, ya que el crecimiento económico disminuirá en igual medida que los productos y la tecnología tengan más vida. O sea, el bienestar genuino aumentaría en medio de un proceso de acumulación negativa del capital. Como tal, este se negaría a sí

mismo, es decir, estaría fuera de juego, y las fuerzas progresivas de la historia de la humanidad que llevan su antorcha en América Latina y el Caribe, anunciarían que es hora de que nazca una nueva sociedad.

Esa utopía se está haciendo realidad de manera latente. Este salto cualitativo apenas está a la vista; y, si no lo vemos, ello se explica por la oscuridad de la noche de una depresión antes del amanecer.

2. El carácter transitorio del propio capitalismo

Menos de dos décadas después de la caída del Muro de Berlín y la desintegración del bloque socialista, otro muro cayó, el de Wall Street; con él cayó el triunfante pensamiento único, y con ello no solo el neoliberalismo vigente sino que ahora peligra incluso la propia e imperante racionalidad capitalista. El ascenso y la caída de las civilizaciones es una tesis clásica que hoy toma de nuevo vigencia. Los tres momentos: las relaciones sociales de producción, las fuerzas productivas y la conciencia de estas pueden y deben entrar en contradicción al interior de sí mismas. Y hay suficiente evidencia de que el capitalismo ha llegado a una fase de desarrollo donde las fuerzas productivas sociales entran en contradicción con las relaciones sociales de producción vigentes. De modo que en vez de aumentar la productividad del trabajo, las relaciones capitalistas se manifiestan siempre más como trabas de este.

Nuestra tesis central es que bajo el neoliberalismo la racionalidad económica del capitalismo, además de adquirir una dimensión mundial sin precedentes, entra en una crisis sin aparente solución: las actuales relaciones de producción, que amenazan a las propias fuerzas naturales, asimismo impiden un mayor desarrollo de las fuerzas productivas sociales. En otras palabras, a raíz de la maximización de la tasa de beneficio a partir de la competencia entre capitales privados la racionalidad misma del capitalismo se encuentra en crisis, toda vez que dicha maximización depende del

desarrollo de las fuerzas productivas sociales más que de cualquier otra cosa.

Ahora bien, la innovación tecnológica cada vez más acelerada y la sustitución sin cesar de unos productos tecnológicos por otros más nuevos, han sido el motor de la competencia en todas las fases del capitalismo, sobre todo desde la era keynesiana. Bajo esta lógica competitiva, la vida media de los productos se acorta de manera constante y la reproducción del capital se acelera hasta superar la velocidad de reproducción de las fuerzas naturales, lo que ha puesto en peligro la reproducción de las fuerzas naturales. Simultáneamente la vida media de la tecnología baja, a tal punto que el costo de la innovación tecnológica en el ámbito productivo progresa de forma geométrica. Cada innovación tecnológica implica una reducción en el costo laboral. Mientras el costo de la innovación aumente a menor velocidad que el ahorro en el costo del trabajo que implica la nueva tecnología, la tasa de ganancia tiende al alza en el ámbito productivo. Si sucede lo contrario, la tasa de beneficio tenderá a la baja. La primera tendencia prevaleció en la segunda posguerra, hasta fines de los años sesenta, y después ha predominado la segunda.

Por otra parte, la tendencia a la baja de la tasa de ganancia no es un fenómeno nuevo en el capitalismo, toda vez que a lo largo de su historia esa tasa ha evolucionado de manera cíclica. Después de cada ciclo de baja, ha surgido un ciclo nuevo en el que esa tasa de beneficio sube de nuevo. Los períodos de alza de la tasa se caracterizan por una fase expansiva de la producción de mercancías y servicios. Los períodos en los cuales la tasa de ganancia tiende a la baja, se caracterizan por una concentración de la riqueza ya existente en manos de los capitales más fuertes. La inversión en la concentración de la riqueza ya existente conduce a la contracción económica, esto es, genera un período de recesión. La fe de los actuales defensores del sistema es que el capitalismo se salga una vez más con la suya a partir de otra fase expansiva de la producción. Según estos partidarios, pronto habrá un nuevo ciclo económico expansivo para el capital. Esta tesis se basa en la simple convicción de que el

capital siempre ha logrado salir airoso y, por lo tanto, lo conseguirá otra vez. Estas tesis son subjetivas, no se apoyan en argumentos objetivos. Nada objetivo permite vislumbrar tal resurgimiento del capital productivo.

Nuestra tesis es que la reducción de la vida media de los productos en general y de la tecnología en particular ha llegado a una etapa en la que, además de estar acabando con los recursos naturales y el ambiente, tampoco permite seguir compitiendo con una vida útil tan corta. Recortar aún más la vida media de la tecnología lo que hace es destruir el entorno natural, fundamento de toda producción, a la vez que elevar los costos de innovación en forma geométrica, sin posibilidades de reducir en igual forma los costos del trabajo. El resultado simultáneo será el agotamiento y la destrucción de la base natural de toda producción y el inevitable descenso de la tasa de ganancia.

El derroche tecnológico funciona como si las fuerzas productivas sociales estuviesen menos desarrolladas. Por el contenido, se sustituye a velocidad creciente la riqueza material ya existente. Esta sustitución cada vez más veloz de la tecnología, sin embargo, permite al capital elevar su tasa de beneficio. El capital ve en ese derroche de riqueza material la esencia de la creación de tal riqueza, no obstante, cuando la velocidad de la sustitución tecnológica llega a tal grado que resulta imposible bajar en la misma medida el costo laboral, la innovación tecnológica choca con la racionalidad misma del capital. La propia conservación de la tecnología resta dinámica a la velocidad de la acumulación. Luego, seguir acortando la vida media de la tecnología deteriora también la tasa de ganancia. Aquí reside precisamente la contradicción: la propia relación de producción ya no brinda oportunidad de elevar el desarrollo de las fuerzas productivas sociales materiales.

La sustitución siempre más acelerada de los productos en general y de la tecnología en particular constituye, entonces, una amenaza tanto para la reproducción de la naturaleza como para la reproducción de la propia racionalidad interna del capital. Seguir produciendo a partir de una permanente aceleración de la innovación tecnológica deja de

ser una ventaja competitiva. La tendencia a la baja de la tasa de beneficio se debe al descenso de la productividad del trabajo provocada por la acelerada innovación tecnológica. Conservar los productos en general y la tecnología en particular por más tiempo implicaría una mayor productividad del trabajo, pero limitaría la relación competitiva. Con todo, ante la baja de la tasa de ganancia no queda otra salida que prolongar la vida media de los productos. Con esta inversión de las cosas, empero, se alteraría la propia racionalidad del sistema. Entrar en esa nueva contradicción supondría una crisis para la racionalidad capitalista, aunque en modo alguno para la humanidad como tal. En la actualidad al capital le queda aún la opción de luchar por posponer al máximo el cambio en la racionalidad económica, sin embargo no podrá evitarla.

La tasa de ganancia ha oscilado durante toda la historia del capitalismo. Más allá de las oscilaciones coyunturales y de corta duración, hay otras ondas de mayor permanencia. Estas se originan en la baja más o menos prolongada de la tasa de ganancia en el ámbito productivo. En tales coyunturas el gran capital huye de esta esfera hacia el ámbito redistributivo. Esto es, en vez de invertir para generar nueva riqueza con una tasa de beneficio menor, invierte en la repartición de los mercados existentes lo que deriva en concentración de la riqueza que ya existe. Los ciclos improductivos merecen atención especial de estudio, ya que estos períodos improductivos del capital son causa de numerosas crisis e incluso guerras del capitalismo. Además de dimensiones temporales su evolución posee dimensiones espaciales. Históricamente estas crisis, en primera instancia, fueron propias de unos sectores en un solo país. No obstante, conforme el capitalismo se expandió a través de los sectores económicos y siempre en más naciones del mundo, también estas crisis adquirieron carácter internacional. Los grandes ciclos económicos se tornaron entonces más agudos, prolongados y vastos en el espacio. Hoy nos hallamos frente a una crisis global que involucra al mundo entero.

El período del imperialismo de finales del siglo XIX, que desemboca en la Primera Guerra Mundial, la crisis de los

años treinta y la Segunda Gran Guerra, se caracterizan por un episodio prolongado y crítico de capital improductivo. Desde fines de los años sesenta y principios de los setenta, la tasa de ganancia en el ámbito productivo tiende a la baja. Se anuncia con ello, otra vez, un período dominado por el capital improductivo. La repartición de la riqueza y de los mercados ya existentes durante el período del imperialismo llevó a la gran crisis económica de los años treinta, así como a las dos conflagraciones mundiales. Después de la Segunda Guerra se vuelve a producir riqueza, con el keynesianismo, en cada nación. Se aprende que para poder repartir se debe generar de nuevo, al menos temporalmente, riqueza en todos los países. Es en ese período de la segunda posguerra cuando baja, como nunca antes, la vida media de los productos en general y de la tecnología en especial. En su primera fase, la tasa de ganancia se eleva al expandirse la producción a costa de la baja de la vida media de los productos. En un segundo momento, desde finales de los años sesenta, esa tasa tiende a la baja al acortarse la vida media de la tecnología a tal extremo que la innovación tecnológica se torna desventaja competitiva.

Con el neoliberalismo se ingresa a una nueva fase de concentración de la riqueza, esta vez a escala mundial. Invertir en la concentración de la riqueza mundial ya existente en cada vez menos manos, implica salvar la ganancia del gran capital a costa de la pérdida de dinamismo en el ámbito productivo. La exclusión y la pérdida de ingresos de los más humildes en el mundo, son la consecuencia lógica. La demanda global se contrae, pese a que la demanda efectiva de productos transnacionales crece. Con todo, tarde o temprano llega a su límite y la recesión económica resulta inevitable secuela. En efecto, cuando el mercado mundial se reparte entre los grandes capitales se agotan otra vez las posibilidades de ganar. He aquí la crisis bursátil de los años 2000 y 2001. No hay salida para la acumulación ni por el crecimiento ni por la redistribución de la riqueza conocida. Quedan nada más dos salidas temporales: aumentar la demanda efectiva transnacional a partir del crédito y/o buscar una nueva repartición del mercado mundial.

Es obvio que en un mundo así no existe lugar para todos ni para todo el gran capital. En tal contexto emerge un nuevo imperialismo mundial. Desde entonces, cualquier redistribución del mercado implica una creciente confrontación entre las potencias y los capitales más poderosos, si bien la batalla se da en la periferia. La guerra contra el terrorismo responde a esta lógica. Este conflicto extraeconómico acentúa el reparto del mundo a costa del ámbito productivo y los ingresos de mayorías en aumento, y por ende también de la capacidad de consumo en el mundo entero.

Ahora bien, el endeudamiento progresivo a partir del año 2001 pospone la recesión por un tiempo. Pero con una deuda que crece se ahonda la recesión mundial; vale decir, se hará cada vez más vasta y profunda hasta desembocar en una depresión global de la que no se salvarán el imperio ni el capital triunfante, como ya se observa en la actualidad. Se vislumbra como amenaza que el imperio pretenda salvarse con una guerra de mayor amplitud, aun cuando su máxima victoria sería ser el último perdedor. Sin embargo, después de Vietnam, Irak y ahora Afganistán, lo más probable es una derrota adelantada. Por cuanto una guerra ampliada solamente empeoraría la depresión, de cara al capital, el retorno a la inversión productiva se perfila como una renovada necesidad histórica. Sin ella no habrá salvación siquiera para el gran capital triunfante. Por tal razón, el neokeynesianismo levanta cabeza en la actualidad.

Acumular con base en la mayor concentración de la riqueza existente, lo que hace es contraerla. Acumular con base en un reparto de riqueza en declive supone una tarea siempre más agresiva, cuyas perspectivas son cada vez peores incluso para los triunfadores. En otras palabras, una depresión en escala global no ofrece salvación siquiera a los países más fuertes o a las empresas más exitosas. Más aún: aquellos países y empresas con mayor éxito en la conquista del mercado mundial, sufrirían a fin de cuentas la mayor caída. Este podría ser el fatal destino de China.

Al contraerse la economía mundial, también lo hará el comercio mundial. Así, en el último año a abril de 2009, las exportaciones en 18 de 20 países del G20 cayeron en más

del 20% y en más del 30% en 14 de 20 países, lo que revela que el proteccionismo está de vuelta. Por tanto, la única salida que visualizan los países del Norte es la promoción de la economía y la demanda internas a expensas de la demanda externa, o sea, un sálvese quien pueda. El resultado será una depresión todavía más profunda. Para el Sur esto podría significar la oportunidad de desconectarse de la globalización neoliberal y de definir su propio destino con más autonomía. Y es que quienes más sufrirán la contracción del comercio internacional son las multinacionales. El colapso de WorldCom y de Enron, son apenas la punta del iceberg del colapso económico de las grandes transnacionales. Hoy están por colapsar iconos de la economía estadounidense como General Motors y Ford. Una profundización de la repartición (o re-repartición) de los mercados existentes a partir de la fuerza militar ampliada podría salvar de la recesión a una nación por un tiempo muy corto, aunque con el costo de todo su entorno. Pero, repetimos, al deteriorarse su entorno, no habrá salvación ni para la nación triunfante.

Para evitar un colapso total de la economía mundial, y con ello del propio capital, este tendrá que, a toda costa, volver al ámbito productivo. Porque al contraerse el pastel existente, no queda otra salida que volver a hacer pastel para poder acumular. Sin embargo, únicamente será posible acumular si el capital logra elevar otra vez la tasa de ganancia en esta esfera productiva. Al acortar la vida media de la tecnología a los límites históricos posibles, el capital se ve imposibilitado, como capital, para estimular el ámbito productivo. En otras palabras, un retorno del capital a dicho ámbito es imposible sin alargar la vida media de la tecnología, y por ende de los productos en general, abortando su propia racionalidad. Esa es la única salida para tal retorno. Mientras el capitalismo se aferre a la agresiva redistribución de los mercados en general y del financiero y especulativo en particular, más se hundirá. Con esa política se podrá salvar la ganancia en lo inmediato, pero no a mediano plazo.

Al incrementar la vida media de los productos en general y de la tecnología en particular, crecería de inmediato la rentabilidad de la inversión. La reproducción económi-

ca adquiriría carácter más pausado y permitiría ponerse en armonía con la reproducción de las fuerzas naturales, es decir, se tornaría más sostenible. Al disminuir la rotación de capital gracias a esa prolongación de la vida de los productos, sin embargo, ocurriría a la vez una contracción en la producción de valor en el Norte. Por tanto, las oportunidades de (re)inversión de capital en el ámbito productivo disminuirían, y con ello las oportunidades de ganancia. Por ejemplo, la duplicación de la vida media de los productos reduciría a la mitad la creación de riqueza nueva, así como el trabajo necesario para ello. La única salida para la revaloración del dinero sería su movilización hacia la inversión productiva en el Sur. Al mismo tiempo, el Sur reivindicaría como nunca antes el acceso a los recursos naturales para su propio proyecto endógeno. Al ampliarse la producción en función de necesidades hasta la fecha muy descubiertas, un bienestar genuino mayor se adquiriría en el Sur.

Cuanto más democrática fuese esa definición, tanto más ciudadana la alternativa y más se apuntaría al buen vivir. Al duplicarse la vida media de los productos, tendería a reducirse el trabajo necesario en el Norte. La nueva riqueza económica producida anualmente podría limitarse a la mitad sin pérdida de bienestar genuino. Al contrario, el buen vivir reemplazaría al crecimiento forzoso. Este proceso liberaría al ser humano del trabajo necesario para su sostén diario, en vez de ponerle la cadena perpetua. Sería la transición hacia otra forma de vida, el camino hacia el buen vivir.

Si la riqueza nueva generada anualmente en el Norte se redujese a la mitad, lo que sobraría desde entonces sería el dinero como capital. Para no perder su valor futuro, ese dinero tendría que migrar productivamente hacia el Sur. Solo en la medida en que el dinero liberado en el Norte se vinculara con la producción en el Sur, no se desvalorizaría. Tal vinculación se podría conseguir también y de manera más autónoma. Crecería así la reivindicación de los países del Sur de disponer de sus propios recursos naturales y trazar su propio proyecto histórico. En América Latina y el Caribe existe hoy un claro proceso de transición en esa dirección. La tendencia histórica es que el trabajo productivo y el in-

greso originados en el Sur aumentarán, al tiempo que disminuirán en el Norte. El resultado sería una equiparación rápida del ingreso por dos vías. La cooperación internacional se sustituiría por impuestos históricos. Sería la obligada desaceleración de la economía de lo suficiente en el Norte con el impulso a la economía de lo necesario en el Sur por medio de impuestos internacionales. Esta transferencia impositiva y justa de Norte a Sur constituiría el motor para alargar la vida media de las cosas. A la larga, el dinero perdería toda función de acumulación y se reduciría siempre más a su función original de medio de cambio de valores equivalentes.

Conforme se prolongara la vida de los productos y de la tecnología, la innovación dejaría de ser el motor de la competencia. Desde entonces el conocimiento podría proclamarse como patrimonio de la humanidad. Hoy, las patentes son el último refugio de los capitalistas como rentistas improductivos y parasitarios, al igual que los señores feudales en la transición del feudalismo al capitalismo. Con la proclamación del conocimiento como patrimonio común de la humanidad, la clase burguesa pasaría a la historia como lo hizo la nobleza al nacer el capitalismo. Si existiese aún alguna base para la competencia, sería a partir de la calidad de los productos. Si la economía de lo suficiente encogiese el crecimiento todavía más de lo que la economía de lo necesario lo aumentara, la reproducción de las fuerzas naturales sería más sostenible. Simultáneamente, la reproducción de dinero como capital resultaría menos sostenible. A partir de entonces, se perdería toda posibilidad de acumular dinero. En otras palabras, incluso al tratar de salvarla se alteraría la racionalidad económica en sus raíces. En medio de la muerte lenta de la racionalidad vigente, nacen y se desarrollan la conciencia y la posibilidad de implementar nuevas relaciones sociales de producción, que ya no partan de la competencia sino de la inevitable solidaridad. Nace hoy el reencuentro con la utopía, y se desarrolla en medio de ese movimiento contradictorio.



Capítulo II

La crisis financiera: raíces, razones, perspectivas

Rémy Herrera
Paulo Nakatani

La actual crisis financiera ha sido anunciada desde hace tiempo por muchos economistas, marxistas o no, pues las condiciones fueron creadas desde la aceleración del movimiento de desregulación de los mercados monetarios y financieros. No es posible determinar con precisión cuándo comenzó, pero sí estamos seguros de que primero afectó a México en 1994 —en el momento de su integración al Tratado de Libre Comercio de Norteamérica—, después a los países "emergentes" de Asia (Corea del Sur, Tailandia, Malasia...), Rusia y Brasil en 1997-98, y finalmente a Argentina en 2001. Si las perturbaciones observadas en la actualidad en el sector inmobiliario de los Estados Unidos tuvieron su propia dinámica de burbuja autónoma, deben ser interpre-

tadas además como la continuación de los problemas no resueltos en el momento de la implosión en 2001 de la burbuja de la "nueva economía", cuya repercusión fue múltiple y a escala mundial.

El 9 de agosto de 2007, el Banco Central Europeo decidió conceder nuevos créditos al sistema bancario por un monto de US$30 mil millones. La Reserva Federal (Fed) de los Estados Unidos hizo lo mismo con US$24 mil millones, seguida por el Banco de Japón con US$8,4 mil millones. El objetivo de estas intervenciones —que finalmente sobrepasarían los US$350 mil millones en cinco días— era evitar una penuria de liquidez y detener la caída de los precios bursátiles, significativa después de la suspensión de la actividad de muchos fondos especulativos del BNP Paribas (banco francés) usados en inmobiliarios. Durante el segundo semestre de ese año, los mercados financieros se mantuvieron muy volátiles con cada anuncio de pérdida registrada por los grandes bancos estadounidenses, como el Citigroup o Morgan and Stanley, al tiempo que el Banco de Inglaterra sacaba a flote al Northern Rock, el cual enfrentaba una "avalancha bancaria" —la primera en un país del Norte desde hacía cerca de un año—, antes de nacionalizarlo en febrero de 2008.

El 21 de enero de 2008 fue otro día de pánico para las finanzas en el mundo, justo después del descubrimiento de un fraude récord en la Sociedad General (otro banco francés). Las bolsas habían descendido: -7,2% en Francfort, -6,6% en São Paulo, -6,3% en París, -5,5% en Londres, -5,4% en México, -5,1% en Shanghai, -3,9% en Tokio... El día siguiente la Fed reducía de forma muy agresiva su tasa de interés ("prime rate") de 4,25% a 3,50%, y luego a 3,0%. Los planes de rescate desarrollados por los consejeros del presidente George W. Bush no eran propicios: uno se proponía ayudar a los hogares en dificultades a rembolsar sus créditos inmobiliarios, pero aun así era muy limitado; el otro estaba dirigido a transferir una parte de los impuestos, no obstante solo concernía por definición las rentas suficientemente elevadas... La crisis se extendía de manera inevitable.

1. Los orígenes profundos de la crisis: capital ficticio, Estado, empresas y sobreacumulación del capital dinero

La crisis económica es un modo de funcionamiento normal del sistema capitalista, aun cuando, en cada período histórico, sus factores de desarrollo y mecanismos puedan cambiar. Desde el desmantelamiento del cuadro de Bretton Woods el sistema de crédito ha sufrido cambios considerables, con una notable creación de productos financieros derivados (los cuales pueden derivar otros títulos de créditos o de contratos sobre los precios futuros de activos). La desregulación y la integración de bolsas y bancos en el seno del mercado globalizado han desplazado el centro de gravedad del poder hacia las grandes finanzas, cuyos *diktats* (imposiciones, determinaciones) se impusieron sobre la lógica económica.

El sistema de crédito, que además de los bancos comprende las bolsas, las compañías de seguros, los fondos de pensión, los fondos de inversión especulativa ("hedge funds") y otras instituciones de la misma naturaleza, constituye el lugar de creación del "capital ficticio" —el Estado y las empresas son los dos extremos de la cadena—. Marx, en el volumen III de *El Capital,* identificó el capital bancario, las acciones de la bolsa y las deudas públicas como principales formas adquiridas por el capital ficticio. Hoy, conviene adicionar los productos derivados y contratos sobre la tasa de cambio, tasa de interés, precios bursátiles... Estos títulos tienen como origen la sobreacumulación de capital de dinero de los años sesenta y setenta, y por supuesto los eurodólares y petrodólares sobre el mercado interbancario. Después del "golpe" de la Fed en octubre de 1979 (aumento brutal de las tasas de interés), que marca el regreso del poder de las finanzas, la expansión de ese capital provocó la crisis de la deuda externa de los años ochenta, en parte de México en 1982.

Las tentativas de salida de la crisis tomaron la forma de desregulación financiera y de *titrisación* (conversión de deudas contractuales en deudas en títulos negociables en los

mercados financieros) de los créditos. Las deudas externas (públicas y privadas) consolidadas en el conjunto de países del mundo, fueron estimadas en US$5.260 millones al cierre de 2004. A finales de 2007, las reservas —incluyendo aquellas financiadas por las deudas internas— acumuladas por el BRIC (Brasil, Rusia, India y China), Japón, Corea del Sur y México, sobrepasaban los US$3.600 millones. La mayoría de las deudas en cuestión han sido transformadas en capital ficticio y mercantilizado, mientras que las reservas son convertidas en préstamos, sobre todo para que el gobierno de los Estados Unidos cubra sus déficit gemelos (finanzas públicas y pagos exteriores).

Pero para lo que es de solo compartimiento, divisas de mercados de productos derivados, por ejemplo, los importes promedios cambiados eran del orden de los US$3.200 millones por día. Según el Banco de Reglamento Internacional, las ventas cotidianas de contratos derivados llamados "over-the-counter" (OTC, o sea, negociados directamente entre agentes privados, sin intermediario) eran de US$4.200 millones en 2007. Al comparar, para ese año 2007, el producto interno bruto agregado, calculado en paridades de poderes de compra, alcanzaba los US$65.820 millones, las exportaciones y las importaciones totales respectivamente de US$13.720 millones y US$13.640 millones.

Es lógico, entonces, constatar que una parte creciente del capital ficticio deviene parasitario, porque su importe sobrepasa en gran medida aquel destinado a la reproducción del capital industrial. A pesar de que no contribuye, ese capital se beneficia de una redistribución de plus-valor y alimenta la creación del capital ficticio como medio de su propia remuneración. La crisis financiera deberá, por tanto, desvalorizar un importe absolutamente gigantesco de ese capital ficticio parasitario para llegar a reactivar un nuevo ciclo de acumulación del capital. Con todo, las contradicciones del sistema mundial capitalista son hoy tan fuertes que tal desvalorización encierra el riesgo de empujar hacia un hundimiento, cuyas consecuencias económicas, sociales y políticas no podrían ser medidas por ningún experto.

2. Las manifestaciones actuales de la crisis: razones legítimamente financieras

1. La crisis inmobiliaria actual es el resultado de años de acumulación de capital ficticio. Comenzó en los Estados Unidos por la concesión de préstamos a hogares endeudados para devenir propietarios de sus alojamientos. Los bancos comerciales o las instituciones especializadas en el financiamiento inmobiliario, acordaron créditos con hipotecas que transformaron en títulos para la creación de nuevos productos derivados vendidos en el mercado financiero. Al hacer esto, atenuaban los riesgos de defecto de pago, inflaban la capacidad de préstamo de los hogares, dopaban los créditos y orientaban de forma artificial los precios de los inmuebles hacia el aumento.

Entre finales de 2004 y principios de 2006, se concedieron de manera creciente préstamos a familias pobres que apenas disponían de pequeñas rentas y no tenían plazos favorables de reembolsos ("subprime"), en forma de contratos que previeran un tiempo de resistencia a tasas de interés muy bajas (de 1 al 2%) al principio y brutalmente altas después de dos años (casi siempre a más del 15%).

Los productos derivados afectados eran mucho más aceptados y atractivos para los mercados financieros, pues ciertas instituciones financieras (compañías de seguro) se servían de ellos para crear otros instrumentos compuestos, los cuales eran mercantilizados en aras de asegurar a la vez una refinanciación y participación en los intereses, y que las agencias privadas de anotación de las instituciones financieras capitalistas, supuestas a evaluar y clasificar los riesgos, les decretaran las "mejores notas" —en ocasiones superiores a las atribuidas a los bonos del Tesoro francés—. En los Estados Unidos, esos productos eran comprados por los colectivos locales e incluso las escuelas, en las que los tesoreros pensaron que era posible hacer fructificar sus remanentes.

2. La crisis estalló cuando una masa crítica de deudores empezó a enfrentar serias dificultades para rembolsar sus

préstamos, como efecto de la subida de las tasas de interés determinadas por la Fed —para financiar los gastos enormes relacionados con las guerras de Irak y Afganistán—. En un contexto donde el precio de los títulos compuestos y los riesgos efectivos son mal evaluados, los problemas se desplazan con rapidez del sector de las "subprimes" hacia el de los inmuebles y luego al de los créditos solventes ("primes"). Así pues, la explosión de la burbuja de productos adosados a las hipotecas inmobiliarias contamina otros segmentos de los mercados financieros, y desde aquí, al mercado monetario propiamente dicho.

Las razones de la crisis son, sin embargo, totalmente financieras: las dificultades de defecto de pago encontradas por muchas familias son también, y sobre todo, resultado de políticas neoliberales que provocan rigor salarial, prolongación del tiempo de trabajo, precarización de empleos e inseguridad de las condiciones de vida, en la esfera productiva real.

3. El sistema monetario y financiero presenta hoy tres profundas paradojas. Una de ellas es la ilusión según la cual es posible hallar solución siguiendo la gestión neoliberal de la crisis de la expansión del capital. No obstante, una burbuja (nueva economía fundada sobre la base de las tecnologías de la comunicación) estalla nada más para formar otra (inmobiliaria), todavía más peligrosa. Las soluciones —por supuesto en el marco de las reglamentaciones de Bâle II (acuerdo en la ciudad suiza de Basilea)— permanecen "endógenas" y confiables en el mercado, sin imponerle límites por mecanismos externos a la lógica de maximización de la ganancia.

Una segunda paradoja es la aparición de una crisis de liquidez financiera, como durante el verano de 2007, en una economía mundial que experimenta una sobreliquidación financiera. La sustitución de una división negociada del valor agregado entre salarios y ganancias por una espiral de sobreconsumo y sobreendeudamiento de los hogares, imposibilita una reabsorción de los desequilibrios estructurales sin romper el motor del crecimiento y evitar el estancamiento.

La tercera paradoja: los bancos centrales "independientes" rechazan todo intervencionismo del Estado, sin embargo intervienen, masivamente desde que el sistema es amenazado. Además, la medida de la inflación continúa ignorando los precios exorbitantes de los activos.

3. Movimientos de relaciones sociales y perspectivas en término de lucha de clases

Como siempre ocurre en las crisis capitalistas, la burguesía no acepta, por necesidad sistémica, la desvalorización de una parte del capital acumulado —tratando de no registrar pérdidas pesadas—. Las crisis son entonces momentos en el curso de los cuales fracciones del capital, por lo general menos productivas y/o innovadoras y que presentan los créditos más riesgosos, quiebran para ser incorporadas a una estructura de propiedad más concreta. De esta forma, las clases dominantes capitalistas salen de ellas más fuertes que nunca —aun si una parte de la burguesía se convierte en clase media—. En cada reorganización de la dominación del capital en el siglo XX, el mejoramiento de las políticas macroeconómicas le permiten al sistema dotarse de instituciones e instrumentos más eficaces, a fin de atenuar los efectos devastadores de su propia crisis, pero sin evitar la exacerbación de sus contradicciones internas y una convergencia hacia el estancamiento, incluyendo la depresión.

Los peores efectos de la actual crisis, serán sufridos en los Estados Unidos por los más pobres. Muchas familias suplementarias perderán sus viviendas (ya existen 2,5 millones registradas hasta el momento). La tasa de explotación de la fuerza de trabajo, el desempleo y la pobreza aumentarán, mientras que el poder de compra de los salarios tenderá a disminuir. Sin la universalización de los sistemas de salud y de asignación de empleo, las condiciones de vida serán aún más difíciles. La desvalorización del capital ficticio corre el riesgo de agravar los problemas financieros de muchas colectividades locales y de ciertos estados federales, así como de arruinar hogares que hayan conservado sus ahorros de

fondos de pensiones o seguros de salud quebrados (como Enron).

A través de las cadenas de transferencias de excedentes del Sur hacia el Norte, la crisis golpeará por repercusión a los países pobres y a las fuerzas de trabajo de la periferia. La situación actual es más compleja por el hecho de que un cierto número de gobiernos de países del Sur, los cuales poseen importantes reservas de cambio, ayudan de hecho a aquellos de los Estados Unidos a evitar un hundimiento general. Y es que una depreciación del dólar implicaría la desvalorización de sus propias reservas oficiales. Varios países, por otra parte, ya ayudaron a grandes bancos en dificultades por intermedio de sus fondos soberanos.

¿La profundización de la crisis en los Estados Unidos, combinada con su próxima derrota en Irak, podría erosionar su hegemonía planetaria —en beneficio de China?

En términos de lucha de clases, una crisis sistémica abre teóricamente la oportunidad de lanzar la revolución y de que la burguesía tome el poder político y económico. En la práctica, sin embargo, las organizaciones de trabajadores, los partidos, los sindicatos, o incluso los movimientos sociales, siguen estando desprovistos de las estructuras, direcciones y los programas indispensables para reactivar la lucha por el socialismo. Quizás solo América Latina y el Caribe ofrece hoy espacios para proyecciones revolucionarias y transiciones socialistas del siglo XXI.

El hecho de que sean los pobres los que más sufren los efectos de la crisis capitalista, conlleva el riesgo de que acepten someterse a la ideología dominante y apoyen medidas anticrisis pero pro sistema, lo que implica, claro está, la subida de la tasa de explotación. Por ejemplo, el pensamiento único del capital substituyó la lucha por la emancipación total de los trabajadores, la del derecho al empleo, en el estricto marco del sistema capitalista, por la del derecho a ser explotados.

Las crisis son un momento en el que es posible empujar las contradicciones del sistema al máximo, hasta el final de la dominación del capital y las clases dirigentes —es decir, hasta la destrucción, no de los medios de producción, sino

de las relaciones capitalistas de producción—. Por consiguiente, es urgente reconstruir procesos de pensamiento y acción sobre las transiciones socialistas, contra la explotación del trabajo y a favor del fin del capitalismo.



Capítulo III

Capital ficticio y ganancias ficticias. Dos visiones críticas sobre el futuro del capitalismo

*Reinaldo A. Carcanholo**
*Mauricio de S. Sabadini***

¿Qué características presenta la nueva etapa del capitalismo mundial iniciada a fines de los años setenta y principios de los ochenta? ¿Cuáles son las perspectivas para su

* Profesor del Programa de Posgrado en Políticas Sociales y del Departamento de Economía de la Universidade Federal do Espírito Santo (UFES), Brasil. Tutor del Programa SESU PET-Economia-UFES. Dirección electrónica: reinaldo.carcanholo@terra.com.br — Página web: http://sites.uol.com.br/carcanholo

** Profesor del Departamento de Economía de la UFES, becado del gobierno brasileño (CAPES-Brasil). Doctorando en Economía (Université Paris 1 Pantheon Sorbonne — Centro de Economia da Sorbonne — MATISSE) bajo la orientación del Dr. Rémy Herrera (CNRS, Université Paris 1). Dirección electrónica: sabadini@npd.ufes.br

continuidad y para su superación? Esas son preguntas sumamente relevantes en la actualidad, y la respuesta adecuada, como hemos señalado en trabajos anteriores, pasa por el concepto marxista de capital ficticio [1].

Ese concepto, descrito por Marx en el tercer libro de *El Capital*, no es de fácil aceptación por parte de aquellos que tienen deudas con las concepciones positivistas y metafísicas, sean de perfil keynesiano o no. Algunos tienden incluso a aceptarlo, dada la intensidad de su existencia y de su predominio en los días actuales, pero lo hacen "a regañadientes" y, en verdad, no son capaces de entenderlo con propiedad desde el punto de vista dialéctico, perspectiva esa sin la cual el concepto tiende a perder mucha de su capacidad explicativa. El hecho de que el capital ficticio sea, al mismo tiempo, ficticio y real, debe parecerles simplemente una contradicción en los términos. Y es justo en esa dialéctica real/imaginaria que el concepto adquiere toda su pertinencia.

Si, por un lado, el concepto de capital ficticio no es de fácil asimilación, el de *ganancias ficticias* no encuentra prácticamente a nadie que lo considere aceptable desde el punto de vista teórico, incluso entre aquellos que se presentan como pertenecientes al campo marxista.

En primer lugar, no se trata de un concepto que haya sido desarrollado por Marx, y eso puede ser definitivo para muchos. Por supuesto que en la época de ese autor, en la que la idea de un capital ficticio dominante sobre el capital sustantivo [2] estaba lejos de ser posible, pensar que una parte de las ganancias no fuera derivada de la plusvalía y ni siquiera del excedente-valor de formas de producción no salariales, constituía un contrasentido. En nuestra época, sin embargo,

[1] Desde luego, conviene decir que nuestra interpretación difiere de la de Katz (2002), si bien compartimos muchas de sus críticas a lo que él llama teóricos del "capital rentista", y compartimos igualmente varias de sus conclusiones acerca de la etapa actual del capitalismo, en particular en lo referente al aumento del grado de explotación de la fuerza de trabajo y a la importancia de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia.

[2] Por capital sustantivo entendemos el capital productivo más el capital comercial o mercantil.

en la que el capital ficticio efectivamente se ha transformado en dominante, a punto tal que hemos necesitado darle otro nombre (*capital especulativo parasitario*), la idea de ganancias ficticias surgió para nosotros como algo poco menos que automático, totalmente inspirada en los análisis que Marx hace en los diversos capítulos del tomo III de *El Capital*.

Hagamos, en primer lugar, un esfuerzo para, al menos de forma resumida, esclarecer los conceptos de capital ficticio y de capital especulativo parasitario [3], para después explicar en qué consisten las ganancias ficticias.

1. Del capital ilusorio al capital especulativo parasitario

En primer lugar, debemos aclarar que capital a interés, que financia la producción o la circulación, y capital ficticio, son cosas totalmente diversas, aunque el segundo nace como consecuencia de la existencia del primero [4].

Lo primero a considerar es el hecho de que el capital a interés, por sí mismo, produce una ilusión social y es precisamente a partir de ella que aparece el capital ficticio. En el capitalismo, la existencia generalizada del capital a interés, cuyo significado aparente es el hecho de que toda suma considerable de dinero genera una remuneración, produce la ilusión contraria, es decir, la de que toda remuneración regular debe tener como origen la existencia de un capital. Dicho capital en sí no tiene mayor significación para el funcionamiento del sistema económico y puede ser llamado *capital ilusorio* (valor presente de un rendimiento regular).

No obstante, cuando el derecho a tal remuneración está representado por un título que puede ser comercializado, vendido a terceros, se convierte en el *capital ficticio*. El título

[3] En trabajos anteriores se ha tratado un poco más ampliamente este asunto (cf. Carcanholo y Nakatani, 2001).

[4] Varios autores dan una interpretación distinta. Véase, por ejemplo, Trindade (2006): "El capital ficticio es, por lo tanto, una forma específica del capital monetario de empréstito y cumple funciones específicas, pero en nombre del capital monetario de empréstito".

comercializable es la representación legal de esa forma de capital. El ejemplo quizá más simple de la existencia de capital ficticio la constituye una concesión pública, a particulares, del derecho de utilización comercial de una frecuencia de radio o televisión, cuando dicha concesión, realizada a cambio de favores políticos o de cualquier otro tipo, puede ser vendida a terceros.

Así, el capital ficticio nace como consecuencia de la existencia generalizada del capital a interés, pero es el resultado de una ilusión social [5]. Y ¿por qué debemos llamarlo capital ficticio? La razón reside en el hecho de que por detrás de él no existe ninguna sustancia real, y porque no contribuye en nada a la producción o la circulación de la riqueza, por lo menos en el sentido de que no financia ni el capital productivo ni el comercial.

En el capital a interés, el capital aparece como si fuese una fuente autónoma de valorización. Y tal fuente se presenta, según Marx, de forma mistificadora, una vez que el interés es apropiado sin trabajo y su existencia aparece al mundo capitalista separada de toda conexión con el excedente producto del trabajo.

Al desarrollarse el sistema de crédito, con el objetivo primordial de financiar la producción, el capital a interés adquiere gran importancia y dimensión en el sistema capitalista, al estar directamente subordinado a la lógica del capital industrial. Al mismo tiempo que se apropia de una parte de la plusvalía generada en el sector productivo, el capital a interés aumenta la eficiencia de la producción del excedente, así como la velocidad de reproducción del ciclo del capital.

Marx destacó el carácter dependiente y complementario de ese capital a interés al capital productivo, en pasajes como el siguiente:

> ...una vez que la producción capitalista se encuentra totalmente desarrollada y una vez que se constituye en forma dominante de producción, el capital a interés pasa a ser

---

[5] Ilusión esta que, sin embargo, tiene una realidad económica muy precisa.

dominado por el capital industrial y el capital comercial, no es más que un aspecto de éste, derivado del proceso de circulación. Aunque formas autónomas, se encuentran subordinados al capital industrial (Marx, 1976: 554) [6].

Afirmaciones como esta nos aseguran que la autonomización de las formas funcionales del capital, representadas en este momento por el capital a interés, interfiere positivamente en el sistema capitalista al proporcionar su crecimiento.

De ese modo, si bajo la forma de capital a interés el capital adquiere una forma mistificadora, bajo la forma de capital ficticio asume un aspecto aún más complejo y desmaterializado. Aparentemente, se desarrolla de manera independiente de la dinámica de la producción:

> Al desarrollarse el capital a interés y el sistema de crédito, parece duplicarse y a veces triplicarse todo el capital por el diverso modo como el mismo capital o simplemente el mismo título de deuda aparece en distintas manos bajo diversas formas. La mayor parte de este "capital-dinero" es puramente ficticio (Marx, 1968: III, 443).

Así, el capital ficticio disimula todavía más las conexiones con el proceso real de valorización del capital, al consolidar la imagen de un capital que se valoriza por sí mismo, particularmente en el mercado de compra y venta especulativa:

> De este modo se borra hasta el último rastro del verdadero proceso de valorización del capital y se refuerza la idea del capital como un autómata que se valoriza a sí mismo y por su propia virtud (Marx, 1968: III, 439).

Comprendido el surgimiento teórico del capital ficticio, Marx pasa a referirse a algunas formas de su existencia. Entre otras formas, se refiere al valor de las acciones corres-

[6] En el presente trabajo, cuando la edición citada está en otra lengua, la traducción es nuestra.

pondientes al real patrimonio de empresas. Para facilitar el razonamiento, en ese particular, pensemos exclusivamente en empresas productivas.

¿Qué razones lo llevan a clasificar las acciones, aunque en monto total correspondiente al real patrimonio de una empresa productiva, como capital ficticio? La primera de ellas es que las acciones permiten obtener un rendimiento anual y, además, pueden ser vendidas en el mercado. Pero, aun así, debemos descartar que no tengan sustancia por detrás; en verdad, representan el patrimonio de la empresa.

En verdad, las acciones constituyen capital ficticio por el hecho de que representan una riqueza contada dos veces: una, el valor del patrimonio de la empresa; otra, el valor de ellas mismas. La prueba de que eso es cierto es que pueden ambos valores servir de garantías, por ejemplo, para créditos bancarios. Y pueden ser contadas dos veces, o tres, o más, gracias a la existencia de empresas *holdings*.

Eso significa que el capital ficticio no surge solo como resultado de la ilusión mencionada antes, cuando se convierte en título negociable. Es también resultado algo más directo del capital a interés, del sistema de crédito, cuando este duplica aparentemente la riqueza real, como es el caso de las acciones [7] de una empresa. Ese tipo de capital ficticio constituido por acciones con valor igual al del patrimonio real de empresas productivas, lo llamaremos *capital ficticio de tipo 1*.

Con todo, hay una segunda razón para que las acciones deban ser consideradas como capital ficticio: es el hecho de que su valor se mueve muchas veces con independencia del valor del patrimonio de las empresas. Así, una valorización especulativa de las acciones constituye un incremento del volumen total del capital ficticio existente en la economía. Pero ese incremento posee una característica distinta del valor original: no constituye una duplicación aparente de un valor real. En realidad, detrás de él no existe ninguna

---

[7] Para Marx, las acciones constituyen un instrumento de crédito. Su remuneración, llamada dividendos, es en realidad fundamentalmente interés.

sustancia real. Por eso, a ese incremento lo llamaremos *capital ficticio de tipo* 2. Luego, el capital ficticio también aparece como resultado de la especulación, cuando esta eleva el valor de mercado de cualquier tipo de activo (sea real o fiduciario). Obviamente, si tenemos una reducción especulativa del valor de activos, nos encontramos con una destrucción de capital ficticio.

De este modo, y por extensión, podemos clasificar a toda valorización especulativa de activos reales o mobiliarios como capital ficticio de tipo 2.

Marx igualmente, destaca que los títulos de la deuda pública constituyen capital ficticio. Pero también aquí debemos distinguir entre los tipos 1 y 2. Cuando los títulos públicos son emitidos para financiar inversiones reales, como carreteras, puertos, puentes, túneles, ferrocarriles, edificios, se trata de capital ficticio de tipo 1. Al contrario, cuando el crecimiento de la deuda pública ocurre en razón de gastos improductivos [8] o gastos corrientes o aun de transferencias [9], estamos frente a la creación de un nuevo capital ficticio de tipo 2, ya que no sobrevive nada sustancial por detrás de ese incremento de la deuda.

El capital ficticio, por tanto, tiene como origen tres fuentes:

a) la transformación en títulos negociables del capital ilusorio,

b) una duplicación aparente del valor del capital a interés (en el caso de las acciones y de los títulos públicos), y

---

[8] Verbigracia, gastos militares. Es interesante notar, en ese aspecto, que los gastos militares nada más difieren de los gastos suntuarios de la burguesía en que unos se destinan a garantizar el disfrute de la burguesía, y los otros a garantizar su poder, desde que son financiados por ingresos tributarios. Ambos constituyen el destino de una parte del excedente-valor producido socialmente, que no puede ser usada para otro fin. No obstante, difieren mucho más cuando aquéllos son financiados por deuda pública, toda vez que su valor aparecerá como incremento del capital ficticio en manos de la burguesía.

[9] Por ejemplo, pago de intereses de la deuda existente por encima de lo que queda disponible en razón de un superávit primario.

c) una valorización especulativa de los diferentes activos.

Ese capital ficticio de tres distintos orígenes tiene en común el hecho de que, al mismo tiempo que es ficticio, es real. Es real desde el punto de vista del acto individual y aislado, en el día-a-día del mercado, esto es, desde el punto de vista de la apariencia; es la dialéctica ficticio/real, la cual quedará más clara posteriormente.

Pero hay otra cosa que aclarar. ¿Si la deuda pública constituye, en manos de sus acreedores, capital ficticio, por qué no pasa lo mismo con la deuda privada, cuando esta se refiere a créditos para el capital industrial? Sobre todo, ¿por qué no pasa eso si, incluso, la deuda privada puede estar representada por un título transferible a terceros, en el mercado? Eso significaría que también los créditos a particulares para financiar la inversión productiva o comercial deberían ser considerados, en las manos de los prestadores, capital ficticio.

De hecho, cuando el crédito es destinado al sector privado y se formaliza por medio de un título negociable en el mercado, también debe ser considerado capital ficticio. Debe ser considerado así porque aparentemente el valor se ha duplicado. Por detrás de él hay una sustancia y por eso se trata de capital ficticio del tipo 1.

Es, en verdad, el mismo caso de las acciones de una empresa privada, con una diferencia. El préstamo a una empresa tiene como contrapartida una deuda de esta, lo que no es el caso de las acciones. A pesar de que haya la contrapartida de la deuda, y la suma de ella con el crédito sea igual a cero, en realidad existe una duplicación aparente de la riqueza: el título de crédito en manos del prestatario y los bienes reales comprados por el prestamista.

Sin embargo, es indispensable subrayar que en el caso señalado del crédito, estamos frente a dos cosas completamente diferentes: el capital a interés no puede ser confundido con el capital ficticio que genera. Aquél corresponde a una riqueza real que fue producida bajo la forma de

excedente [10]; este es puramente ficticio desde el punto de vista global. El capital ficticio generado en esas condiciones es como el reflejo en un espejo del capital a interés. Son dos capitales distintos: uno real y el otro sometido a la dialéctica real/ficticia. Tal vez, más adelante en este texto el asunto quede más claro, no obstante el hecho es que el monto del capital a interés destinado, por ejemplo, a inversiones del capital sustantivo, no puede jamás ser mayor que el excedente económico producido después de todas las deducciones relativas al consumo.

Corazza tiene alguna razón cuando apunta que, en la práctica, el capital a interés tiende a confundirse con el ficticio.

> Así, en la complejidad de las finanzas capitalistas actuales, parece difícil saber cuándo el capital es real, cuándo es sólo financiero y cuándo es puramente ficticio, toda vez que sus movimientos están de tal forma entrecruzados que el capital productivo presupone el capital financiero y éste puede financiar la acumulación real (Corazza, 1999).

Ahora bien, hay algo en lo que Corazza no tiene razón ninguna: cuando afirma que el capital ficticio puede financiar la acumulación real [11]. Como vimos, una cosa es el capital ficticio, otra el capital a interés.

Por otra parte, aunque haya sido uno de los autores marxistas pioneros en la discusión sobre el capital ficticio [12] y haya hecho una descripción de dicha categoría con rigor científico, Harvey de igual modo sugiere la existencia de aplicación del capital ficticio en la esfera real de la producción, cuando afirma:

---

[10] Una vez que la empresa destina el crédito recibido a algún tipo de inversión.

[11] Katz (2002) también parece sugerir lo mismo, aunque eso no sea tan claro: "La frontera entre el capital ficticio y otras modalidades del capital-dinero es bastante borrosa, ya que en la acumulación su papel no es ilusorio" (pág. 6).

[12] Destacamos principalmente su obra *The limits to capital*. England, Basil Blackwell Publisher Limited, 1982.

> Dicho capital [ficticio] es definido como capital que posee valor monetario nominal y existencia como papel, pero que, en un momento dado del tiempo, no posee peso en términos de actividad productiva real o de activos físicos. El capital ficticio se convierte en capital real en la medida en que son realizadas inversiones que lleven a un incremento adecuado en activos útiles (por ejemplo, instalaciones y equipos que puedan tener empleo rentable) o mercancías útiles (bienes y servicios que puedan ser vendidos con ganancia) (Harvey, 1996: 171s.).

Con perspectiva algo similar, Paula et al. (2001) sostienen, apoyados en las ideas de Hilferding, que el capital ficticio se dirige al capital industrial a partir de diversas maneras: cuando el capital dinero es destinado a la bolsa de valores que lo transforma en capital ficticio en la forma de acciones y, en el movimiento inverso, cuando la bolsa lo transfiere a las manos de las sociedades industriales; y gracias a la multiplicación de las instituciones financieras (fondos de pensión, por ejemplo), cuando ellas pongan los recursos a disposición de nuevas inversiones productivas. Si consideramos tales palabras en sí mismas, tienen razón en esas ideas, aun así puede quedar la impresión de que exista una cierta indiferenciación entre el capital ficticio y el capital a interés.

Es verdad que un determinado titular de capital ficticio puede convertir con facilidad su capital para financiar la producción. Pero si lo hace, el capital ficticio simplemente cambia de manos, de manera que el valor total, en la economía como un todo, de uno u de otro, no se altera [13].

Decíamos antes que el capital ilusorio no tiene mayor significación para el funcionamiento del sistema económico, sin embargo no cabe decir lo mismo del capital ficticio, por más que uno derive del otro. Eso es verdad espe-

---

[13] Lo cierto es que el titular de una determinada masa de capital ficticio puede cambiar, en el mercado, su capital por cualquier otra forma, sea productiva (comprando una fábrica, por ejemplo) o comercial (adquiriendo una empresa comercial). Con todo, el volumen total del capital ficticio no cambia; lo que pasa es que su masa cambia de manos.

cialmente cuando, en ciertas circunstancias históricas, el volumen de este último tipo de capital alcanza magnitud significativa, como es el caso en la actual etapa capitalista. En ella, el capital ficticio ha alcanzado predominio sobre el capital sustantivo [14] y ésa es la marca propia de la mencionada etapa. Ha cambiado de carácter al transformarse de polo dominado en dominante, y por tal razón pasamos a llamarlo *capital especulativo parasitario* y llamamos *capitalismo especulativo* a la fase actual del sistema.

La existencia y magnitud del capital especulativo parasitario han hecho que la contradicción principal de la actual fase del capitalismo, sea la que existe entre la apropiación y la producción del excedente-valor producido socialmente [15].

2. Sobre las ganancias ficticias

¿Qué es y cómo se demuestra la existencia de las ganancias ficticias y por qué no es de fácil aceptación una categoría de ese tipo?

Demostrar la existencia de las ganancias ficticias no es una tarea fácil, o mejor, en cierto sentido no es posible. En primer lugar, entender su existencia presupone, a nuestro juicio, además de la ya mencionada perspectiva dialéctica de las cosas, una adecuada interpretación de la teoría del valor de Marx, algo poco frecuente. En segundo lugar, pensar en una demostración empírica de su existencia es algo completamente fuera de la lógica científica; dentro de la perspectiva dialéctica carece de sentido. Quizá, lo máximo posible sea describirla y sugerir sus formas de existencia, al mismo tiempo que esclarecer su dimensión teórica y su relación con las demás categorías de la teoría del valor.

Comencemos con la forma tal vez más simple de explicarla: la valorización especulativa de activos físicos. Vamos,

---

[14] En la unidad contradictoria llamada "capital", el capital ficticio pasa a ser dominante sobre el capital sustantivo.

[15] Utilizamos la expresión excedente-valor pues, además de la plusvalía, está constituido por el excedente producido bajo relaciones no salariales existentes en el capitalismo contemporáneo.

para ser muy didácticos, a describir el surgimiento de ganancia ficticia en lo que se refiere a algo muy trivial, que sería la valorización especulativa de un inmueble:

1) Supongamos que, en condiciones económicas normales, compro un terreno por $100 y construyo una casa, por medio de una empresa constructora, y que, al final, ella me exija como pago exactamente el valor de la construcción, ni más ni menos. Eso significa que estoy suponiendo que el precio corresponde exactamente al valor, en ese caso. Supongamos que haya pagado a la constructora $300.
2) Por supuesto que no quedo más pobre ni más rico. Era propietario de $400 en dinero y continúo con la misma magnitud de riqueza, solamente que ahora en la forma de un inmueble, una casa con su respectivo terreno.
3) Obviamente que en la construcción de la casa hubo producción de plusvalía, pero ella fue apropiada por la empresa constructora o por empresas que le suministraron insumos o le prestaron dinero. No obstante, eso no importa lo más mínimo.
4) Mi riqueza en valor no se ha alterado, sin embargo la riqueza global de la sociedad ha aumentado en un valor correspondiente a $300 (menos el valor correspondiente al capital constante consumido, allí contenido).
5) Supongamos ahora que, por razones especiales, ocurra en la sociedad una valorización especulativa de todos los inmuebles y que entonces yo pueda vender mi casa por $1.000, y que de hecho lo haga.
6) Supongamos que los precios medios de la economía no se hayan alterado, o lo que es la misma cosa, que los $1.000 sean valores reales y no nominales.
7) ¿Puedo considerarme más rico que antes? Desde luego que sí: antes mi patrimonio era de $400, ahora es de $1.000, en dinero contante y sonante. El comprador de mi casa, con razón, no podrá considerarse más pobre que antes de su compra, pues invirtió $1.000 en dinero y ahora posee una casa cuyo precio es $1.000 y puede venderla en el momento que desee (mientras no cambien las condiciones del mercado).

8) Hagamos ahora cuentas de la riqueza de la sociedad como un todo, simplemente sumando la de cada uno de sus miembros. La especulación hizo que la sociedad sea ahora poseedora de una riqueza más elevada. Yo poseía $400, ahora poseo $1.000. El comprador de mi casa poseía $1.000 y sigue con los $1.000, nada más que bajo una forma distinta.

9) No sé exactamente cómo considerar el aumento de mi patrimonio. ¿Cómo ganancia? Quizá; aun así, eso no es lo que importa. Con todo, supongamos ahora que el poseedor de la casa, cuando valía $400, fuera una empresa comercial cuyo objetivo fuese vender inmuebles y que, en efecto, la lograra vender por $1.000. ¿No debería considerar los $600 como legítima ganancia suya? Claro está que sí. Y de hecho es una ganancia.

10) A ese tipo de ganancias es al que damos el nombre de ganancias ficticias.

Existe, no obstante, una objeción a ese razonamiento que necesita ser superada [16]. Esa objeción consiste en recordar algo indiscutible: que si una mercancía cualquiera es vendida por un precio superior al correspondiente a su valor, lo que ocurre es sencillamente una transferencia de valor desde el comprador hacia el vendedor. Así pues, la ganancia obtenida por el vendedor en la operación mercantil corresponde a una pérdida del comprador de la misma magnitud, de modo que la riqueza total no se ha alterado. En ese caso se observa una pura transferencia de valor.

Esto es completamente cierto, aunque lo es para una mercancía que de inmediato o en breve será destinada al consumo y que, mediante él, será destruida. Si compro una mercancía por un precio superior al correspondiente a su valor, mientras no la consuma y si su precio no se altera, puedo seguir pensando que no he perdido valor en la compra, si bien eso es una pura ilusión. Al consumir la mercancía, he consumido su valor de uso y he disfrutado de una

[16] Agradezco a Claus Germer (UFPR) haberme presentado esa objeción en nuestras discusiones.

mercancía cuyo valor, cuya riqueza social representada por ella, es en verdad menor de lo que imaginaba.

Algo diferente, sin embargo, ocurre cuando se trata de una mercancía que no voy a destinar al consumo, sino que vaya a agregarse a mi patrimonio; cuando se trata de activos reales o incluso activos financieros. Activos de ese tipo hacen parte de mi patrimonio y si durante la posesión que mantengo sobre ellos ocurre una valorización especulativa de sus precios, paso a sentirme más rico que antes y puedo contabilizar eso como una ganancia obtenida por mí. Si vendo uno de esos activos mientras su precio siga sobrevalorado, mi ganancia se efectiviza ahora en dinero. El comprador de ese activo, desde que no haya reducción del precio, se va a sentir propietario de la misma riqueza que antes de la compra, solo que ahora con la riqueza bajo una forma distinta. Es cierto que, desde el punto de vista global, si el precio del activo llegara a bajar, lo que antes aparecía como ganancia desaparecería como resultado de un perjuicio para el poseedor en aquel momento. Eso significa que la ganancia ficticia existe mientras se mantenga la valoración especulativa de un activo cualquiera y desaparece si, eventualmente, desaparece dicha valoración.

¿Qué características presentan las ganancias ficticias? Hay una característica básica: ellas constituyen ganancias *verdaderas, reales*, tan reales como cualesquiera otras, desde el punto de vista del acto individual y aislado. Y esto queda muy claro si tenemos en cuenta que, con la cantidad de dinero correspondiente a esas ganancias, puedo obviamente comprar cualquier cosa. El punto de vista del mercado, el que permite observar un individuo aislado o un acto mercantil aislado, es fundamental en ese aspecto: en esas condiciones, las ganancias ficticias son reales y no se distinguen de cualquier otro tipo de ganancia.

Ahora bien, abandonemos nuestras limitaciones positivistas y hagamos un esfuerzo para pensar dialécticamente. Abandonemos la perspectiva del acto individual y aislado, que es la que permite ver poco más que la simple apariencia, y veamos el fenómeno desde un punto de vista distinto.

Desde el punto de vista de la totalidad, de la sociedad como un todo, ¿esas ganancias son reales?, ¿tienen sustancia derivada de la acción productiva del trabajo?, ¿tienen detrás suyo la plusvalía (o excedente-valor producido por trabajadores no asalariados) que le confiera realidad sustantiva?

La respuesta es negativa; esas ganancias son puro humo. De la misma manera que aparecieron como por arte de magia, de la noche a la mañana, pueden desaparecer en cualquier momento en razón de oscilaciones especulativas de los valores de los activos.

Hilferding, al analizar la ganancia especulativa, había destacado que la compra y venta de títulos es un fenómeno que no presenta ninguna influencia en la producción u obtención de la magnitud total de las ganancias del capital:

> Las ganancias o pérdidas de la especulación surgen, por lo tanto, solamente de las diferencias de valorización de los títulos de interés. No son ganancias reales, ni participación en la plusvalía, pero nacen a partir de la capitalización de apropiación diferenciada de plusvalía que sale de la empresa y que cabe a los propietarios de las acciones... Constituyen puras ganancias diferenciales. Mientras la clase capitalista se apropia, sin compensación, de una parte del trabajo del proletariado, obteniendo de ese modo sus ganancias, los especuladores ganan solamente unos de los otros. La pérdida de unos es lo que ganan los otros. *Les affaires, c'est l'argent des autres* (1985: 139).

De hecho, el análisis de Hilferding sobre las "ganancias diferenciales" resalta el movimiento especulativo de los precios de los activos y su independencia en relación con la producción de plusvalía. En ese sentido, se aproxima a lo que aquí hemos llamado ganancias ficticias. Aun así, existe por lo menos una diferencia importante: la ganancia diferencial de unos, para este autor, es pérdida especulativa de otros, siendo el resultado de las transacciones una suma igual a cero. Para nosotros, al contrario, eso no es necesariamente correcto. La valoración especulativa de los activos, mientras se mantenga, constituye una ganancia que no corresponde

a pérdida para nadie [17]. Además, los intereses de la deuda pública recibidos por el capital, desde que no es financiada con superávits primarios, sino pagados con el incremento de la propia deuda, constituyen ganancia para los propietarios del capital, sin que constituya pérdida para ningún otro particular, aun cuando no provenga de la explotación de los trabajadores.

Es verdad que en los movimientos especulativos, por ejemplo en el caso de la bolsa de valores, algunos *players* (sic) ganan y otros pierden. Aquellos que compran en la baja y venden en el alza es obvio que ganan. Pero eso es totalmente otra cuestión; ahí se trata de una cuestión de distribución entre los especuladores del patrimonio ficticio (del capital ficticio) existente. Lo que nos interesa en el análisis, en este momento, es la perspectiva de la totalidad: así, el alza especulativa de la bolsa resulta en un aumento del total del capital ficticio del tipo 2 y, por tanto, del surgimiento de ganancia ficticia [18]. La quiebra de la bolsa va a significar una reducción del volumen del capital ficticio y, de esa forma, la aparición de una pérdida que puede representar simple destrucción de ganancias ficticias anteriores. Estas son puro humo.

Cuando las ganancias ficticias son "producidas" por la especulación, elevan el volumen total del capital ficticio existente en el conjunto de la economía; cuando el mercado presenta una reversión de su trayectoria, destruye capital ficticio y esa destrucción aparece como si fuese una destruc-

---

[17] Si bien no está tratando de la interpretación de Hilferding, Harribey (2005) parece sugerir una posición por lo menos en parte similar a la nuestra, al afirmar: "Si no hubiera mercados por intermedio de los cuales se cambian productos reales, títulos financieros o productos derivados, habría de inmediato un ganador y un perdedor. Con los mercados intermedios, todo financista puede razonablemente esperar ser ganador, en la medida en que los títulos cambien con frecuencia de poseedor. En tales mercados, todos los operadores prometen pagar más tarde y cada vez que ellos venden sus títulos no los cambian por dinero, sino que recolocan en cualquier otra aplicación virtual".

[18] Quién se apropia de ella o de la mayor parte de ella, es otro problema. Obviamente, casi siempre ganan los grandes especuladores.

ción de riqueza real y, de hecho lo es, solo que exclusivamente desde el punto de vista del acto individual y aislado [19].

Debemos recordar que, conforme se deduce de los capítulos XXI y XXII del primer libro de *El Capital*, el punto de vista del acto individual y aislado corresponde a la apariencia y el punto de vista de la reproducción y de la totalidad corresponde a la esencia.

Además, es indispensable reafirmar que la apariencia, que es una de las dos dimensiones de la realidad, no es falsa, no se trata de un engaño del observador; ella es tan real como la esencia. Volvamos a nuestro inmueble sobrevalorado. Con las ganancias ficticias obtenidas con su venta puedo, en verdad, comprar cualquier cosa, y supongamos que compro bienes de lujo o hago una inversión en capital fijo. ¿En ese caso, el producto que compro no fue producido como excedente económico? ¿Esos bienes que compro, no son parte del excedente material producido en la sociedad o, en otras palabras, el excedente producido bajo la forma de plusvalía no tiene como componente suyo ese tipo de bienes (de lujo y de inversión)? ¿No se trata de riqueza real, desde todo punto de vista? Y más aún, es real y material al mismo tiempo. Si es así, ¿mis ganancias llamadas ficticias no corresponden a una plusvalía que ha sido producida en algún momento? En ese caso no serían ganancias ficticias; en verdad, parecen no ficticias. Veamos la cosa más de cerca [20].

3. Plusvalía, excedente económico capitalista y ganancias ficticias

Empecemos por aclarar algunas cuestiones acerca del concepto marxista de la plusvalía, en particular sobre las

[19] Es necesario destacar que las condiciones del mercado que producen destrucción de capital ficticio, determinan igualmente, en grado mayor o menor, destrucción de capital sustantivo.
[20] Esa es, rigurosamente, una frase usada por Marx en el capítulo sobre la mercancía de *El Capital*.

posibilidades de su destino. El destino de la plusvalía está condicionado por la forma material que asume el excedente-valor producido de forma capitalista. Tal vez sea mejor decir, al contrario, que la decisión acerca del destino de la plusvalía, derecho de aquellos que la reciben sea bajo la forma de ganancia u otra cualquiera (salarios improductivos, alquileres, interés, impuestos, etcétera), condiciona la forma bajo la cual debería poseer el excedente capitalista al final de un determinado período productivo. Si recordamos los esquemas marxistas de la reproducción, descritos por Marx en el tomo II de *El Capital*, fácilmente nos damos cuenta de ese hecho: la plusvalía necesita presentar un contenido material específico, sin lo cual no habrá reproducción adecuada de la economía. En cierto sentido, es lo que dice Marx:

> En una palabra, la plusvalía sólo es susceptible de transformarse en capital, porque el producto excedente cuyo valor representa, encierra ya los elementos materiales de un nuevo capital (1968: I, 489).

En pocas palabras, podemos afirmar que a la magnitud total de la plusvalía corresponde un excedente físico, sustantivo [21]. Decir que ese excedente debe ser *material* sería una impropiedad, pues una parte de él, con seguridad, está formada por mercancías-servicio, tan mercancías cuanto cualquier mercancía material.

De este modo, la plusvalía, después de transformada en ganancia, puede convertirse en capital fijo, por la acumulación, porque el excedente sustantivo contiene anticipadamente los elementos materiales correspondientes; puede transformarse en capital constante circulante, porque las

---

[21] Es obvio que la expresiones "valeur actionnariale" o "création de valeur actionnariale" son absolutamente inaceptables en una adecuada perspectiva de la teoría marxista del valor. Serían algo menos problemáticas, salvo por nuestro presente análisis sobre las ganancias ficticias, si se refirieran a apropiación de valor resultado del trabajo en alguna esfera productiva. Sobre este último aspecto, para los poco iniciados, sería conveniente la lectura del capítulo sobre la "renta y sus fuentes" en el tercer tomo de *El Capital*.

materias primas y auxiliares necesarias fueron producidas y componen el excedente sustantivo; puede convertirse en salarios adicionales, pues los bienes de consumo de los trabajadores han sido producidos como excedente; puede convertirse en bienes de lujo, materiales de guerra, etcétera, pues una parte del excedente que corresponde a la plusvalía producida está constituida por esos bienes, esas mercancías. Si vamos a destinar una parte de la plusvalía a la adquisición de nuevos inmuebles, estos tendrán que ser producidos y así determinada parte del excedente producido tendrá esa forma...

Lo anterior significa que no es posible efectuar una inversión real si los elementos materiales necesarios para ella no están físicamente contemplados en la plusvalía. El trabajo, por ejemplo, en la construcción de una planta productiva es integralmente trabajo excedente, plusvalía en proceso de producción, desde el punto de vista global. Por eso, cualquier crédito (capital a interés) para esa inversión se halla limitado por el volumen susceptible de ser producido en el sistema como excedente.

Cualquier crédito adicional a la producción y a la inversión resultaría en inflación, reduciendo, por ejemplo, el salario de los trabajadores y ampliando de manera forzosa el excedente. Por otra parte, cuando se trata de ampliación del capital ficticio, la situación es distinta. Este puede crecer por encima de los límites permitidos por la producción de riqueza y de excedente, por medio de las ganancias ficticias. Mientras el capital a interés se encuentra limitado por el volumen disponible del excedente, el capital ficticio no posee tal límite.

De esa manera, contestando a la pregunta planteada anteriormente, mis ganancias ficticias que compraron bienes suntuarios o capital fijo, de hecho corresponden en verdad a una plusvalía producida en algún momento anterior. Y eso es indiscutible. No obstante, veamos ahora el otro lado.

Volvamos al ejemplo de la compra del inmueble. Supongamos que el comprador del mencionado inmueble haya en efecto obtenido el dinero correspondiente a partir de ganancias directamente derivadas de la producción material in-

dustrial y, por ende, de ganancias reales (plusvalía, simple y llanamente). ¿Cuál fue el destino que dio a su ganancia? Compró un inmueble sobrevalorado de forma especulativa. El destino de sus ganancias fue, en parte valor real ($400), y en parte pura riqueza ficticia, capital ficticio ($600). En resumidas cuentas, las ganancias reales estaban en manos de A y pasaron a las de B con la compra; y las ganancias ficticias quedaron en las manos de A, bajo la forma de sobrevaloración especulativa de un activo real, el inmueble.

Así, es cierto que el vendedor, que fue beneficiado por la valoración especulativa del inmueble, se apropió inicialmente de ganancias ficticias. Al comprar bienes de lujo o medios de producción, transformó su propiedad ficticia en riqueza real. Pero eso fue posible porque el comprador hizo justo lo contrario. Transformó de modo parcial su plusvalía bajo la forma de ganancia en dinero en la forma ficticia de sobrevaloración del inmueble. Y entonces, si hacemos una vez más un esfuerzo dialéctico de mirar las cosas desde el punto de vista de la totalidad, nuestra respuesta a la cuestión anterior es que las ganancias ficticias no tienen nada de plusvalía, no tienen nada de valor-excedente mercantil.

Todo esto nos lleva a concluir que, en resumidas cuentas, las ganancias ficticias, generadas por la especulación, simplemente incrementan el valor total de la riqueza ficticia o del capital ficticio. Podríamos incluso invertir la afirmación y sería rigurosamente correcta, aunque quizá solo comprensible más adelante: el incremento del capital ficticio (nos referimos aquí con exclusividad al capital ficticio del tipo 2) de un año para otro, en una economía, es exactamente igual al monto generado de ganancias ficticias.

Por otra parte, la afirmación de que la plusvalía apropiada, la ganancia real, pueda ser destinada a la acumulación ficticia, nada más tiene sentido desde el punto de vista individual. Así, si el individuo B obtuvo su ganancia real y compró capital ficticio, sea un inmueble sobrevalorado, sea un título público, de hecho transformó su ganancia real en ganancia ficticia, por lo menos en parte. Con todo, esto es apenas la contrafaz del fenómeno inverso. Alguien en la economía, que obtuvo ganancia ficticia, la convirtió en

excedente real, sustantivo, y en la misma magnitud. Por consiguiente, desde el punto de vista global, la plusvalía apropiada como ganancia y no consumida, acrecienta el capital real; las ganancias ficticias apropiadas, no reducidas por una eventual desvalorización de activos, acrecientan en igual magnitud el capital ficticio. El consumo suntuario total y la acumulación real únicamente pueden tener como origen la plusvalía, fruto real de la explotación del trabajo productivo. El capital ficticio del tipo 2 crece como resultado de las ganancias ficticias.

Con otras palabras, todo lo anterior significa que desde el punto de vista global, la plusvalía producida nada más puede ser consumida individualmente ("consumo individual" en el sentido que Marx le da), acumulada como capital productivo o comercial, destruida o desperdiciada. Por tanto, la expresión "acumulación financiera de la plusvalía" solo puede llevar a engaño; es una afirmación que implica una contradicción en los términos [22].

Veamos una cuestión paralela. ¿Qué ocurre con el crecimiento del patrimonio de los fondos de pensión de asalariados? ¿Se trata de crecimiento del capital ficticio, del capital especulativo parasitario?

Una respuesta positiva podría ser objetada, por lo menos en lo que se refiere al crecimiento resultado de las aplicaciones en los fondos de parte de los salarios de los trabajadores que piensan en su jubilación. De hecho, por detrás del valor de esas aplicaciones está una sustancia real que puede ser considerada o como parte del excedente-valor producido socialmente o, al contrario, como parte del valor de la fuerza de trabajo. En cualquiera de los casos no podría ser considerado como incremento del capital ficticio.

---

[22] Cabe subrayar, sin embargo, que si por *acumulación financiera* también se entiende el incremento del capital a interés de la economía, en tal caso la expresión es correcta. En paralelo con el volumen adicional de capital a interés, que se destine a financiar, por ejemplo, el incremento de la producción, ocurre la existencia de un excedente material bajo la forma de medios de producción, producido como excedente y bajo la forma de plusvalía.

Sin embargo, ¿y si el destino de ese crecimiento de los fondos es la compra de títulos públicos? ¿No se trata de crecimiento del capital ficticio? Por supuesto que sí. En tal caso hay que entender que el capital especulativo parasitario global no se ha acrecentado, pero que una parte correspondiente de lo que era capital ficticio anterior, de propiedad de otros titulares, puede convertirse —y se convierte— de ficticio en capital a interés o directamente en inversión productiva o comercial. Desde el punto de vista global el capital ficticio no ha crecido por esa razón, no obstante la distribución entre riqueza real y la ficticia se ha alterado, ha cambiado en parte de manos.

4. La deuda pública y los mercados de derivados

Desde luego que los nuevos títulos de la deuda pública, emitidos por un gobierno cualquiera, y destinados a financiar sea una inversión física en infraestructura de transportes, por ejemplo, o cualquier otra inversión, poseen un correspondiente real (la inversión) y son la contraparte de esa riqueza real. Marx considera esos títulos (al igual que las acciones de cualquier empresa), aunque no se presenten sobrevaloradas especulativamente, como capital ficticio. Aun así es un capital ficticio que algo posee de correspondiente al mundo de la riqueza real. Por eso, como hemos señalado, llamamos a este capital ficticio de tipo 1.

Lo mismo ocurre con el crecimiento de la deuda si ella va a financiar gastos en educación o salud, en la medida en que agregan valor a la fuerza de trabajo. Ese incremento de los títulos públicos en circulación tiene correspondencia con una riqueza real producida. Constituyen capital ficticio de tipo 1.

Diferente es el caso de los títulos de la deuda pública, cuando la emisión se debe a una insuficiencia de fondos derivados de superávits primarios, para el pago de intereses

de la deuda pública anterior [23]. Esa emisión crea ganancias ficticias y acrecienta el capital ficticio global.

Algo que podría oscurecer la naturaleza ficticia del capital constituido por títulos públicos, es la afirmación de Marx de que la deuda pública es un poderoso mecanismo de la acumulación originaria [24]. Esa afirmación la hace en el capítulo referente a esa acumulación, en el libro I de *El Capital*:

> La deuda pública se convierte en una de las más poderosas palancas de la acumulación originaria. Es como una varita mágica que infunde virtud procreadora al dinero improductivo y lo convierte en capital sin exponerlo a los riesgos ni al esfuerzo que siempre lleva consigo la inversión industrial e incluso la usuraria. En realidad, los acreedores del estado no entregan nada, pues la suma prestada se convierte en títulos de la deuda pública, fácilmente negociables, que siguen desempeñando en sus manos el mismísimo papel del dinero (Marx, 1968: I, 641).
>
> El Banco de Inglaterra comenzó prestando su dinero al gobierno a un 8 por 100 de interés; al mismo tiempo, quedaba autorizado por el parlamento para acuñar dinero del mismo capital, volviendo a prestarlo al público en forma de billetes de banco. Con estos billetes podía descontar letras, abrir créditos sobre mercancías y comprar metales preciosos. No transcurrió mucho tiempo antes de que este mismo dinero fiduciario fabricado por él le sirviese de moneda para saldar los empréstitos hechos al estado y para pagar por cuenta de éste, los intereses de la deuda pública. No contento con dar con una mano para recibir

---

[23] En el caso brasileño, por ejemplo, los intereses pagados por el sector público durante 2006 alcanzaron la suma de 160 mil millones de reales (7,7% del PBI), mientras que el superávit primario fue de 90 mil millones (4,3% del PBI), según el Banco Central de Brasil. Luego, en un año, el Estado brasileño creó algo así como 70 mil millones de reales como ganancia ficticia para el capital rentista, acrecentando, por tanto, el capital ficticio que opera en el país en cerca de 32.000 millones de dólares.

[24] Agradecemos a Julio Gambina, de la Universidad de Buenos Aires, haber presentado esta cuestión que aparentemente podría contradecir nuestra interpretación sobre el capital ficticio.

> con la otra más de lo que daba, seguía siendo, a pesar de lo que se embolsaba, acreedor perpetuo de la nación hasta el último céntimo entregado (Marx, 1968: I, 642).

> Con la deuda pública, surgió un sistema internacional de crédito, detrás del cual se esconde con frecuencia, en tal o cual pueblo, una de las fuentes de la acumulación originaria (Ídem).

Hay que observar, con todo, que para Marx la deuda pública puede cumplir el papel de impulsar la acumulación originaria por el hecho de que los poseedores de los títulos públicos, además de recibir sin riesgos los intereses debidos a un dinero que de otra manera sería improductivo, pueden utilizarlos, si es el caso, para financiar el capital industrial, obteniendo remuneración adicional. Por otro lado, observa el autor que la deuda pública permitió al Banco de Inglaterra, con su derecho de banco emisor de dinero fiduciario, "dar con una mano para recibir con la otra más de lo que daba".

Utilizar los títulos públicos para financiar la producción, por ejemplo, solamente significa convertir capital ficticio en capital a interés, como debe haber quedado claro antes, desde el punto de vista del individuo poseedor de esos títulos. El financiamiento de la producción presupone la existencia de excedente-valor producido. Esa conversión, para el poseedor de los títulos, significa, como contraparte, que otro agente convirtió su capital real en capital ficticio. Es la dialéctica apariencia/esencia, acto individual/totalidad.

El hecho de que el capital ficticio presente dicho efecto sobre la acumulación originaria o sobre la acumulación regular, no es más que el resultado de su naturaleza dialéctica real/ficticia, difícil de comprender. Y de este modo, la dificultad se duplica: dialéctica real/ficticia, dialéctica esencia/apariencia.

Dejando de lado ahora la deuda pública, observemos el mercado de derivados. Las ganancias obtenidas en ese tipo de mercados, por constituir un importante rendimiento del capital especulativo parasitario, pueden llegar a ser

consideradas como ganancias ficticias. Sin embargo, en realidad esto no es adecuado. Esas ganancias, cuando constituyen rendimientos derivados de pérdidas de la misma magnitud sufridas por otros agentes que operan en esos mercados, no pueden ser consideradas como ficticias, y ni siquiera como ganancias. Son, en verdad, puras transferencias de valor. Por otro lado, tal vez la mayor parte de las veces constituyen pérdidas de pequeños inversionistas (especuladores sí, pero algunas o muchas veces no capitalistas en el sentido riguroso del término). En esa medida, contribuirán al aumento de la rentabilidad del gran capital especulativo y, de esa manera, de la misma forma que las ganancias ficticias, deben ser consideradas como factor contrarrestante de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia del capital, o por lo menos, del gran capital. Ahorros de los asalariados, clase media o no, y de pequeños empresarios, aplicados como inversión especulativa en mercados de derivados o en mercados secundarios de títulos o acciones, pueden, por transferencia, aumentar las ganancias del capital especulativo parasitario, sin constituir, en verdad, ganancias ficticias.

5. Algo más sobre el capital ficticio

Así pues, y en resumen, podemos decir que las ganancias ficticias están formadas anualmente por el crecimiento de la deuda pública destinada a financiar los gastos improductivos y el pago de intereses, además de la valoración especulativa de los activos, sean reales (como inmuebles) o fiduciarios, mobiliarios (títulos privados de diversos tipos, incluso acciones). Esas ganancias tienen el exacto volumen del crecimiento del capital ficticio del tipo 2 [25].

Existe un argumento que nos parece definitivo para que la categoría de ganancia ficticia sea aceptada y, además, para

[25] Ese capital puede crecer adicionalmente, pero en volumen poco significativo, por decisión del Estado, al conceder pensión regular a particulares o derecho de explotación, por ejemplo, de frecuencias de radio, etcétera.

mostrar que está en la lógica de lo que nos presentó Marx cuando analizó el capital ficticio. Podría ser presentado de la siguiente manera: si no es por la existencia de las ganancias ficticias, ¿cómo es posible que surja nuevo capital ficticio?, ¿cómo es posible que el valor global del capital ficticio, por lo menos el del tipo 2, se incremente tanto? Por supuesto que la plusvalía o el excedente-valor producido, en el caso de ser acumulado, amplía el valor del capital industrial y jamás el del ficticio. De este modo, la única respuesta posible es que el incremento del capital ficticio del tipo 2 solamente puede tener como origen las ganancias ficticias.

Algunas veces el capital ficticio es visto como simple acumulación de derechos de apropiación de plusvalía en el futuro [26]. Por lo anterior, esperamos que sea comprensible que tal visión es equivocada. El capital ficticio es mucho más que eso. Es, en el presente, tan real como cualquier otro capital, desde la perspectiva del acto individual y aislado. Además, como cualquier otro, exige remuneración hoy y en el futuro, y quizá sea de su misma naturaleza una voracidad aún mayor que la presentada por todas las demás formas del capital, en lo que se refiere por lo menos al corto plazo... Verlo como una forma de capital que se preserva para usufructuar de plusvalía futura, tal vez exprese una perspectiva limitada por la visión keynesiana, incapaz de darse cuenta de la dialéctica que lo determina y explica.

El crecimiento de las ganancias ficticias y del capital ficticio es, sin duda, esencial para entender por qué la etapa especulativa del capitalismo sobrevive hasta hoy, a pesar de

---

[26] Esta parece ser asimismo la visión de Katz (2002) cuando afirma: "...las transacciones financieras... representan expectativas de realización de la explotación futura de la fuerza de trabajo" (pág. 4). De igual modo, esa parece ser la posición de Bonnet (2006): "En este sentido la financiarización del capital es al mismo tiempo una fuga hacia adelante del capital en crisis —una apuesta a la explotación futura del trabajo— y una respuesta del capital a su crisis —una ofensiva de disciplinamiento que apunta a sentar las condiciones de posibilidad para esa explotación futura". De acuerdo estamos en que se trata de una respuesta del capital a la crisis y una ofensiva contra el trabajo, pero no que constituya una apuesta a la futura explotación. El capital es voraz y exige remuneración hoy mismo.

haberse iniciado hace más de dos décadas. Aun así, tal supervivencia no seria posible si, al mismo tiempo, no se hubiera producido un enorme incremento de la explotación de los trabajadores asalariados, tanto de los países centrales [27] como de los periféricos, así como de los no asalariados de todo el mundo, sin olvidarse de aquellas regiones más miserables de la tierra.

La lógica capitalista sería totalmente absurda si apenas estuviese sostenida, y por tanto tiempo, por el simple crecimiento de las ganancias ficticias. Aun cuando se hayan constituido en un curioso y poderoso mecanismo para contrarrestar la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, no pueden constituirse en sostén de la continuidad del capitalismo. El mencionado incremento de la explotación tuvo como origen el aumento de la plusvalía relativa (gracias al desarrollo tecnológico del periodo), a la plusvalía absoluta (expansión e intensificación de las jornadas de trabajo), el crecimiento de la superexplotación (reducción de los salarios reales directos e indirectos) y el aumento de la miseria de los trabajadores no asalariados [28].

Dos cosas son importantes de señalar en este momento. En primer lugar, la continuidad de la etapa actual del capitalismo especulativo únicamente podrá mantenerse por el incremento adicional de la explotación del trabajo en todo el mundo y por la intensificación de las transferencias de

---

[27] Es lo que resalta Foster (2006) sobre el aumento de la explotación de los trabajadores de los Estados Unidos: "...los salarios reales para la gran mayoría de ellos están contenidos; el desempleo y el subempleo se incrementan; la creación de empleos es frágil; los servicios sociales gubernamentales para la población (incluyendo la educación) están en regresión; y los impuestos pagados por los trabajadores se incrementan".

[28] Estamos de acuerdo con Katz (2002) y con Perelman (1990) en el sentido de que la financiarización reciente ha contribuido a recomponer la tasa general de ganancia: "La interpretación marxista permite comprender de qué forma las transformaciones financieras recientes han contribuido a recuperar la tasa de ganancia en el proceso de crisis y reorganización del capital de las últimas décadas" (Katz, 2002: 14). Aun así, creemos que eso ocurre no solamente por el aumento de la explotación, también en razón de las ganancias ficticias.

valor de la periferia a los países centrales [29]. Por otra parte, la eventual superación de esa etapa especulativa por una nueva etapa, en la cual el dominio del capital especulativo parasitario sea destruido, o por lo menos reducido de modo significativo, solo sería posible mediante un proceso que significara ulterior crecimiento sustancial de la explotación del trabajo, aunque ella ya haya alcanzado niveles sorprendentes.

¿Cuál es la base teórica que permite sostener la conclusión anterior? ¿Por qué corrientes heterodoxas de pensamiento, muy críticas al capital especulativo, presentan otras conclusiones, aceptando la posibilidad de que la actual etapa capitalista evolucione hacia una nueva era virtuosa, a semejanza de los años dorados del capital, con predominio del capital productivo y con posibilidad, por lo menos en algunos países, de renovación de las concesiones a sus trabajadores?

6. Las dos visiones críticas sobre el futuro capitalista

Nuestra concepción de que el futuro de la sociedad, mientras sobreviva como capitalista, implica elevación del grado de explotación de los trabajadores y crecimiento absoluto de la miseria en amplias camadas de la población, deriva directamente de la teoría marxista del valor, entendida de manera adecuada. Para ella, la riqueza capitalista y, en particular, la ganancia capitalista, tienen origen, y siguen (como no podría dejar de ser) teniendo origen en la etapa actual, en el trabajo humano. El avance tecnológico cumple un papel importante, pero como mecanismo de transferencia de plusvalía (por medio de las ganancias extraordinarias y de las rentas de monopolio) y no como productor de la

[29] Igualmente en este aspecto concordamos con Katz (2002), si bien su tesis sobre el futuro del capitalismo no sea quizá tan conclusiva como la nuestra y permita pensar en la superación de la actual fase sin mayores traumas, aunque con más elevados niveles de explotación de los trabajadores.

misma (salvo por el mecanismo de la plusvalía relativa, mecanismo este más que contrarrestado, en lo que se refiere a la tasa de ganancia, por el alza de la composición orgánica del capital).

Luego, la ley de la tendencia a la caída de la tasa general de ganancia es consecuencia necesaria de esa teoría [30]. Las críticas a la ley, expresadas en diversas oportunidades y de diferentes maneras, no son más que críticas "*autoritarias*" que parten de supuestos extraños a la propia teoría de Marx y que, por eso y por el hecho de que no pueden ser comprobadas empíricamente, son absolutamente irrelevantes [31].

Dentro de esa perspectiva, las ganancias ficticias surgen como otro factor contrarrestante de la tendencia; curiosamente se trata de algo que no se origina en la plusvalía, que no proviene de la explotación. Así, el capital se acercó a su ideal: ganar e incrementarse sin necesidad de ensuciar sus manos con la explotación. Pero eso, ¿a qué precio?

---

[30] La relación entre teoría del valor, la ley de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia y el capital ficticio es central en la interpretación de las crisis capitalistas financieras, formando, por sí mismas, categorías marxistas que explican perfectamente el carácter de esas crisis. En ese sentido, en nuestra opinión, Chesnais (2006: 89) formula una apreciación que carece de una verdadera comprensión de la teoría marxista del valor, al afirmar: "... se puede decir asimismo que la teoría de las crisis financieras esbozada por Marx —como crisis donde se combinan destrucción del valor (ficticio) de los títulos y contracción brutal del crédito, bajo el efecto de las dificultades bancarias y del enmarañado de deudas y créditos— no es natural al análisis marxiano o marxista. Ella preanuncia la teoría de las crisis de los mejores teóricos keynesianos en esos dominios, en particular la de Hyman Minsky". Si en realidad aquel autor pretendió afirmar que la perspectiva marxista apenas logra esbozar una teoría de las crisis y que ese esbozo nada más permite preanunciar la teoría keynesiana de las crisis (lo que es aún peor), eso significaría decir que la dialéctica nos es capaz de explicarlas y que las categorías científicas de valor-trabajo y capital ficticio sirven sencillamente como preanuncios (o tal vez de subsidio, si eso fuera posible) para los "mejores" análisis keynesianos. Si eso es cierto, creemos que en Chesnais no se encuentra una comprensión adecuada y suficiente de la teoría marxista del valor.

[31] Cf. Coletti (1978: 58-91). Cuando todavía se consideraba marxista, produjo textos significativos.

Justo al contrario, las concepciones heterodoxas poseen una visión distinta sobre el origen de la riqueza y sobre el excedente. O son tributarias de una perspectiva ricardiana con un sesgo sraffiano [32], donde la riqueza es vista de una manera trivial como un conjunto heterogéneo de bienes y el excedente y su magnitud, como resultado de la tecnología utilizada (la matriz tecnológica —de los coeficientes técnicos— en Sraffa) o, peor todavía, solamente poseen una visión intuitiva de la naturaleza de la riqueza capitalista y, por ende, del excedente, cuando niegan relevancia a cualquier teoría del valor. En este último caso, se satisfacen con una visión todavía más ingenua, desprovista de capacidad para entender los alcances de su concepción.

Para todas esas concepciones y de igual modo, eventualmente, para autores que se sitúan en el campo marxista pero que sean tributarios de los límites de la visión ricardiana, el tamaño del excedente, y también el de la tasa de ganancia, pueden perfectamente crecer, sin problemas, como resultado del desarrollo tecnológico. Y de esta forma, no hay mayores problemas. El capitalismo puede superar la actual fase, y para ello basta imponer límites, por intermedio de mecanismos económicos y políticos, al "capital financiero" [33]. Tales concepciones aceptan que en el capitalismo actual existe el dominio del capital financiero, aun así creen posible un retorno al capitalismo productivo, e incluso con capacidad de volver a hacer concesiones a los trabajadores [34].

---

[32] Cf. Sraffa, 1966.

[33] Consideramos que el concepto de capital financiero, diseminado principalmente a partir de los trabajos de Hilferding (1970) y Lenin (1954), no es suficiente para entender el movimiento del capital ficticio y, por consiguiente, del capital especulativo parasitario. Esa idea es discutida en Carcanholo y Nakatani (2001). Cf. igualmente sobre el asunto, el interesante artículo de Alves Pinto (1997).

[34] Verbigracia, Duménil y Lévy, aun cuando admitan que las contradicciones actuales del capitalismo puedan ser resueltas por una gran crisis, creen asimismo en la posibilidad de una extinción gradual de la hegemonía de lo que llaman "finanzas" y un cierto retorno a un capitalismo con determinadas concesiones a los trabajadores, esto es, un capitalismo más humano, si es que eso en realidad existió en algún momento. Cf. especialmente Duménil y Lévy (2003) y también Carcanholo (2004).

Si además, los partícipes de la mencionadas concepciones creen que la oposición capital financiero versus capital productivo aparece concretizada en manos distintas, conformando fracciones totalmente diferentes dentro de la burguesía, la cosa sería mucho más fácil todavía: bastaría promover a la fracción burguesa productiva, *progresista* (sic), a sector dominante; así, sería indispensable aliarse a ella, o mejor, subordinarse políticamente a ella [35].

Viven en un mundo de sueños: la utopía de un capitalismo humanizado. Y son felices con su concepción y sus sueños. La perspectiva sraffiana o la visión económica más ingenua, son las bases económicas (y desde hace mucho lo han sido) del más trivial reformismo. Lamentablemente para ellos, aun cuando no la entiendan, la profundidad de la teoría marxista del valor demuestra que esa perspectiva es del todo ilusoria. Si no fuera trágica, al engañar incluso a los sectores violentados por la lógica capitalista, sería cómica.

Tales concepciones encierran una dificultad adicional. No saben muy bien cómo tratar el capital financiero. En verdad, no entienden de forma adecuada ni aun el concepto mismo de capital, y esto hasta parece absurdo. En el mejor de los casos, tratan el capital a la Sraffa, como un conjunto heterogéneo de medios de producción y sin ninguna dimensión social por detrás. La contrapartida de eso es entender el trabajo, no como concepto central en la teoría (y, en verdad, no por las ridículas razones posmodernas), sino como simple factor de asignación de insumos consumidos por el tra-

---

[35] En este aspecto estamos totalmente de acuerdo con Bonnet: "En nuestros países, este tipo de interpretaciones que contraponen mecánicamente las esferas financiera y productiva conduce a diagnósticos insostenibles y de ahí rápidamente al reciclaje de programas nacionalistas-populistas centrados en la protección de presuntos capitales autóctonos auténticamente productivos ante el capital financiero transnacionalizado" (Bonnet, 2006). Y también: "En muchos análisis, además, el capital financiero y el capital productivo así contrapuestos son asociados, en una visión fraccionalista, a unas fracciones de la burguesía con intereses y políticas igualmente contrapuestos" (Bonnet, 2002).

bajador, que, en la producción, en nada se diferencia de un animal o de un motor a explosión, eléctrico o de otro tipo.

Si el capital es un conjunto heterogéneo de bienes, ¿qué podrá ser, para ellos, el capital financiero?, ¿cuál es la naturaleza del capital financiero?, ¿qué relación guarda con el capital productivo y con el capital a interés? ¡La verdad es que la vida de esos reformistas, por lo menos desde el punto de vista teórico, no es muy fácil!

La mejor salida para entender el capital financiero dentro de esas concepciones, sea tal vez tratarlo como un capital en espera, como la concesión de un crédito en la expectativa futura de apropiación de un excedente real. La gran dificultad que enfrentan, además de la ausencia de una adecuada teoría de la riqueza y del valor, es su incapacidad de entender el método dialéctico. Quizás lleguen incluso a deleitarse con las afirmaciones de Böhm-Bawerk de que la dialéctica no es más que un recurso retórico [36], aunque este autor se encuentre en el seno de otra perspectiva.

La ausencia de una visión dialéctica les impide ver que el "capital financiero", el capital ficticio, al mismo tiempo que es ficticio, es real. ¡Y eso al mismo tiempo! El hecho de que así realmente sea, los hace embarullarse al tratar el fenómeno. La lógica metafísica positivista es incapaz de entender esa dialéctica ficticio/real. Si es ficticio, puede ser superado con facilidad, y para eso basta una política adecuada; pero si es real, ¿cómo hacerlo?

Bibliografía

Alves Pinto, Nelson Prado. "O capitalismo financiero", en: *Revista Crítica Marxista* (São Paulo, Xamã), v. 1, tomo 5 (1997), págs. 9-26.

Beinstein, J. *La larga crisis de la economía global*. Buenos Aires, Corregidor, 1999.

Böhm-Bawerk, Eugen von. "La conclusión del sistema de Marx", en: Hilferding et al. Economía burguesa y economía socialista. *Cuadernos de Pasado y Presente* (Buenos Aires) No. 49 (1974).

[36] Cf. Böhm-Bawerk, 1974.

Bonnet, Alberto R. "El fetichismo del capital-dinero. Un comentario sobre el debate Chesnais-Husson", en: *Revista da Sociedade de Economia Política* (Rio de Janeiro, 7 Letras) no. 10 (junho, 2002).

Bonnet, Alberto R. *Leyendo la "globalización" políticamente*, en: <http://www.herramienta.com.ar/varios/8/8-8.html> (obtenido en 01.08.2006).

Carcanholo, R. A. "Resenha do livro *Uma nova fase do capitalismo?* de François Chesnais, Gérad Duménil, Dominique Lévy e Immanuel Wallerstein" en: *Revista Crítica Marxista* (São Paulo, Editora Revan) vol. 19 (2004), págs. 146-151.

Carcanholo, R. A. y Nakatani, P. "Capital especulativo parasitario versus capital financiero", en: *Revista Problemas del Desarrollo* (Revista Latinoamericana de Economía) (México, D. F.) vol. 32, no. 124 (enero-marzo, 2001), págs. 9-31 (versión anterior, en: Arriola, J. y Guerrero, D. (eds.). *La nueva Economía Política de la globalización*. Bilbao, Servicio Editorial–Universidad del País Vasco, 2000, págs. 151-170).

Chesnais, François. "La prééminence de la finance au sein du 'capital en général', le capital fictif et le mouvement contemporain de mondialisation du capital", en: *La Finance Capitaliste*. Paris, Actuel Marx — Séminaire d'Études Marxistes, Presses Universitaires de France, págs. 65-130, 09.2006.

Coletti, Lucio. *El marxismo y el 'derrumbe' del capitalismo*. México, D. F., Siglo XXI, 1978.

Corazza, Gentil. "Notas teóricas sobre as relações real-monetário em Marx", en: *II Jornada de Economia Política*, SEP, 1999.

Duménil, Gerard y Lévy, Dominique. "Superação da crise, ameaças de crises e novo capitalismo", en: Chesnais et al. *Uma Nova Fase do Capitalismo?* São Paulo, Xamã, 2003 (versión original: *Une nouvelle phase du capitalisme?* Paris, Syllepse, 2001).

Foster, John Bellamy. "Monopoly-Finance Capital", en: *Monthly Review* (New York), vol. 58, no. 7 (december, 2006).

Harvey, David. *The Limits to Capital*. England, Basil Blackwell Publisher Limited, 1982.

Harvey, David. *Condição Pós-Moderna: uma pesquisa sobre as origens da mudança cultural*. São Paulo, Edições Loyola, 1996 (6a. ed.).

Harribey, Jean-Marie. "Il n'y a pas de génération spontanée du capital", en: *Cahier Marxistes* (Bruxelles) no. 231 (juillet-août, 2005).

Hilferding, Rudolf. *O Capital Financiero*. São Paulo, Nova Cultural, 1985.

Katz, Claudio. *Enigmas contemporáneos de las finanzas y la moneda* (fevereiro, 2002), en: <http://www.socialismo-o-barbarie.org/teoria_de_la_revolucion/040606_enigmascontemporaneos.htm>. Consultado el 26.03.2007.

Lénine, Vladimir I. "L'impérialisme, stade suprême du capitalisme", en: *Oeuvres choisies*. Moscou, Éditions en Langues Étrangers, tome I, deuxième partie, 1954, págs. 433-572.

Marx, K. *El Capital. Crítica de la Economía Política*. México, D. F., FCE, 1968.

Marx, K. *Théories sur la plus-value*. Paris, Éditions Sociales, tome III, 1976.
Paula, João Antonio de & Cerqueira, Hugo Eduardo A. da G. & Albuquerque, Eduardo da M. "Finance and industrial evolution: introductory notes on a key relationship for the capitalist accumulation", en: *Revista Econômica* (Niterói (RJ), Universidade Federal Fluminense), vol. 3, no. 1 (junho, 2001), págs. 5-53. O también: http://www.uff.br/cpgeconomia/v3n1/2-eduardo-hugo-jantonionota18.pdf
Perelman, Michael. "The phenomenology of constant capital and fictitious capital", en: *Review of Radical Political Economics*, vol. 22 (1990), págs. 66-91.
Sraffa, Piero. *Producción de mercancías por medio de mercancías*. Barcelona, Oikos-Tau, 1966.
Trindade, José Raimundo Barreto. *Dívida Pública e teoria do crédito em Marx*. Tesis (doctorado en Desarrollo Económico) — Universidade Federal do Paraná (UFPR), Paraná (PR), 2006.

Capítulo IV

La Gran Depresión del siglo XXI. La geopolítica y el lugar de América Latina y el Caribe

Antonio Jarquín T.
Wim Dierckxsens

Pienso que las instituciones bancarias son más peligrosas para nuestras libertades que ejércitos enteros listos para el combate. Si el pueblo americano permite un día que los bancos privados controlen su moneda, los bancos y todas las instituciones que florecerán en torno a los bancos, privaran a la gente de toda posesión, primero por medio de la inflación, enseguida por la recesión, hasta el día en que sus hijos se despertarán sin casa y sin techo, sobre la tierra que sus padres conquistaron
Thomas Jefferson (1802)

1. La crisis como amenaza y oportunidad

Nos encontramos hoy en la Gran Depresión del siglo XXI, que puede conducir al colapso del capitalismo y al

cambio de la civilización como la hemos conocido hasta ahora. El proceso se caracteriza por varias fases interconectadas. La *primera fase* es la crisis del sistema financiero, en plena marcha desde julio de 2007. La *segunda fase* es el derrumbe de la economía real y la consecuente recesión internacional, profunda y duradera que se sintió con más nitidez a partir de 2008, con posibilidades claras de convertirse en depresión de largo plazo. La *tercera fase* está por darse todavía: nos referimos a la crisis de credibilidad generalizada al colapsar el sistema financiero y monetario internacional. Con ello habría crisis en la creencia imperante en "nuestra forma de vida escogida y globalizada". Hay una *cuarta fase* que se inscribe en el terreno militar, en un mundo en el que a diferencia de la primera y segunda guerras mundiales, las bombas son de plutonio radioactivo cuya vida media de degradación es de 25.000 años, además de otras armas de destrucción masiva. Los arsenales del Primer Mundo están repletos de modernas armas convencionales, nucleares, químicas y bacteriológicas, las primeras con capacidad para envenenar el planeta y las últimas con capacidad para desencadenar epidemias o pandemias de alto nivel destructivo, con capacidad de desarticular movimientos sociales y/o gobiernos ('rogue states') con efectos letales masivos, incluso a nivel global.

Esta crisis coincide y es reforzada por la convergencia a nivel global y como nunca antes en la historia, de múltiples crisis: financiera, de credibilidad en las instituciones, ecológica, alimentaria, energética, del Estado, de gobernabilidad, de la economía real, de procesos migratorios, militar, existe una crisis de confrontación ideológica, de culturas, religiones y fundamentalismos, de xenofobia y racismo, crisis de agotamiento de recursos fósiles y minerales, de pánico y desconfianza en el sistema entre muchas otras, en un contexto de otro gran peligro determinado por el cambio climático y el calentamiento global en progreso, todo lo cual amenaza con rediseñar la geografía y la historia física y humana a nivel planetario. Es por ello que nos atrevemos a caracterizar a esta crisis y a esta depresión del siglo XXI, más allá de ser una crisis sistémica y estructural del capitalismo,

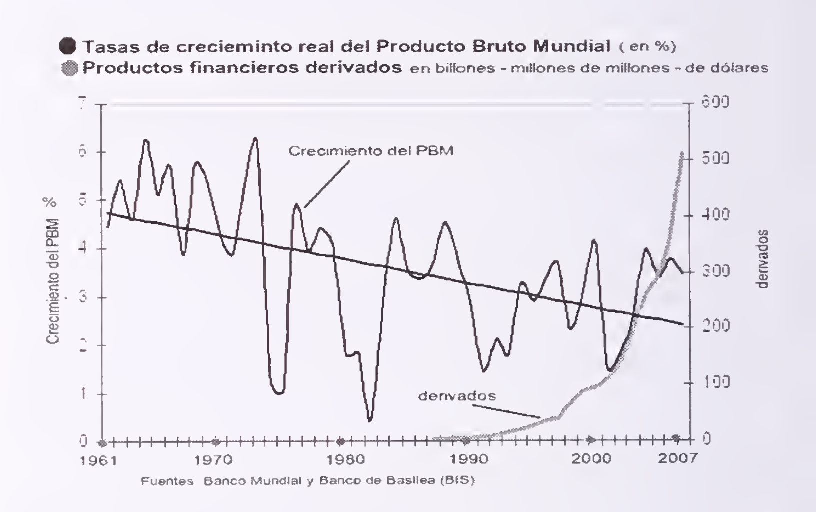
como la primera gran *crisis de la civilización*, sin precedentes en la historia moderna.

Ante tal situación, se requiere más que nunca una acción de emergencia concertada, que reivindique el bien común y la seguridad común a nivel planetario, a partir de una práctica y ética solidaria para la sobrevivencia que trascienda las diferencias de nacionalidades, colores, lenguas, razas, ideologías, religiones, intereses económicos o políticos, para enfrentar el peligro, construir un mundo distinto y asegurar la continuidad de la especie humana en mejores condiciones. Será la comprensión de la magnitud del problema más la solidaridad entre los pueblos, lo que probablemente nos conducirá a concebir la transición hacia una sociedad poscapitalista reconstruida sobre los aciertos y errores del pasado. Cuando en medio de una crisis de civilización este mundo resulta inviable, la proclama del Foro Social Mundial (FSM) de "Otro Mundo es Posible" se queda corta, pues "Otro Mundo resulta Necesario". Este Foro, en su novena edición en 2009 en Belém, Brasil, opacó la política del "sálvese quien pueda" que imperó en el Foro Económico Mundial (FEM) de los más poderosos del mundo que suelen reunirse anualmente en Davos, Suiza. La ausencia este año de los banqueros de Wall Street y de la nueva administración estadounidense bajo la presidencia de Obama, contrastó con la presencia de cinco presidentes latinoamericanos en el FSM.

En el FEM presenciamos más síntomas de esa ideología del "sálvese quien pueda". La fuerte caída de las exportaciones a nivel internacional es síntoma de un creciente proteccionismo. Cada país busca salvar su economía. Tarde o temprano se revelará que con esa política nadie se salvará, y esta vez ni el propio régimen capitalista de producción. De ahí que podamos hablar de una crisis sistémica. El sistema capitalista como tal está por colapsar, solo es cosa de tiempo. Un hecho pertinente es que cada vez es más generalizada la pérdida de confianza en el dinero en general, y en el dólar en particular. Esta es la moneda internacional que desde Breton Woods, y luego de modo particular bajo el gobierno de Richard Nixon en 1971, sustituyó al oro como res-

paldo y referencia de valor de las monedas. Lo anterior ha permitido a los EE. UU. vivir a expensas del mundo entero. El peligro actual es que el dólar se hunda, lo que arrastrará a las demás monedas con la consecuencia del hundimiento de todo el sistema monetario internacional. Esta es hoy una posibilidad real y ello es motivo de pánico, en especial en el mundo de los banqueros. En esencia, los lazos sociales basados en la confianza en el dinero dejan de ser creíbles y los mismos pueden colapsar en cualquier momento.

Figura No. 1



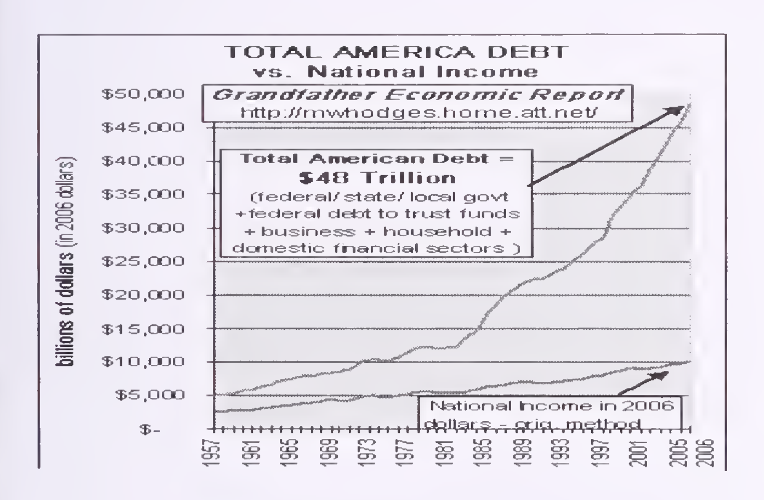
Según el Banco de Basilea, a mediados del año 2000 los productos derivados (rojo) representaban aproximadamente el doble del PBM, a mediados de 2006 eran ocho veces superiores, y diez veces un año después: sumaban unos 510 billones (millones de millones) de dólares. Si agregamos el empapelamiento (acciones, deudas públicas, impresiones de dinero sin respaldo, deudas ficticias, etc.), serían unos mil billones de dólares, veinte veces el PBM (J. Beinstein).

Los banqueros y el sistema financiero del Primer Mundo, sobre todo de los EE. UU., crearon en las últimas décadas una enorme estructura parasitaria. Con base en un crédito sin límite, mediante la impresión de dinero y valores

sin respaldo generaron una enorme masa monetaria y de valores ficticios que a menudo exportaron, contaminando los mercados globales y originando burbujas. Hacia fines de 2007 comenzaron a estallar las burbujas, en primer lugar en el sector inmobiliario, pero pronto también en el mercado de los productos derivados y otros. Esta masa de valor ficticio es en la actualidad muy superior al Producto Bruto Mundial (PBM) y creció de manera exponencial desde los años noventa [1]. Se trata en realidad de una *gran estafa* a la humanidad. Algo simplemente imposible de resolver sin una catástrofe económica y financiera global, más un costo humano incalculable.

Gráfico No. 2

Deuda total vs. Ingreso total de los EE. UU. por todos los conceptos



[1] Véase: J. Beinstein, "7 Rostros de la crisis", en *www.observatoriocrisis.org*, Figura No. 1.

La actual crisis venía siendo anunciada desde hace más de una década, entre otros, por diferentes miembros del Observatorio Internacional de la Crisis, pero los grandes medios de comunicación la ocultaban a los ojos de la población mundial. Conforme se observa en el gráfico No. 2, desde los años cincuenta existe una brecha que se ensancha entre los ingresos totales de los EE. UU. y su creciente endeudamiento por todos los conceptos. Así, para el año 1973 observamos que frente a un ingreso de cinco billones de dólares había una deuda de diez billones, o sea, el doble. Para el año 2006 esa deuda creció a cincuenta billones de dólares frente a un ingreso de diez billones, esto es, el quíntuple. Desde hace tiempo se podía ver que era algo realmente insostenible (véase gráfico No. 2).

El endeudamiento y el crédito sin límites provocan como tendencia la caída del dólar. En los próximos dos gráficos mostramos la evolución de esa caída, tendencia que se observa desde la segunda mitad de los años ochenta cuando el incremento de la deuda estadounidense se acelera. Una segunda caída se observa después (del 11 de septiembre) de 2001, momento a partir del cual se dispara el crédito en general y el crédito hipotecario en particular. Lo anterior para contrarrestar las consecuencias del estallido de la burbuja bursátil entre 2000 y 2001. La consecuente progresiva caída del dólar amenaza con arrastrar a las demás monedas del mundo, y de continuar podría eventualmente derrumbar el sistema monetario internacional (ver gráficos Nos. 3 y 4). El debilitamiento de la moneda de los EE. UU. se refleja de igual modo en el aumento del precio del oro en casi cuatro veces, pasando de 250 dólares la onza a principios de la década a casi 1.000 dólares en 2008, con tendencia a subir más (ver gráfico No. 5).

2. ¿Qué dice el oro sobre las acciones de los bancos desde agosto de 2008?

El precio del oro nos dice que los bancos centrales han fallado esta vez. La política neoliberal con los banqueros,

Gráfico No. 3

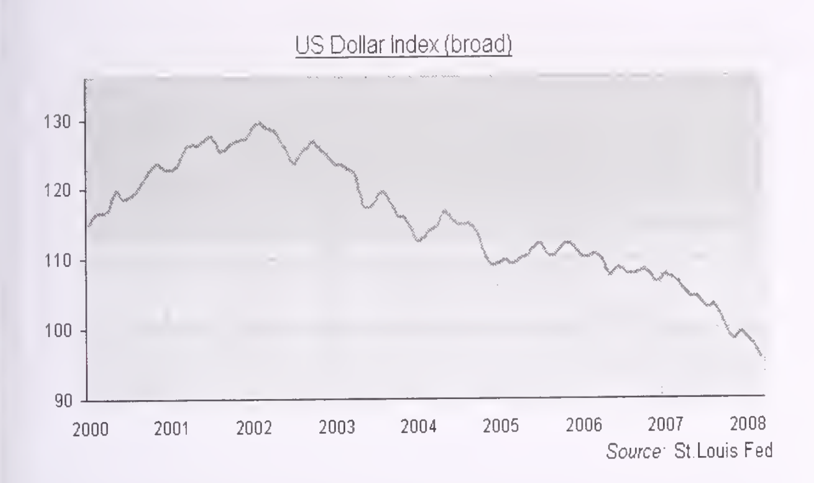
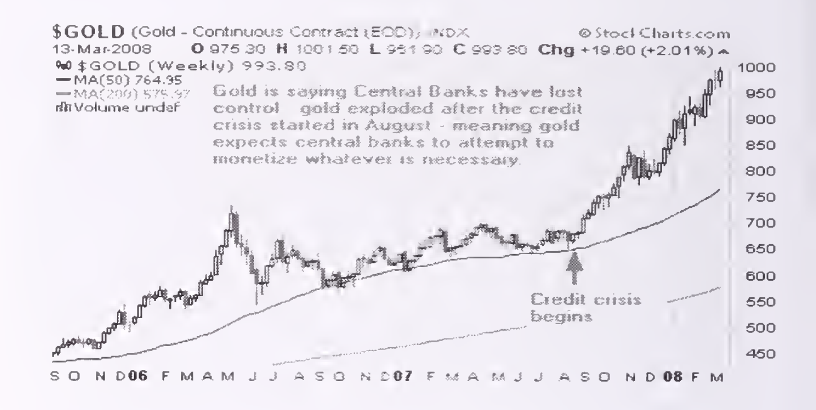


Gráfico No. 4



Gráfico No. 5



las grandes transnacionales, las elites que hoy controlan el capital y los gobiernos del Primer Mundo, llevaron a su punto culminante el predominio del capital especulativo improductivo y "ficticio" sobre el capital productivo. Con la acumulación de ganancias ficticias en más capital especulativo, el dinero es cada vez menos la expresión de riqueza en términos de valor "real". Con la crisis actual este castillo de naipes se desploma y las pérdidas financieras saltan a la vista. Existe el riesgo real de una pérdida de fe en la moneda, con lo que se pierde también la fe en la economía de mercado. Sin esta fe, todo se acaba. Esta fe, sin embargo, aún está por perderse. En apariencia, las potencias occidentales adoptaron en la G20 una salida alternativa con Rusia, China, India y Brasil para buscar cómo salvar al mundo de forma conjunta con nuevas reglas de juego. Hablaron incluso de un nuevo Breton Woods. En esencia, trataron de salvar el capital financiero de Occidente a toda costa. En nuestra opinión posponen la profundidad de la crisis a escala mundial sin salir de ella. Son los banqueros que buscan salvarse a toda costa, y podrían arrastrar al mundo entero a situaciones mucho más críticas. Cuando se manifieste la profundidad de la crisis, las potencias buscarán en vano nuevas respuestas. Y cuando las políticas de aparente consenso que busca la administración Obama no den resultado,

presenciaremos un escenario diferente: el colapso del sistema financiero internacional.

A los líderes del Imperio, desde luego, no se les escapa la gravedad de esta eventual crisis. Con lo que ocurrió en 2008 en Georgia y después en Gaza, el conflicto con Irán, Corea del Norte, China/Taiwán, Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)/Rusia, India/Pakistán y otros, más bien parece que ante el inminente colapso financiero y monetario se mueven las piezas de ajedrez para preparar otro conflicto de mayor envergadura, que incluso podría crecer a nivel mundial, como último recurso para salvar a Occidente. Sea un escenario u otro, lo que se anuncia es el hundimiento del modo de vivir occidental en general y de los EE. UU. en particular.

3. La reunión de abril de 2009 del G20 en Londres

La reunión del G20 en abril de 2009 en Inglaterra, no tocó los problemas de fondo de la crisis. Más allá de tratar de tranquilizar a los mercados y los llamados a la unidad de Obama y demás lideres para restaurar la fe y la confianza perdidas, no fue sino un retoque a la vieja estructura financiera que ha probado no ser más viable sin profundas transformaciones. Los mecanismos de control de los países ricos sobre los países pobres (Fondo Monetario Internacional —FMI—, Banco Mundial, Organización Mundial de Comercio), desacreditados y cómplices de la crisis, no fueron tocados y, por el contrario, algunos como el FMI se vieron fortalecidos. Estos han operado en beneficio del capital financiero occidental, y las medidas adoptadas no tienen nada que ver con un nuevo Bretton Woods. Así, en opinión de Walden Bello (Filipinas)

> La Conferencia de Bretton Woods creó nuevas instituciones multilaterales y nuevas normas para gestionar el mundo de posguerra. El G-20 busca reciclar instituciones fracasadas... El FMI ha fallado en sus prescripciones de política económica... La respuesta del Norte a la crisis pasa por

> revivir instituciones fosilizadas… La actual tripulación capitalista al mando de la economía global ignora si los métodos keynesianos pueden reflotar la vida económica planetaria [2].

A partir del G20, el sistema continúa bajo control de banqueros, grandes corporaciones y el Complejo Militar Industrial que constituyen la punta de lanza de un ente basado en el "fundamentalismo" del dinero, la ganancia a cualquier costo. Parapetados tras la estructura de poder de los países dominantes, ellos persiguen un nuevo sistema integrado por una especie de gobierno mundial en las sombras dirigido por sus élites, con mecanismos verticales, autoritarios y militares dispuestos a imponerse por la fuerza, de ahí la doctrina del "ataque preventivo" de George W. Bush para preservar sus intereses. No se puede descartar una nueva forma de neofascismo a nivel planetario. El general Leonid Ivashov —exjefe de las Fuerzas Armadas de Rusia— [3] ha dicho al respecto:

> La esencia de la crisis se manifiesta en la lucha de las grandes potencias para tomar el control de los recursos del planeta… el terrorismo favorece la realización de los objetivos de dominación mundial… No constituye por sí mismo un actor de la política mundial sino un simple instrumento, el medio para instaurar un nuevo orden unipolar con un centro de mando mundial único… Teniendo como medio para lograrlo la realización de golpes preventivos contra cualquier país… No habrá escrúpulos a la hora de determinar los medios a emplear para responder a un ataque. Solo será cuestión de escoger los medios.

Karl Müller (Suiza, marzo de 2009) habla aún más claro:

> Los miembros de la altas finanzas no tienen preferencia por determinado régimen político. Lo importante es acrecentar

---

[2] "Reunión del G20 en Londres. Abril 2009", en *www.observartoriocrisis.org*

[3] Moscú, 11.03.2009, en *Red Voltaire.*

sus ganancias. Lo hicieron bajo el capitalismo, el comunismo de la Unión Soviética, el fascismo y el nacional socialismo. No es sorprendente pues que haya nacido un instrumento de dominación centralista violento, que interfiere los derechos individuales, autoritario, que acapara las estructuras de los Estados y que abusa de ellas para hacer creer a los pueblos que se ocupan de sus intereses, cuando en realidad se trata de los intereses de unas pocas personas. Es lo contrario de un Estado de derecho y de un Estado social liberal y democrático.

Ante semejante escenario, la guerra permanente como principio y la guerra a gran escala —incluidas armas de destrucción masiva— aparecen como los principales peligros. La propia humanidad está en peligro. Por eso, la seguridad mundial y la sobrevivencia de la humanidad demandan que el Complejo Militar Industrial se transforme en un "Complejo Industrial para la Cooperación Internacional y la Paz". Para ello es necesario un nuevo orden internacional respetuoso y justo, en un proceso de construcción que llevaría décadas, pero que significaría un cambio radical para la seguridad de todos los seres humanos en el siglo XXI. Este debate debe impulsarse y su fuerza descansa en el desarrollo de una sociedad civil mundial activa, organizada, siempre más consciente de sus derechos y de los peligros para la raza humana, a fin de contener a la pequeña élite que ha venido empujando el mundo a una catástrofe global.

4. La inevitable Gran Depresión del siglo XXI y la amenaza de guerra

Lo que está realmente en juego de cara a la Gran Depresión del siglo XXI, es la perspectiva de una guerra por parte de los EE. UU. a escala internacional. ¿Por qué lo vemos así? Porque tal salida no sería algo nuevo. Los EE. UU. escaparon de la depresión de los años noventa del siglo XIX con la Guerra Hispano-Estadounidense. Escaparon a la Gran Depresión de los años treinta del siglo XX con la Segunda

Guerra Mundial. Asimismo, al finalizar esta hubo una recesión que desembocó en la Guerra de Corea. Dado que existe en la actualidad el riesgo de una depresión todavía más considerable, enfrentamos de nuevo el peligro de otra gran guerra.

Aun cuando tal guerra no figure en la agenda inmediata del presidente Obama, la pregunta es si podrá evitarla. En el contexto de la Gran Depresión del siglo XXI, el nuevo presidente se encontrará, en nuestra opinión, con las manos relativamente atadas. Dos importantes cuestiones impedirán a Obama formular sus propias políticas. En primer lugar, los billonarios rescates financieros no surtirán efecto real. En segundo lugar, los avanzados preparativos para la ley marcial en los propios EE. UU. como un escenario de guerra mucho mayor. Así, con obvias malas intenciones, el 3 de febrero de 2009 el exvicepresidente Dick Cheney anunció que es muy probable un nuevo 11 de septiembre durante la administración Obama. Esta no es sino una advertencia para que tome decisiones que, de otra manera, tendría que tomar con un nuevo atentado orquestado desde adentro [4]. Algunos analistas hacen ya conjeturas alrededor de la gripe porcina como elemento desmovilizador de las esperables protestas dentro de los EE. UU., a saber, bloqueo a la inmigración y fomento de la xenofobia y el nacionalismo muy convenientes para las políticas proteccionistas.

Respecto a esta desmovilización popular dentro de los EE. UU., apuntamos que durante la administración Bush ha habido un movimiento continuo en la dirección de los preparativos para la antes mencionada ley marcial. Esta tendencia ha sido tan continua como no anunciada. En otras palabras, hay y habrá un incremento de la utilización tanto de la guardia nacional como del ejército, para controlar las esperadas crecientes protestas del pueblo estadounidense en el entorno de crisis y desempleo que derivaría de una depresión prolongada. Hacia afuera tenemos la política de la administración Obama de enviar 20.000 soldados más a

---

[4] Véase: Jim VandeHei, "Cheney warns of new attacks".

Afganistán para "terminar" dicha guerra. Esta tendrá las predecibles consecuencias de una guerra ampliada al involucrar a otros países como Pakistán, e irá aún más allá [5].

He ahí el motivo de buscar otro Pearl Harbour entre fines de 2008 y principios de 2009. Lo que pasó en Gaza no fue, al parecer, una simple operación militar táctica de Israel cuanto una decisión estratégica de parte de la alianza angloestadounidense que lo apoya de modo incondicional, cuyo objetivo último habría sido una guerra más ampliada que involucrara a Irán. Lo que se esperaba, quizás, del bombardeo masivo y la incursión militar en las ciudades de Gaza era que el costo humano en víctimas entre la población civil fuese tal, que Irán se sintiese obligado a apoyar a Hamas en el conflicto. Tal escenario es justo la respuesta que la alianza anglo-estadounidense esperaba para justificar una guerra contra Irán y la que han estado planificando desde hace años. No obstante, resultó ser un juego peligroso que desembocó en su contrario. En opinión de Muriel Mirak-Weissbach [6] era probable que Irán no cayera en la trampa y, efectivamente, el genocidio sin límite desacreditó a Israel de tal forma que las actitudes proisraelitas en Europa, y hasta en los EE. UU., cambiaron en manifestaciones y acciones políticas en su contra. En este sentido, han sido signo de gran esperanza las manifestaciones multitudinarias en el mundo entero a principios de enero de 2009. Estas se tornan más difíciles con la pandemia que se extiende por el mundo, de ahí las sospechas de que ella sea parte de un escenario de guerra más complejo.

Aparentemente, Rusia se sintió amenazada con la invasión y el genocidio en Gaza. Aunque las noticias oficiales no lo señalaran, es muy probable que el conflicto de gas entre Rusia y Ucrania estuviera en relación directa con lo que sucedió en la franja de Gaza. El recorte de gas a la Unión Europea (UE) vía Ucrania, bien puede haber sido una for-

---

[5] Véase: Peter Dale Scott, "El peligro de otra gran guerra para enfrentar la depresión", en *www.globalresearch.ca*

[6] En su artículo "The Target is Iran: Israel's Latest Gamble May Backfire", en *www.globalresearch.ca*

ma de presionar al viejo continente para parar a Israel. Al cortar el gas en pleno invierno, de inmediato se logró un cese del fuego que Israel luego desestimó. Al continuar el genocidio, Rusia declaró nulo el acuerdo sobre el gas entre la UE, Ucrania y Rusia. La alta diplomacia internacional, sin duda, entendió el mensaje: hay que presionar a Israel, o de lo contrario no habrá gas para la UE.

De lo anterior surge otra pregunta. ¿Hay motivos, entonces, para pensar en una guerra de mayor envergadura detrás de este escenario genocida en Gaza que gozó del pleno apoyo de la administración Bush? Francis Boyle estima posible que después de desarticular a Hamas, Israel se sentiría con las manos libres para ir a la guerra contra Siria. En tal caso se esperaba que Irán viniera en defensa de Siria [7]. Un tal escenario es justamente el esperado por la administración estadounidense para declarar la guerra a Irán. A partir de ahí se podrían incorporar al conflicto Rusia y China, los verdaderos contrincantes de los EE. UU. Estimamos que de esta forma la administración Bush, junto con Israel, han dejado una herencia bélica a Obama, así como la administración Eisenhower dejó a Kennedy enredado con la crisis cubana. Boyle no es el único que señala este riesgo; cada vez más analistas lo ven como respuesta probable a la desesperada crisis financiera del Imperio, sin precedente en la historia del capitalismo.

¿Existen indicios claros de la preparación de una guerra desde Israel? La Oficina Presupuestaria del Congreso estadounidense considera que el déficit presupuestario de 2009 será de 1, 2 billones de dólares, lo que representará algo más del 9% del PIB de los EE. UU. Un fuerte incremento del gasto militar es parte del mismo. Para la administración Obama se trata de una carga impresionante que asumió desde el momento de su toma de posesión, y para el resto del mundo representa un aviso de gran trascendencia. Matthias Chang juzga correctamente que cuando la sobrevivencia de una potencia está en juego debido a una honda crisis financiera

---

[7] Véase su artículo "An Israeli War Crimes Tribunal may be the only deterrent to a global war", en *www.globalresearch.ca*

y el colapso de su moneda es una real posibilidad, esa nación se prepara para la guerra como recurso último. En su opinión, la economía financiera, con sus principales centros en Nueva York y Londres, se encuentra en una situación desesperada toda vez que el dólar está a punto de colapsar. Para ir a la guerra, sin embargo, la economía de los EE. UU. dependerá más que nunca de las reservas internacionales mundiales para poder endeudarse en más de un billón (un millón de millones) de dólares al año, al tiempo que se les está acabando el crédito.

5. El estallido de la burbuja de los bonos del Tesoro: una bomba de tiempo

Desde septiembre de 2008 las reservas internacionales a nivel mundial no aumentan, lo que agota la capacidad de un mayor endeudamiento de los EE. UU. De ahí que la máquina de impresión de dólares sin respaldo trabaje en la actualidad sin parar. La gravedad del momento lo muestra el hecho de que solo en los tres últimos meses de 2008, los EE. UU. emitieran nuevos billetes por unos 600.000 millones de dólares. Mientras la situación empeore y la deuda pública y la privada (que ya representan el 60% y el 360% del PIB estadounidense respectivamente) sigan creciendo, los EE. UU. no harán otra cosa que exportar su costo sobre el resto del mundo y seguir procurando que su deuda la paguen los demás países, la clase media y los más pobres de su nación.

El mundo de las finanzas pronostica el estallido de una nueva burbuja. Según Rosenberg,

> ...la demanda de bonos del Tesoro alcanza ya la fase de una nueva burbuja, como la de las acciones de las firmas tecnológicas en 2000 y los bienes raíces en 2006.

El tema es analizado por el *Financial Times* de Londres, que considera que si el dólar empieza a ser castigado ante el riesgo de cesación de pagos por parte de los EE. UU., la

amenaza de pérdida de valor de lo invertido traería inevitablemente de la mano una brusca liquidación de posiciones. Solo para el año 2009 se anticipa una emisión de deuda de dos billones de dólares sin compradores a la vista. Cualquier éxodo que se produzca hoy, podría detonar ventas inmediatas y generalizadas. No importa quién venda primero, si son "extranjeros o locales", para este año existe el riesgo significativo de una brusca pérdida de confianza en la deuda del gobierno estadounidense, y por tanto que todo el mundo corra al mismo tiempo a vender.

Tan monumental es la deuda [8], que incluso se ha comenzado a plantear, por ejemplo, la posibilidad de condonar la deuda estadounidense en aras a mantener el dólar como moneda internacional. En eso está el *lobby* de los diplomáticos de la actual administración Obama con Madame Clinton en primera línea. Esta salida es poco probable. De igual modo, se ha llegado a especular con la creación de una nueva divisa estadounidense que supondría una verdadera operación de "mesa limpia" en la economía mundial, ante un dólar en vías de convertirse en papel higiénico carente de todo valor.

¿Cómo se vislumbra el futuro del dólar? En condiciones normales la Reserva Federal imprime dinero (dólares) con base en la venta de bonos del Estado, que el Tesoro ofrece a los inversionistas con el fin de poder girar cheques a la Reserva Federal para que esta imprima moneda. Si la propia Reserva Federal compra los bonos y así logra la posibilidad de imprimir dinero que acaba de pagar, estamos hablando de fraude. Por otra parte, si la Reserva lo hace implica que está desesperada porque no hay compradores de bonos. Y, justamente, desde fines de 2008 ni China ni nadie está interesado en comprar bonos del Tesoro de los EE. UU. [9]. El 13 de marzo de 2009 el primer ministro chino Wen demandó a los EE. UU. no devaluar el dólar al aumentar de manera descontrolada el gasto público con dinero sin respaldo, y

---

[8] Juan Torres López, "Papel mojado", en *www.rebelion.org*

[9] Véase: James West, "U.S. Debt Default, Dollar Collapse", en *www.financialsense.com*

depreciar con ello los bonos del Tesoro en su posesión. Al mismo tiempo señaló que en la cumbre del G20 estaría más inclinado a ayudar a los países más pobres [10]. Pocos días después el ministro chino sugirió la creación de una nueva moneda internacional, a lo que el presidente Obama ha respondido que no lo estima necesario. Esta idea resurgió en boca del representante ruso en la cumbre del G20 (Londres, abril de 2009). Todo indica que el dólar está en sus últimos momentos.

Normalmente, al imprimir billetes sin respaldo el dólar tendería a la baja. Sin embargo, con la crisis crediticia más bien gana posición en el mercado. ¿Cómo se explica esto? Porque a raíz de esta crisis ni siquiera los bancos confían los unos en los otros. El resultado es que se dificulta conseguir crédito y esto golpea la economía real. En tal coyuntura todo el mundo busca dinero en efectivo. Como el efectivo universal se consigue en dólares, hay demanda de billetes verdes, aun cuando estos pierdan respaldo y con ello valor. Pero es cuestión de tiempo para que el dólar colapse. Con ello, la base de toda la confianza en el sistema monetario quedará objetivamente minada. Sin un respaldo como el oro, por ejemplo, el respaldo es la "fe". Y si se pierde la fe, todo colapsará.

En este contexto, la compra de bonos por la propia Reserva Federal actúa como una bomba de tiempo: en cualquier momento explotará. El mayor riesgo consiste en que la Reserva esté engañando a los inversionistas, llevándolos a la mayor burbuja de todos los tiempos. En todo caso, conforme crezca el fraude cada vez habrá mayor desconfianza en los instrumentos de la deuda y el precio del oro y la plata subirán. El grado en que haya presión alcista en el precio del oro y la plata, será directamente proporcional al sentimiento negativo hacia los instrumentos de deuda de los EE. UU. James West [11] estima posible un alza del oro hasta US$1.500

---

[10] Véase: Joe MacDonald, "China ´worried´ about US Treasury holdings", en *Yahoo! News*.

[11] "Dollars, Gold, and soon — Intelligent Life", en *www.financialsense.com*

la onza en un futuro no lejano. Tal alza sería la expresión de una total pérdida de confianza en el dólar, y con ello en el sistema monetario internacional. Será un desastre, aunque esta generalizada falta de fe en el dinero podría implicar el advenimiento de una vida más inteligente y sensata en la tierra, concluye West.

Con el peligro de una nueva guerra de mayor envergadura, el dólar podría fortalecerse otra vez. Con las amenazas de guerra, como en Georgia y recientemente en Gaza, el dólar se aprecia y las otras monedas, y sobre todo el euro, pierden terreno. El capital especulativo, con Georges Soros (cercano asesor del candidato demócrata Barack Obama), en primera línea, tenía una nueva cancha especulativa. A especuladores como Soros parece no temblarles la mano para hacer fortuna con amenaza de nuevas guerras, aunque estas impliquen el riesgo de un conflicto de envergadura mundial. De este modo, en Georgia, hace tiempo que Soros preparaba el terreno con sus asesorías. Además, así como el precio del petróleo ascendía cuando el dólar se devaluaba, de la misma forma el precio del oro negro baja cuando el billete verde se aprecia. Y con cada amenaza de guerra baja también el euro frente al dólar, puesto que los EE. UU. se revelan como puerto más seguro de cara a una amenaza de guerra con Eurasia como escenario principal.

Una eventual guerra a escala mundial significaría una amenaza más inmediata para la zona del euro, pues Europa se transformaría en una región de mayor riesgo para la inversión. La zona del dólar (incluyendo Gran Bretaña) se vislumbraría, en cambio, como más segura para el capital. Por eso, el resultado inmediato de una amenaza de guerra ha sido una creciente fuga de capital de la zona europea en general y desde Rusia en particular en beneficio del dólar [12].

Con una amenaza de guerra, preferiblemente en el entorno de los contrincantes de los EE. UU., se incrementa la demanda de dólares y se amortigua la hiperinflación en este país. La última habría sido el resultado lógico de la crea-

---

[12] Véase: Ellen Brown, "Watch the Dog: how to conceal massive economic collapses", en *www.globalresearch.ca*

ción masiva de dinero sin respaldo para realizar el rescate multimillonario del sistema bancario y financiero. He aquí el motivo del nuevo Pearl Harbor desde fines de 2008, precisamente cuando se vislumbra la Gran Depresión del siglo XXI. Lo que pasó en Gaza, entonces, no parece ser apenas una operación militar táctica de Israel, sino una decisión estratégica de parte de la alianza anglo-estadounidense que lo apoya de manera incondicional y cuyo objetivo último es una guerra más ampliada que involucre a Irán e incluso más allá: a China y a Rusia.

6. Crisis, militarismo, Complejo Militar Industrial y hegemonía global

La ampliación de la presencia militar estadounidense al sureste de China, debe ser percibido por este país como parte del cerco estratégico de los EE. UU. en el marco de la búsqueda del control total de Asia, la fragmentación de sus principales rivales: Rusia y China, el control de las riquezas del mar Caspio, Asia central y Siberia (grandes reservas de la humanidad). Uno de los objetivos es obstruir las posibilidades de mejorar las relaciones y la cooperación de Europa con Rusia y Asia, vitalmente contrarias a los intereses de hegemonía global y control unipolar y unilateral de los EE. UU.

> Zbigniew Brzezinski , exconsejero de Carter y bajo David Rockefeller inspirador de la Comisión Trilateral EE. UU., Europa, Japón, recomendó debilitar y acorralar militarmente a Rusia, desestabilizar sus fronteras, definiendo como imperativo absoluto de la supervivencia de los EE. UU. la conquista de Eurasia. Su *"plan para Europa"* defiende la extensión de la OTAN hacia el Este y el cerco militar a Rusia. Para Brzezinski, cerebro del programa demócrata, la estrategia es la subordinación de Rusia, Europa y el resto de Asia a la hegemonía de los EE. UU. [13].

[13] Véase: Voltairenet.org, "La monstruosa estrategia para destruir Rusia", por Arthur Lepic.

Una señal a atender es el crecimiento de las inversiones militares de los EE. UU. a pesar del fin de la Guerra Fría (véase gráfico No. 6). Esto sugiere que las élites occidentales, conscientes de la acumulación de contradicciones y desajustes económicos y financieros, se han venido preparando por décadas para una serie de guerras o una gran guerra que asegure su control y dominio absolutos a escala planetaria. Así, para el año 2005 el Departamento de Defensa reportó 737 bases militares de los EE. UU. en el extranjero. Un cálculo aproximado del número total de estas bases hoy, gira alrededor del millar [14]. Desde los atentados del 11 de septiembre, los EE. UU. han instalado más bases militares en Afganistán, Pakistán, Kyrgyzstán, Uzbekistán y Tayikistán, al igual que en Kuwait, Qatar, Turquia y Bulgaria. En la actualidad posee bases militares en cerca de sesenta países [15] (ver mapas Nos. 7 y 8).

El gráfico No. 6 muestra el mayor gasto militar de la historia.

Gráfico No. 6



[14] Véase: Chalmers Johnson, "Nemesis". New York — 19.11.2008, en *www.americanempireproyect.com*

[15] Véase: "US Military expenditures", en *Wilkipedia.*

Otra señal es el posicionamiento de tropas y bases militares que los EE. UU. han venido construyendo alrededor del mundo (ver figura No. 7).

Figura No. 7

Bases de los EE. UU. distribuidas por el mundo



Fuente: Source: (The American Empire —WordPress.com weblog).

Dentro de los EE. UU. hay al menos 48 grandes bases militares, 62 navales, 16 de marines, 14 de guardacostas, 67 bases aéreas y varios miles de facilidades militares menores. Para el año 2005, los EE. UU. contaba ya con 13 fuerzas de tarea navales, cada una con el poder para confrontar a cualquier otro ejercito del planeta. El país cuenta con el mayor poderío militar de la historia, no obstante no dispone de la liquidez sana para utilizarlo. En opinión de Michael Hudson, el superávit de dólares construido dentro del sistema financiero global, es lo que financia los compulsivos gastos militares estadounidenses.

Figura No. 8

Mapa del Medio Oriente



Este país genera un déficit fiscal que vende a los bancos centrales de los demás países. Estos no tienen mas opción que comprar billetes verdes o bonos del Tesoro, con los cuales los EE. UU. han venido financiando sus gastos militares y una enorme red de bases por todo el mundo. Con este sistema de crédito con bonos y deuda, el país paga los gastos del Complejo Militar Industrial [16].

Las masivas inversiones militares improductivas, que costaron a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) su desmembración y desaparición, cuestan hoy a los EE. UU. el presente hundimiento económico y financiero, propio y global. En efecto, el costo por el "libre" accio-

[16] Véase: "Economic Meltdown: The Dollar Glut is what Finances America Military Build-up", en *G. Research*, 29.03.2009.

nar de las élites parasitarias sobre todo en ese país, aunque también en Europa, ha sido hundir su propia economía y arrastrar a la economía mundial, dañar la calidad de vida de su propia población y la del resto del mundo. Los exorbitantes gastos militares improductivos han dado como resultado un crecimiento negativo de su economía, aunado a la creciente incapacidad de obtener crédito de todo el mundo. Esto, repetimos, costó a la antigua URSS su fragmentación. El crédito que reciben los EE. UU. está llegando a los límites de lo posible. Por consiguiente, no es impensable un resultado similar en la Unión Americana y en la UE, de ahí que algunos analistas mencionan la posibilidad de una fractura en la zona del euro. Los llamados del presidente Obama a la unidad pueden ser la voz de un "Gorbachov de Occidente". Una nueva perestroika parece vislumbrarse, pero esta vez en Occidente.

7. El conflicto en el Cáucaso, Georgia, Osetia del Sur y el mar Caspio

Rusia es posible que se haya venido sintiendo cada vez más estratégicamente amenazada, primero con las guerras de Irak, luego —en 2008— con los planes para invadir Irán, los ataques a Osetia del Sur (Georgia) y a Gaza, el coqueteo de la OTAN, los EE. UU. e Israel con Ucrania, la República Checa, los países bálticos y Polonia, la amenaza de instalar radares o misiles en Polonia y la República Checa y, en fin, con el conjunto de operaciones y ejercicios militares estadounidenses en todo el mundo.

Después de la desmembración de la URSS, se acordó con Rusia que la OTAN y Occidente no manipularían a las antiguas republicas soviéticas y del Pacto de Varsovia, justo para evitar cercarla colocando misiles en sus cercanías en las bases militares estratégicas de los EE. UU. y sus aliados. Y es que los rusos no olvidan la vieja aspiración de los militares estadounidenses: dar el "primer golpe nuclear" ("first nuclear strike"). Si Rusia lo permitiese, terminaría como po-

tencia. Pues bien, Rusia debe sentir que ese acuerdo estratégico ha sido violado por los EE. UU. y Occidente. De ahí la respuesta aplastante —como con un martillo— por tierra, mar y aire sobre Georgia: con ello Rusia procuraba lograr el desmantelamiento de las instalaciones militares desarrolladas con la cooperación de la OTAN, Israel y los EE. UU. Algunas fuentes sostienen que hubo alerta nuclear e incluso desplazamientos de baterías de misiles nucleares de mediano alcance por parte de Rusia Si así fuera, esto equivaldría a poner una pistola en el pecho a Israel, Turquía, Grecia y otros países europeos, suponiéndoles cómplices del ataque de Georgia sobre la frontera sur rusa y amenazando a toda la región del Cáucaso.

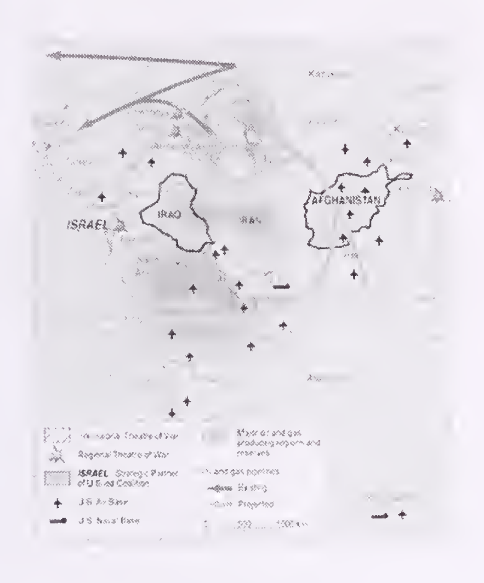
La decisión de la República Checa en marzo de 2009 de suspender la instalación en su territorio de los radares de misiles propuestos por la OTAN, podría ser una sabia decisión ya que bajaría las tensiones, lo mismo que el llamado de Obama a Irán para empezar una nueva relación. Habrá que ver en el futuro la reacción de las élites que controlan los bancos, las transnacionales del petróleo y el Complejo Militar Industrial. La aceptación en abril de 2009 de la incorporación a la OTAN de Albania y Croacia, con la presencia y el acuerdo de Obama, significa por el contrario aprobar el avance hacia el este de la OTAN y constituye un punto crítico en la situación de la seguridad entre Rusia y Occidente

Es obvia la interdependencia entre Rusia y Europa, toda vez que esta recibe el 40% del petróleo y el gas que consume a través del territorio ruso. Esto debería apuntalar la cooperación y distensión entre ambas partes, lo que sin embargo es contrario a los intereses mundiales unipolares y hegemónicos de los EE. UU. que procura impedirlas. La construcción de oleoductos de gas y petróleo procedentes de los ricos campos petroleros del mar Caspio, pasando por Georgia y de ahí a Europa vía Ucrania, el mar Negro, Turquía e Israel, podría haber estimulado a la OTAN a apoyar la aventura de Georgia en Osetia del Sur a fin de ganar su independencia energética. Esta aventura podría darse al costo de detonar un conflicto militar regional de mayor magnitud, quizás hasta con armas nucleares, en el entorno euroasiático, con

los EE. UU. observando tranquilamente desde el otro lado del Atlántico, tal como ocurrió durante la primera parte de la Segunda Guerra Mundial (véanse figuras Nos. 9 y 10).

Figura No. 9

Petróleo y teatro internacional de guerra en el Medio Oriente y en Asia Central



Georgia se encuentra en el centro de la antigua "Ruta de la Seda", hoy conformada por unos diecisiete estados desde Italia hasta Asia Central y China, sobre los que la OTAN y Occidente han extendido su influencia con obvios propósitos económicos y militares. Georgia es clave para el paso del petróleo y el gas con destino a Europa procedentes del mar Caspio, evitando el tránsito a través de Rusia. Irán es otra puerta de entrada a las riquezas de Asia Central y Siberia (premios mayores en el conflicto). Georgia y los países al este son punto de partida para dividir Asia en dos, con China de un lado y Rusia del otro, lo que abriría el camino a su posterior desmembración. Georgia es de igual modo clave de cara a un posible ataque a Irán o un conflicto ampliado

en el Cáucaso con Rusia. En este sentido, el ataque ruso a Georgia bien pudo haber desmontado provisionalmente el ataque a Irán. Todo esto debe ser percibido como una gravísima amenaza estratégica dirigida por los EE. UU. contra estas dos potencias nucleares: Rusia y China (ver figura No. 10).

Figura No. 10

Fuente: http: / / www.heartland.it / map_centro_asia_ring.html

8. La geopolítica y América Latina y el Caribe

América Latina y el Caribe y el Tercer Mundo han venido transfiriendo su riqueza al mundo desarrollado. En 2005, Bernard Lown [17] escribió:

> El actual orden mundial es continuación del legado de Cristóbal Colón. La transferencia de riqueza comenzó con

[17] IPPNW, Harvard University, Boston.

> Colón, aportó el músculo para la Revolución Industrial y ha sido la principal base para la prosperidad europeo-estadounidense. Genocidio, pillaje y saqueo absoluto fueron reemplazados por la división global del trabajo que legitimó la extracción de riqueza. Este sistema aún funciona. Los minerales, el petróleo y otros recursos valiosos son comprados baratos mientras el Norte vende su tecnología cara. Los ricos han entrampado a los países pobres en un endeudamiento interminable. Cito un reciente editorial del *New York Times*: "Los países africanos gastan cuatro veces más en pagar sus deudas que lo que invierten en cuidados de salud. Están atrapados en una escalada del pago de intereses que nunca tocan el principal. Nigeria por ejemplo, prestó US$5 billones, ha pagado US$16 billones y todavía debe US$32 billones.

Algo similar hacen los banqueros en sus operaciones con los demás Estados y ciudadanos individuales a lo largo del mundo, sobre todo y con particular ferocidad en los países subdesarrollados. Existe un sistema de "estafa" planificada encabezada principalmente por banqueros de los EE. UU. y sus similares en los demás países, que hoy es global y afecta todos los niveles de la sociedad. Varios analistas señalan que entre 1990 y el 2002, América Latina y el Caribe transfirió un subsidio líquido a la economía de los EE. UU. por unos dos billones (millones de millones) de dólares; las cuatro mil empresas más rentables y estratégicas de América Latina y el Caribe pasaron a manos de bancos y multinacionales, en especial de los EE. UU.; mientras, los "surplus" del comercio con la región cubrieron más del 25% del déficit de los EE. UU. con Asia y más del 50% con Europa, generándose la mayor concentración de ganancias del siglo XX para las empresas estadounidenses y el peor período de crecimiento para América Latina y el Caribe. La única salida para los países pobres es un nuevo sistema internacional justo o la "desconexión" del sistema perverso, lo que hoy y por varias razones es muy difícil aunque no imposible, pues tiene que ver con el mecanismo más intenso de los seres humanos: *el instinto de sobrevivencia*.

Mientras el Norte exporta sus crisis al Sur, las capacidades del Sur para seguir subsidiando se agotan y la corrupción se convierte en mecanismo necesario del sistema, se promueven así la ingobernabilidad, los viejos apetitos dictatoriales y el caos en estas sociedades. Si la desconexión absoluta no es viable pues equivaldría a estar condenadas a la autarquía, un proceso de "desconexión-reconexión" con nuevas reglas del juego sí lo es, una vez que América Latina y el Caribe actúe como un todo regional, comenzando por su integración a varios niveles hasta la integración total, desde México hasta Tierra del Fuego. Esto debería manejarse como un proceso intrínseco regional, sin preferencias o alianzas militares con ningún otro poder mundial, con disposición a tratar con todos desde una prudente distancia para no caer en los "juegos de guerra" e intereses estratégicos de las grandes potencias. Aun así sería ingenuo pensar que sería fácil, por eso hay que evitar la retórica o la provocación innecesarias.

Para el caso de América Latina y el Caribe, un proceso tal de transición pasa por conciliar y unir las iniciativas integradoras ya existentes en el continente en medio de una diversidad con distintos matices. Exige la integración progresiva de mercados, readecuaciones y estandarización relativa de las economías, el desarrollo de instrumentos y mecanismos para la negociación, diplomacia conjunta frente a otras regiones, un instrumento monetario y moneda única regional anclada en el oro o en minerales, y materias primas producidas en la región. Requiere asimismo de instrumentos de intermediación y concertación, de la recuperación ciudadana de empresas en áreas estratégicas como energía, comunicaciones, agua, la banca. Demanda regulaciones a los flujos de capital internacional y la fundación de una banca regional propia. Supone además la creación de un sistema regional de solidaridad, asistencia y mitigación en casos de desastres naturales, de programas de inversión en el sector productivo para el desarrollo social y la infraestructura, de un instrumento regional para el desarrollo tecnológico y la investigación, de regulaciones y programas para la recuperación y preservación del ambiente, de regulaciones para

frenar la descapitalización permanente del sector productor de riqueza por los sectores financiero y comercial, de un sistema de prevención y preparación frente a los esperables eventos del cambio climático y el calentamiento global, entre otros .

En este proceso dos cosas son de trascendental importancia:

- No incrementar de manera significativa los recursos económicos para el ámbito militar, desviándolos del sector productivo hacia el improductivo de armamentos. Esto, además de que solamente beneficia al complejo militar industrial internacional, desestabilizaría el actual balance de fuerzas en la región.
- No poner en peligro los avances democráticos; por el contrario, profundizarlos alejando el fantasma de las viejas dictaduras y caudillismos.

En el primer caso, la defensa militar tradicional convencional o con armas de destrucción masiva no es posible frente al inmenso poder en armamentos acumulado por las grandes potencias. Por otra parte, la ciencia militar aún no ha descubierto cómo controlar grandes territorios sin involucrar sus fuerzas de tierra. Esto se probó en Vietnam y continúa probándose hoy en Irak y en Afganistán. La mejor defensa, por ende, debe descansar en primer lugar en la inmensidad del territorio, en el desarrollo económico y en la conciencia informada de libertad e independencia de la población, más que en la fuerza bruta. En el segundo caso, el siglo pasado estuvo lleno de experiencias autoritarias y dictatoriales de izquierda y de derecha que deben ser evitadas a toda costa. En este sentido, los avances en materia de democracia integral, justicia, libertad y la total vigencia de los derechos humanos no deben ser negociables, ni permitir a ningún gobierno conculcar o manipular tales derechos. Una sociedad civil activa, vigilante y consciente debe ser la principal garantía.

Por detrás de los tratados o acuerdos comerciales desiguales amarrados con los EE. UU. y Europa, hay que leer

intentos de anexión a intereses económicos ajenos que impiden nuestra integración. Tal desunión impide que América Latina y el Caribe se convierta en un interlocutor fuerte en la arena mundial y reafirmaría el proyecto unipolar de control mundial por parte de los grandes capitales del Norte. La lucha por la desconexión va en contra de los intereses foráneos. América Latina y el Caribe se halla en un proceso de desconexión de estos intereses y por eso choca con ellos. En este contexto debe entenderse la decisión de los EE. UU. en 2008 de desplazar su Cuarta Flota hacia aguas latinoamericanas y caribeñas. Se trata de las mismas viejas políticas de la "Zanahoria o el garrote" ("Speak softly and carry a big stick") con que los EE. UU. defienden la *Doctrina Monroe* (1823) de "América para los americanos". La vieja doctrina de "El Destino Manifiesto" ha sido reforzada con la nueva del "Ataque preventivo" de G. W. Bush. Esto no es aceptable y debe ser combatido.

Hay algo inevitable. Los EE. UU. compartirán por siempre con América Latina y el Caribe este continente, y lo sensato sería que aprenda a hacerlo sobre una base de respeto mutuo e intereses compartidos, en condiciones de igualdad, no de imposiciones, y sin intervención. Esta fue la esencia del mensaje del presidente Obama a la región en Trinidad y Tobago. Si el nuevo gobierno estadounidense con Barak Obama e Hilary Clinton plantean un cambio, entonces cabe bajar la retórica y hablar en un contexto hemisférico de esos "intereses compartidos" con independencia de las discrepancias que existan, y pensamos que se debe construir este diálogo hemisférico. Hay por tanto que aceptarlo, pero en serio.

Después de la administración Bush, todavía persiste la *idea fundamentalista* de un "Destino Manifiesto" que se remonta a John Colton en 1630: "Estados Unidos recibió de Dios el derecho de regir los destinos de la humanidad y de ser el policía del mundo", reafirmado más tarde por otros como John L. O'Sullivan, cuando la anexión de Texas y Oregón en 1845: "Nuestro 'Destino Manifiesto' es extendernos por todo el continente". Posteriormente, en 1967, durante la guerra de Vietnam, Ronald Steel describió a los EE. UU.

como "El imperialismo benévolo de la Pax Americana", la única superpotencia con poder económico y militar, la capacidad y el "juicio" necesarios para poner orden en el mundo. América Latina y el Caribe, independientemente de la orientación política o ideológica de sus gobiernos de turno, jamás debe aceptar tales postulados.

9. Importancia estratégica de América Latina y el Caribe en la actual coyuntura

Con la Segunda Guerra Mundial, los EE. UU. se vieron aislados de sus fuentes de materias primas y mercados de ultramar por la flota alemana en el Atlántico y la japonesa en el Pacífico. Enarbolaron entonces la "Política del Buen Vecino", vale decir no más intervenciones militares, y exigieron de América Latina y el Caribe ser un aliado incondicional en el esfuerzo de la guerra contra Hitler y Japón. En la posguerra, sin embargo, desplegó un Plan Marshall para Europa, mientras propició una era de brutales dictaduras y de intervenciones en la región. El bloqueo contra Cuba es el símbolo que persiste de esa conducta. Este intervencionismo impidió el desarrollo democrático y autónomo, promovió el atraso crónico, la masacre de generaciones de latinoamericanos y caribeños y el saqueo de estos países. Tales hechos están por detrás de la actual desconfianza latinoamericana y caribeña frente a los EE. UU. El perpetrador quiere el olvido, pero la víctima no olvida tan fácilmente.

Con los EE. UU. de nuevo en crisis, en abril de 2009 Obama se dirigió a la región en la quinta cumbre de las Américas con una retórica cordial y conciliadora llamando a la unidad, al progreso común y a la alianza hemisférica. La lógica de Roosevelt y el "New Deal" y la de Obama hoy, podrían ser las mismas. La administración Roosevelt percibió un futuro conflicto de grandes proporciones en Eurasia, la Segunda Guerra Mundial, y necesitaba tener en calma y como aliado incondicional a su "patio trasero", la "reserva estratégica" estadounidense. Hoy, el Pentágono debe haber percibido con preocupación el reciente periplo de una flota

rusa en el mar Caribe y la creciente presencia de Europa y Asia en la región, por lo que habría quizá llegado el momento de revitalizar la doctrina de "América para los americanos", olvidar el pasado y replantear la alianza hemisférica vertical de antes. La Cuarta Flota enviada en 2008 y la referida retórica de Obama en Trinidad y Tobago, nos recuerdan la política de la "Zanahoria y el garrote".

América Latina y el Caribe, no sin reservas por los antecedentes históricos, ha respondido positivamente a esas declaraciones de intención del presidente Obama y de la secretaria de Estado Clinton, aunque con una primera demanda unánime: la suspensión del bloqueo ilegal a Cuba y no más intervención en los asuntos internos de estos países, un costo menor si se piensa en términos de sus ventajas ante un posible conflicto de mayor envergadura en Eurasia. Luego, ese comienzo y alianza nuevos solicitados por Obama deberían implicar de forma reciproca el no obstaculizar la integración, la independencia y autodeterminación total de los países latinoamericanos y caribeños, para que puedan tratar en condiciones de "socios" iguales con los EE. UU. y con otros poderes mundiales. En otras palabras, la crisis se torna en una oportunidad de cambio para la región. Si en tiempos pasados estos países tuvieron que navegar contra viento y marea para impulsar sus políticas con vistas a un proceso más endógeno, la crisis parece proporcionarles viento en popa. Ante la mayor crisis de su historia, una alianza hemisférica de cooperación respetuosa sobre temas muy puntuales podría ser más útil para todas las partes, también para los EE. UU.

10. La crisis como oportunidad para América Latina y el Caribe

Terminada la Segunda Guerra Mundial, con la 'regulación económica' los términos de intercambio se deterioraron sin cesar en detrimento de los países subdesarrollados, lo que originó un creciente flujo de riqueza del Sur hacia el

Norte y el control de este sobre aquel. La vida media de los productos de consumo duradero y de la maquinaria fabricados en el Norte se acortaba de manera constante, lo que aceleraba la realización de la masa de ganancia al acrecentar la tasa. La vida media de las materias primas y de los productos agrícolas, en cambio, no se dejaba acortar. La consecuencia fue que para poder comprar los productos del Norte habría que vender más de estos productos y materias, generando así sobreoferta y por ende caída de sus precios. Mientras en los años cincuenta diez quintales de café de Nicaragua, Ecuador, Colombia, México o Brasil compraban un *jeep* estadounidense, hoy se necesita veinte veces más café, siendo la diferencia una transferencia neta de riqueza del Sur al Norte, y de igual forma con el resto de productos y materias primas. Hacia fines de la década de los sesenta el keynesianismo se había agotado. En el ámbito productivo del Norte, la tasa de ganancia bajaba. La respuesta fue el neoliberalismo. Con esto, la inversión de capital en el sector productivo se desplazó progresivamente al improductivo, y como consecuencia también cambiaron el carácter y propósito de los flujos de capital. El capital financiero, la especulación, la corrupción, la creación de burbujas especulativas, son el resultado. Con la creciente crisis la guerra toma el comando del sistema, y esto hunde todavía más el trabajo productivo, la producción de riqueza y, en fin, el crecimiento económico real.

El hecho es que el derroche de las élites del Norte pretende sostenerse una vez más sobre los hombros de los países subdesarrollados y los sectores pobres y medios de todas las naciones. Hoy, el 20% de la población mundial concentrada en el Norte consume el 80% de los recursos naturales. La actual crisis refleja asimismo el agotamiento de la capacidad de adaptación y compensación de un sistema enfermo en grado terminal, con consecuencias dramáticas para América Latina y el Caribe. Ningún país y ningún sector social, independientemente de su color, clase, raza, religión, ideología o cultura —excepto tal vez selectas minorías—, escaparán de la crisis. Al no encontrar otros instrumentos para resolver la crisis, las élites de los países ricos parecen prepararse

para una nueva aventura bélica de grandes proporciones. Nuestra región ha de procurar mantenerse al margen de tales aventuras.

América Latina y el Caribe se encuentra entonces en una encrucijada entre su eterna subordinación y transferencia permanente de riqueza a los países ricos, y su sobrevivencia y proyección futura con sus propios recursos. Esto no significa en modo alguno que se deba aislar del resto del planeta ni que deba promover confrontaciones innecesarias con los EE. UU. u otro poder mundial. En nuestra opinión, los líderes latinoamericanos y caribeños deben actuar con gran prudencia en las relaciones internacionales con los demás países para no favorecer reacciones indeseadas.

A pesar de la prolongada depredación, la región posee aún todo lo necesario para sobrevivir con dignidad y resolver sus propios problemas en el siglo XXI, sin quitar nada a nadie en otras regiones del mundo. Cuenta con todos los recursos necesarios para ello: combustibles fósiles, fuentes de energía renovable, minerales y materias primas, agua, tierras fértiles, gente para cultivarlas, una de las mayores reservas de biodiversidad del planeta, condiciones optimas para la producción de energía no contaminante, baja concentración poblacional, capacidad y condiciones climatológicas para producir todos los alimentos que se producen en el resto del mundo, idioma y cultura comunes. Con los esperables cambios climatológicos derivados del calentamiento global, la extensión y diversidad del territorio permitirá que unas subregiones asistan a otras en momentos de desastres o con afectaciones transitorias. Es por ello que América Latina y el Caribe necesita organizarse como un todo en democracia y libertad, así como desarrollar la solidaridad para asegurar la sobrevivencia, la seguridad y el progreso común de sus habitantes. Pero ademas, para acudir en apoyo de otras regiones del planeta.

Razón de fondo de la presente crisis de los EE. UU. y del mundo ha sido el abandono de los fundamentos básicos de la economía: la producción de riqueza real, clave de toda economía sana, algo que América Latina y el Caribe debe revisar con prontitud. Los banqueros encabezaron la

formación de una economía parasitaria y crearon el fundamentalismo del dinero. Esto ha provocado que todo el sistema demande crecientes subsidios de riqueza productiva originada en el Sur, esparciendo más pobreza. Al no ser sostenible, la consecuencia es el presente hundimiento del sistema, en primer lugar en los EE. UU. que es el centro del capitalismo mundial. Esta catástrofe comenzó muchos decenios antes, lo sabían y lo ocultaron. Hasta el mismo Milton Friedman, cerebro de la Escuela de Chicago, afirmó que: "Las economías subsidiadas no son sostenibles".

Finalmente, como efecto de la Guerra Fría, el campo socialista del siglo XX fracasó, y el capitalismo del siglo XX hoy también. Por eso, términos como el socialismo o el capitalismo del siglo XXI están todavía por definirse; lo que hay en concreto son las experiencias positivas y negativas heredadas del siglo XX, sobre las cuales es posible trabajar para construir un proceso de transición hacia un mundo mejor. En América Latina y el Caribe se han venido dando en los últimos años notables experiencias y fenómenos políticos y sociales, que con diferentes matices y perspectivas diversas apuntan al surgimiento de una nueva vía y una nueva propuesta para el mundo. No obstante, se debe evitar que en estos procesos se injerten las viejas tendencias individualistas, oportunistas, caudillistas y autoritarias del pasado, que siempre terminaron engañando, traicionando o sojuzgando a los pueblos de la región.



Capítulo V

En la ruta de la decadencia. Hacia una crisis prolongada de la civilización burguesa

*Jorge Beinstein**

1. La decadencia del Imperio

1.1. Salto al vacío

La recesión se instaló en los Estados Unidos hacia fines de 2007, se fue agravando durante 2008 y en el último trimestre de ese año se produjo la entrada en depresión con una caída del producto bruto interno (PBI) superior al 6%. Las informaciones económicas al comenzar 2009 muestran que el proceso tiende a radicalizarse.

* Economista argentino, docente de la Universidad de Buenos Aires. Dirección electrónica: jorgebeinstein@gmail.com

Se despliega ante nuestros ojos el final de lo que deberíamos mirar como el primer capítulo de la declinación del Imperio estadounidense (aproximadamente 2001-2007), y el inicio de un proceso turbulento disparado por el salto cualitativo de tendencias negativas que se fueron desarrollando durante un largo período.

De todos modos, las malas noticias económicas y militares (fracaso evidente de las guerras coloniales en Asia) no parecen bloquear las rutinas imperiales de Washington; Obama anuncia la retirada gradual de Irak, pero al mismo tiempo decide ampliar la ofensiva bélica en Afganistan (y en Pakistán), hostilizando así a Rusia y China y preservando los mega gastos parasitarios del Complejo Industrial Militar (más de un millón de millones de dólares) y, en consecuencia, agrandando un superdéficit fiscal insostenible.

La incapacidad para cambiar de rumbo, la rigidez en el comportamiento del sistema de poder, es una clara muestra de decadencia.

En la cúpula del sistema reina la incertidumbre que se va convirtiendo en pánico; el fantasma del *colapso* empieza a asomar su rostro. Mientras tanto, las autoridades económicas inyectan masivamente liquidez en el mercado, otorgan subsidios fiscales e improvisan costosos salvamentos a las instituciones financieras en bancarrota en un intento por suavizar la recesión, sabiendo que de esa manera están construyendo una gigantesca bomba de tiempo inflacionaria y condenando al dólar a una declinación segura.

La palabra *colapso* fue apareciendo con creciente intensidad desde fines de 2007 en entrevistas y artículos periodísticos, muchas veces combinada con otras expresiones no menos terribles, que en algunos casos adoptan su aspecto más popular (derrumbe, caída catastrófica...) y en otros su forma rigurosa, es decir como sucesión irreversible de graves deterioros sistémicos, como decadencia general. Paul Craig Roberts (quien fue en el pasado miembro del *staff* directivo del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos y editor de *Wall Street Journal*) publicó el 20 de marzo de 2008 un texto titulado "El colapso de la potencia americana", donde describe los rasgos decisivos de la declinación integral de

los Estados Unidos [1]. El 27 de marzo, *The Economist* titulaba "Esperando el armagedon" a un artículo referido a la marea irresistible de bancarrotas de empresas estadounidenses. El 14 de abril, *Financial Times* publicaba un articulo de Richard Haass, presidente del Consejo de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, donde señalaba que

> ...la era unipolar, período sin precedentes de dominio estadounidense, ha terminado. Duró unas dos décadas, algo más de un instante en términos históricos [2].

1.2. Una prolongada degradación

Para entender lo que está ocurriendo, es necesario tomar en cuenta *fenómenos* que han modelado el comportamiento de la sociedad estadounidense durante las últimas tres décadas, originando un proceso de decadencia social.

1. *En primer lugar el deterioro de la cultura productiva*, gradualmente desplazada por una combinación de consumismo y prácticas financieras. La precarización laboral incentivada a partir de la presidencia de Ronald Reagan, buscaba disminuir la presión salarial y mejorar así la rentabilidad capitalista y la competitividad internacional de la industria, pero a largo plazo degradó la cohesión laboral, el interés de los asalariados hacia las estructuras de producción. Ello derivó en una creciente ineficacia de los procesos innovadores, que pasaron a ser cada vez más difíciles y caros comparados con los de los principales competidores globales (europeos, japoneses, etc.). Uno de sus resultados fue el déficit crónico y ascendente del comercio exterior (2 mil millones de dólares en 1971, 28 mil millones en 1981, 77 mil millones en 1991, 430 mil millones en 2001, 815 mil millones en 2007...).

---

[1] Paul Craig Roberts, "The collapse of American power", *Online Journal*, 20.03.2008.

[2] Richard Haass, "What follows American dominion?", *Financial Times*, 16.04.2008.

Mientras tanto, la masa de negocios financieros se fue expandiendo y absorbió capitales que no encontraban espacios favorables en el tejido industrial y en otras actividades productivas. Las empresas y el Estado demandaban esos fondos, las primeras para desarrollarse, concentrarse, competir en un mundo cada vez más duro, y el segundo para solventar sus gastos militares y civiles que cumplían un papel muy importante en el sostenimiento de la demanda interna. Recordemos, por ejemplo, las erogaciones descomunales motivadas por la llamada *Iniciativa de Defensa Estratégica* (más conocida como "Guerra de las Galaxias"), lanzada por Reagan en 1983 en el momento en que la desocupación superaba el 10% de la población económicamente activa (la cifra más alta desde el fin de la Segunda Guerra Mundial). Financierización económica (factor decisivo del ascenso parasitario) y decadencia de la cultura productiva, constituyen dos procesos complementarios.

2. *Un segundo fenómeno fue la concentración de ingresos.* Hacia principios de los años 1980 el 1% más rico de la población absorbía entre el 7 y el 8% del ingreso nacional, veinte años después la cifra se había duplicado y en 2007 rondaba el 20%: el más alto nivel de concentración desde finales de los años 1920. Por su parte, el 10% más rico pasó de absorber un tercio del ingreso nacional hacia mediados de los años 1950 a cerca del 50% en la actualidad [3]. Contrariamente a lo que enseña la *teoría económica* tal concentración no derivó en mayores ahorros e inversiones industriales, sino en más consumo y más negocios improductivos que con la ayuda del *boom* de las tecnologías de la información y la comunicación, engendraron un *universo semivirtual* por encima del mundo, casi mágico, donde fantasía y realidad se mezclan de modo caótico. Por allí navegaron millones de estadounidenses, en especial las clases superiores.

3. *En tercer lugar (enlazado con lo anterior) se fue desplegando un proceso de desintegración social,* uno de cuyos aspectos

---

[3] Center on Budget and Policy Priorities.

más notables fue el incremento de la criminalidad y de la subcultura de la transgresión que abarcó a los más variados sectores de la población, acompañada por la criminalización de los pobres, los marginales y las minorías étnicas. En la actualidad, las cárceles estadounidenses son las más pobladas del planeta; hacia 1980 alojaban unos 500 mil presos, en 1990 cerca de 1.150.000, en 1997 eran 1.700.000, a los que había que agregar 3.900.000 en libertad vigilada (*probation*, etc.), pero a fines de 2006 los presos sumaban unos 2.260.000 y los ciudadanos en libertad vigilada unos 5 millones; o sea, en total más de 7.200.000 estadounidenses se encontraban bajo custodia judicial [4]. En abril de 2008 un articulo aparecido en el *New York Times* indicaba que los Estados Unidos, con menos del 5% de la población mundial, alojan al 25% de todos los presos del planeta, uno de cada cien de sus habitantes adultos se encuentran encarcelados; es la cifra más elevada a nivel internacional [5].

4. *En cuarto término es necesario tomar en cuenta la larga marcha ascendente del Complejo Industrial Militar,* área de convergencia entre el Estado, la industria y la ciencia que se fue expandiendo desde mediados de los años 1930, atravesando gobiernos demócratas y republicanos, guerras reales o imaginarias, períodos de calma global o de alta tensión. Algunos autores, entre ellos Chalmers Johnson, consideran que los gastos militares han sido el motor central de la economía estadounidense desde la Segunda Guerra Mundial hasta las guerras eurasiáticas de la administración Bush-Cheney, pasando por Corea, Vietnam, la *Guerra de las Galaxias y* Kosovo. Y ahora Obama (guerra de Afganistán mediante) aparece también atrapado por la dinámica militarista. Según Johnson, quien define la estrategia sobredeterminante seguida en las últimas siete décadas como *keynesianismo militar*, el gasto bélico real del

---

[4] U. S. Department of Justice — Bureau of Justice Statistics.
[5] Adam Liptak, "American Exception. Inmate Count in U. S. Dwarfs Other Nations", *The New York Times*, 23.04.2008.

ejercicio fiscal 2008 superaría los 1,1 billones (millones de millones) de dólares, el más alto desde la Segunda Guerra Mundial [6]. Estos gastos han crecido a lo largo del tiempo, involucrando a miles de empresas y millones de personas. De acuerdo con los cálculos de Rodrigue Tremblay, en 2006 el Departamento de Defensa de los Estados Unidos empleó a 2.143.000 personas, en tanto que los contratistas privados del sistema de defensa empleaban a 3.600.000 trabajadores (5.743.000 puestos de trabajo en total), a los que hay que agregar unos 25 millones de veteranos de guerra. En suma, en los Estados Unidos unos 30 millones de personas (cifra equivalente al 20% de la PEA) reciben de manera directa e indirecta ingresos provenientes del gasto público militar [7].

El efecto multiplicador del sector sobre el conjunto de la economía posibilitó en el pasado la prosperidad de un esquema que Scott MacDonald califica como *the guns and butter economy*, vale decir una estructura donde el consumo de masas y la industria bélica se expandían al mismo tiempo [8]. No obstante, ese largo ciclo está llegando a su fin; la magnitud alcanzada por los gastos bélicos los ha convertido en un factor decisivo del déficit fiscal, que causa inflación y desvalorización internacional del dólar. Además, su hipertrofia otorgó un enorme peso político a élites estatales (civiles y militares) y empresariales que se fueron embarcando en un autismo sin contrapesos sociales.

La creciente sofisticación tecnológica, paralela al encarecimiento de los sistemas de armas, alejó cada vez más a la ciencia militarizada de sus eventuales aplicaciones civiles y afectó negativamente la competitividad industrial. Esta separación ascendente entre la ciencia-militar (devoradora de fondos y talentos) y la industria civil llegó a niveles

---

[6] Chalmers Johnson, "Going bankrupt: The US's greatest threat", *Asia Times*, 24.01.2008.

[7] Rodrigue Tremblay, "The Five Pillars of the U. S. Military-Industrial Complex", 25.09.2006, http://www.thenewamericanempire.com/tremblay=1038.htm.

[8] Scott B. MacDonald, "End of the guns and butter economy", *Asia Times*, 31.10.2007.

catastróficos en el período terminal de la antigua Unión Soviética, y ahora la historia parece repetirse.

A todo esto se suma un acontecimiento aparentemente inesperado: las guerras de Irak y Afganistán, e indirectamente el fracaso de la ofensiva israelí en el Líbano, han demostrado la ineficacia operativa de la supercompleja (y supercara) maquinaria bélica de última generación, puesta en jaque por *enemigos* que operan de forma descentralizada y con armas sencillas y baratas. Esto ha planteado una grave crisis de percepción (una *catástrofe* psicológica) entre los dirigentes del Complejo Industrial Militar de los Estados Unidos y de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (en la historia de las civilizaciones, no es esta la primera vez que ocurre un fenómeno de este tipo).

5. *En quinto lugar, la decadencia del Estado* (estrechamente asociada a la hipertrofia militar-financiera) se expresó como repliegue de su capacidad integradora (declinación de la seguridad social, predominio de la cultura elitista en sus centros de decisión, entre otros), degradación de la infraestructura y persistencia del déficit fiscal que ha derivado en una deuda pública gigantesca. Si nos remitimos a los últimos cuatro decenios, los superávit fiscales constituyen una rareza; desde los años 1970 los déficit crecieron hasta llegar a comienzos de los 1990 a niveles muy elevados, sin embargo Clinton se despidió a finales de esa década con algunos superávit que, observados desde un enfoque de largo plazo, aparecen como hechos efímeros. Pero desde la llegada de George W. Bush el déficit regresó, alcanzando cifras sin precedentes: 160 mil millones de dólares en 2002, 380 mil millones en 2003, 320 mil millones en 2005... Ahora Obama se instala en la Casa Blanca con un déficit superior al millón de millones de dólares.

Nos encontramos frente a un Estado imperial cargado de deudas, cuyo funcionamiento depende ya no apenas del sistema financiero nacional, sino de igual modo (siempre más) del financiamiento internacional. A los Estados Unidos le habría resultado extremadamente difícil lanzarse a su

aventura militar asiática sin las compras de sus títulos por parte de China, Japón, Alemania y otras fuentes externas.

6. *En sexto término debemos agregar la dependencia energética.* Hacia 1960 el Imperio importaba el 16% de su consumo de petróleo, hoy llega al 65%.

Los Estados Unidos emergieron como un gran país industrial porque desde inicios del siglo XX fueron asimismo la primera potencia petrolera internacional. Al igual que Inglaterra durante el siglo XIX respecto del carbón, gozaron de una ventaja energética que les permitió desarrollar tecnologías apoyadas en tal privilegio y competir exitosamente con el resto del mundo. Aun así, a mediados de los años 1950 prestigiosos expertos estadounidenses como el geólogo King Hubbert anunciaron el fin próximo de la era de abundancia energética nacional. Según lo anticipó Hubbert (en 1956), desde principios de los años 1970 la producción petrolera estadounidense empezaría a declinar: así ocurrió.

La incapacidad de los Estados Unidos para reconvertir su sistema energético (tuvo casi cuatro décadas para hacerlo) y reducir o frenar su dependencia respecto del petróleo, puede ser atribuida en primer lugar a la presión de las compañías petroleras que impusieron la opción de la explotación intensiva de recursos externos, periféricos, que fueron sobrestimados. Podría afirmarse en este caso que la dinámica imperialista forjó una trampa energética de la que ahora es víctima el propio Imperio. El Estado no desarrolló estrategias de largo plazo tendientes al ahorro de energía, lo que probablemente habría desacelerado (no evitado) la crisis energética actual, no solo por la imposición del *lobby* petrolero sino también porque sus cúpulas políticas (demócratas y republicanas) se fueron sumergiendo en la cultura del corto plazo correspondiente a la era de la hegemonía financiera, subordinándose por completo a los intereses inmediatos de los grupos económicos dominantes.

Pero igualmente deberíamos reflexionar acerca de los límites del sistema tecnológico moderno, que los estadounidenses exacerbaron al extremo. El mismo se ha repro-

ducido en torno a objetos técnicos decisivos de la cultura individualista (verbigracia el automóvil) que definen el estilo de vida dominante, así como a procedimientos productivos basados en la explotación intensiva de recursos naturales no renovables o en la destrucción de los ciclos de reproducción de los recursos renovables. Gracias a esa lógica destructiva, el capitalismo industrial pudo en Europa, desde fines del siglo XVIII, *independizarse* de los ritmos naturales sometiendo de manera brutal a la naturaleza y acelerando la expansión de la civilización burguesa. Ello aparecía ante los admiradores del *progreso* en los siglos XIX y XX, como la gran proeza del capitalismo. Una visión más amplia nos permite percatarnos ahora que se trataba del despliegue de una de sus irracionalidades fundamentales, y que los Estados Unidos, el capitalismo más exitoso de la historia, llevó al más alto nivel jamás alcanzado.

1.3. Desequilibrios, deudas, declinación del dólar

La pérdida de dinamismo del sistema productivo fue compensado por la expansión del consumo privado (centrado en las clases altas), los gastos militares y la proliferación de actividades parasitarias lideradas por el sistema financiero. Esto engendró crecientes desequilibrios fiscales y del comercio exterior, al igual que una acumulación incesante de deudas públicas y privadas, internas y externas. La deuda pública estadounidense pasó de 390 mil millones de dólares en 1970, a 930 mil millones en 1980, a 3,2 billones (millones de millones) en 1990, a 5,6 billones en 2000, para saltar a 9,5 billones en abril de 2008 y a 10,9 billones a principios de marzo de 2009. Por su parte, la deuda total de los estadounidenses (pública más privada) ronda 54 billones de dólares (aproximadamente equivalente al PBM); de esa cifra, el 20% constituye deuda externa. Solo durante 2007, la deuda total aumentó cerca de 4,3 billones de dólares (equivalente al 30% del PBI estadounidense). El proceso fue coronado por una sucesión de burbujas especulativas que

marcaron, desde los años 1990, a un sistema que consumía más allá de sus posibilidades productivas.

A partir de los años 1970-1980 es posible observar el crecimiento paralelo de tendencias perversas como los déficit comercial, fiscal y energético, los gastos militares, el número de presos y las deudas públicas y privadas. Todas esas curvas ascendentes aparecen atravesadas por algunas tendencias descendentes; por ejemplo, la disminución de la tasa de ahorro personal y la caída del valor internacional del dólar (que se aceleró en el actual decenio), expresión de la declinación de la supremacía imperial.

La articulación de esos fenómenos nos permite esbozar una *totalidad social decadente* a la que se incorporan (convergen) una gran diversidad de hechos de distinta magnitud (culturales, tecnológicos, sociales, políticos, militares).

Esta visión de largo plazo ubica la era de los halcones, presidida por George. W. Bush, como una suerte de *salto cualitativo* de un proceso con varias décadas de desarrollo, y no como un *hecho-excepcional* o una *desviación-negativa*. Nos encontraríamos ante la fase más reciente de la degradación del capitalismo estatista-keynesiano iniciada en los años 1970, puntapié inicial de la crisis general del sistema. La experiencia histórica enseña que esos despegues hacia el infierno casi siempre debutan en medio de euforias triunfalistas, donde detrás de cada señal de victoria se oculta una constatación de desastre. La loca carrera militar sobre Eurasia, estaba en el centro del discurso acerca del supuesto combate victorioso contra un enemigo (terrorista) global imaginario, que sumergió en el pantano a las fuerzas armadas imperiales. Las expansiones desenfrenadas de la burbuja inmobiliaria y de las deudas, eran ocultadas por las cifras de incremento del PBI y la sensación (mediática) de prosperidad.

1.4. Imperio y globalización

Los Estados Unidos son todavía el *centro del mundo* (del capitalismo global). Por eso, su declinación no es apenas

la de la primera potencia sino la del *espacio esencial* de la interpenetración productiva, comercial y financiera a escala planetaria que se fue acelerando en los tres últimos decenios, hasta conformar una trama muy densa de la que ninguna economía capitalista desarrollada o subdesarrollada puede escapar (salir de esa tupida red significa romper con la lógica, con el funcionamiento concreto del capitalismo integrado por clases dominantes locales altamente transnacionalizadas).

Durante la década actual la expansión económica en Europa, China, más otros países subdesarrollados, y el modesto (efímero) fin del estancamiento japonés, solían ser mostrados como el restablecimiento de capitalismos maduros y el ascenso de jóvenes capitalismos periféricos, cuando en realidad se trató de prosperidades estrechamente relacionadas con la expansión consumista-financiera estadounidense. Los Estados Unidos son el primer importador global; en 2007 compró bienes y servicios por 2,3 millones de millones de dólares, siendo el principal cliente de China, India, Japón, Inglaterra y el primer mercado extraeuropeo de Alemania. Pero es sobre todo en el plano financiero, en tanto área hegemónica del sistema internacional, donde se destaca su primacía. Por ejemplo, la red de los negocios con *productos financieros derivados* (más de 600 millones de millones de dólares registrados por el Banco de Basilea, esto es unas 12 veces el producto bruto mundial —PBM) se articula a partir de la estructura financiera estadounidense; las grandes burbujas especulativas imperiales irradiaron al resto del mundo de manera directa o generando burbujas paralelas, como fue posible comprobar con la experiencia reciente de la especulación inmobiliaria en los Estados Unidos y sus clones directos en España, Inglaterra, Irlanda o Australia, e indirectos como la superburbuja bursátil china.

Si observamos el comportamiento económico de las grandes potencias, comprobaremos en cada caso cómo sus esferas de negocios superan siempre los límites de los respectivos mercados nacionales e incluso regionales, cuya dimensión real resulta insuficiente desde el punto de vista del volumen y la articulación internacional de sus

actividades. La Unión Europea está sólidamente atada a los Estados Unidos a nivel comercial e industrial, y sobre todo financiero. Japón agrega a lo anterior su histórica dependencia de las compras estadounidenses. China, por su parte, desarrolló su economía en el último cuarto de siglo con base en sus exportaciones industriales a los Estados Unidos y a países como Japón, Corea del Sur y otros, fuertemente dependientes del Imperio. En fin, el renacimiento ruso gira en torno a sus exportaciones energéticas (dirigidas en particular hacia Europa); su elite económica se fue estructurando desde el final de la URSS, multiplicando sus operaciones a escala transnacional, en especial sus vínculos financieros, con Europa occidental y los Estados Unidos. No se trata de simples lazos directos con el Imperio, sino de la acelerada reproducción ampliada de una compleja red global de negocios, mercados interdependendientes, asociaciones financieras, innovaciones tecnológicas, que integra al conjunto de las burguesías dominantes del planeta. El mundo financiero hipertrofiado es su espacio de circulación natural y su motor geográfico son los Estados Unidos, cuya decadencia no puede ser disociada del fenómeno más amplio de la llamada globalización, es decir de la financierización de la economía mundial.

Podríamos visualizar al Imperio como *sujeto* central del proceso, su gran beneficiario y manipulador, y al mismo tiempo como su *objeto*, producto de una corriente que lo llevó hasta el más alto nivel de riqueza y degradación. Gracias a la globalización los Estados Unidos pudieron sobreconsumir, pagando al resto del mundo con sus dólares devaluados, imponiéndoles su atesoramiento (bajo la forma de reservas) y sus títulos públicos que financiaron sus déficit fiscales. Aunque también gracias al parasitismo estadounidense, Europa, China, Japón, pudieron colocar en el mercado imperial una porción significativa de sus exportaciones de mercancías y de sus excedentes de capitales.

En ese sentido, el parasitismo financiero, producto de la crisis de sobreproducción crónica, es al mismo tiempo estadounidense y universal. La otra cara del consumismo imperial es la reproducción de capitalismos centrales y

periféricos, que necesitan desbordar sus mercados locales para acrecentar sus beneficios. Esto es evidente en los casos de Europa occidental y Japón, pero lo es igualmente en el de China que exporta gracias a sus bajos salarios (comprimiendo su mercado interno).

Así pues, lo que se está hundiendo ahora no es la nave principal de la flota (si así fuera, numerosas embarcaciones podrían salvarse); solamente hay una nave, y es su sector decisivo el que está haciendo agua.

1.5. Neoestatismo y crisis

Debemos ubicar en su contexto histórico, las actuales intervenciones de los Estados de los países centrales destinadas a contrarrestar la crisis. A comienzos de 2008 proliferaban las ilusiones conservadoras referidas al posible *desacople* de varias economías industriales y subdesarrolladas con respecto a la recesión imperial, sin embargo los hechos derrumbaron esas esperanzas. Junto a ellas apareció la fantasía del renacimiento del intervencionismo keynesiano: según esta hipótesis el neoliberalismo (entendido como simple desestatización de la economía) sería un fenómeno reversible y de nuevo, como hace un siglo, el Estado salvaría al capitalismo. En realidad, en las últimas cuatro décadas en los países centrales se ha producido un doble fenómeno: por un lado, la degradación general de los Estados que, manteniendo su tamaño con relación a cada economía nacional, quedaron sometidos a los grupos financieros y perdieron legitimidad social. Y por otro, fueron progresivamente desbordados por el sistema económico mundial, tanto por su trama financiera como por operaciones industriales y comerciales que burlaban los controles (siempre más flojos) de las instituciones nacionales y regionales.

En los Estados Unidos tal proceso avanzó más que en ningún otro país desarrollado. En efecto, el histórico keynesianismo militar nunca fue abandonado; por el contrario, el Complejo Militar-Industrial se hipertrofió y se articuló con un conjunto de negocios mafiosos, financieros,

energéticos, que se convirtió en el centro dominante del sistema de poder y se apropió groseramente del aparato estatal hasta convertirlo en una estructura decadente.

En los países centrales el Estado intervencionista (de raíz keynesiana) no necesita regresar, porque nunca se ha ido. A lo largo de las últimas décadas, obediente a las necesidades de las áreas más avanzadas del capitalismo, modificó sus estrategias, apuntalando la concentración de ingresos y los desarrollos parasitarios, cambiando su ideología, su discurso (en el pasado lejano, integrador, social, productivista-industrial; ayer, elitista, neoliberal y virtualista-financiero; hoy, enarbolando un neokeynesianismo salvavidas —impotente— de la globalización).

Es en el mundo subdesarrollado donde el estatismo retrocedió, hasta ser triturado en numerosos casos por la ola depredadora imperialista; la desestatización fue su forma concreta de sometimiento a la dinámica del capitalismo global. Allí, el regreso al Estado interventor-desarrollista de otras épocas es un viaje al pasado físicamente imposible, ya que las burguesías dominantes locales, sus negocios decisivos, están por completo transnacionalizados o bien bajo la tutela directa de firmas transnacionales.

Finalmente, es necesario apuntar que el hipergigantismo del Imperio hace que su hundimiento tenga un poder de arrastre sin precedentes en la historia humana. Además, los Estados Unidos no constituyen *un mundo aparte* (marginado), son el centro de la cultura universal (el capitalismo), la etapa más reciente de una larga historia mundial en torno a Occidente.

La inmensidad del desastre en curso, la extrema radicalidad de las rupturas que puede llegar a engendrar, muy superiores a las que causó la crisis iniciada hacia 1914 (que dio nacimiento a un largo ciclo de tentativas de superación del capitalismo y de igual modo al fascismo, intento de recomposición bárbara del sistema burgués), provoca reacciones espontáneas negadoras de la realidad en las élites dominantes, los espacios sociales conservadores y más allá de ellos, con todo la realidad de la crisis se va imponiendo. Todo el edificio de ideas, de certezas de

diferente signo, construido a lo largo de más de dos siglos de capitalismo industrial, ha empezado a agrietarse.

2. Crisis de civilización

2.1. Aspectos de la crisis

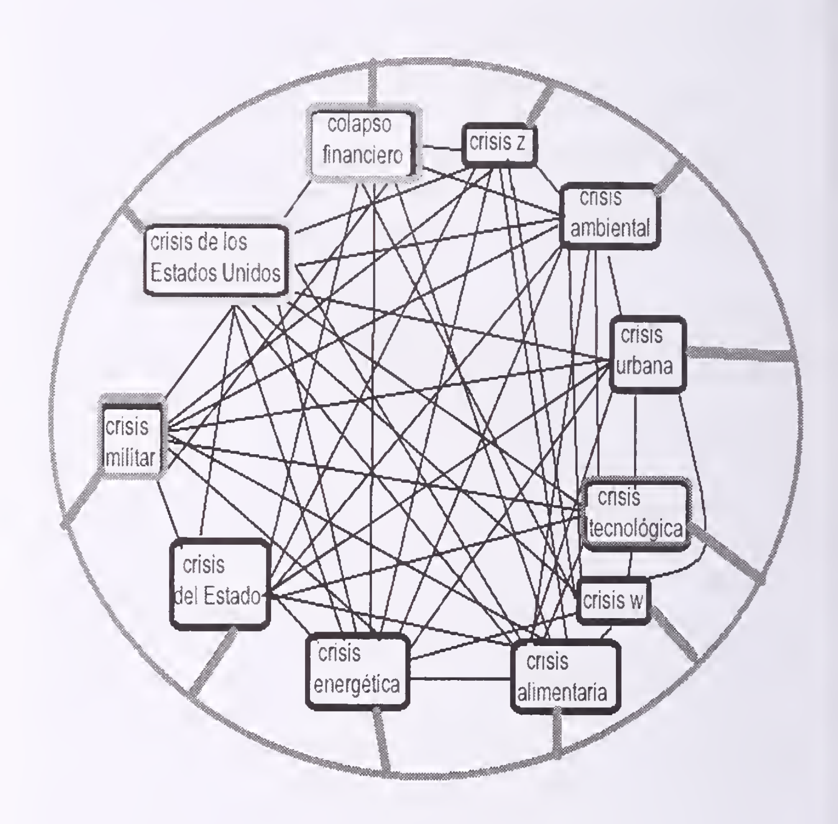
La crisis financiera es gigantesca, pero también lo son las *otras crisis*, unas más visibles o virulentas que otras, que convergen hasta conformar un fenómeno inédito. Para tomar un solo ejemplo, la crisis energética, que expresa por ahora el estancamiento y la próxima reducción de la producción petrolera global, fue hasta hace muy poco un catalizador decisivo de la especulación y la inflación (antes de la caída económica global del último trimestre de 2008) y nos espera en un futuro no muy lejano para darnos nuevos golpes inflacionarios, cuando la extracción descienda algunos peldaños más o cuando la depresión económica se detenga. Por otra parte, dicha crisis está asociada a la crisis alimentaria, y ambas señalan la existencia de un estancamiento tecnológico general que se extiende a la degradación del medio ambiente y del aparatismo militar-industrial, asociado a su vez a la degradación del Estado potenciada en la era neoliberal (marcada por la financierización global), todo ello concentrado y exacerbado a partir del colapso financiero en los Estados Unidos, el centro del mundo.

Es posible, entonces, afirmar que las diversas crisis no son sino aspectos de una única crisis, sistémica, del capitalismo como etapa de la historia humana [9].

[9] Jorge Beinstein, "Los rostros de la crisis. Reflexiones sobre el colapso de la civilización burguesa", *Rebelión*: http://www.rebelion.org/docs/75463.pdf

Gráfico No. 1

Crisis general de la civilización burguesa



2.2. Ciclos

Una componente importante de esa crisis es la constatación de que ciertos ciclos que parecían regir el funcionamiento económico han dejado de funcionar. Se trata de la destrucción de la creencia en que luego de un determinado número meses o años de vacas flacas llegaría el de las vacas gordas y que el sistema seguiría su camino ascendente. Los ciclos decenales descubiertos por Juglar hacia 1860, atravesaron buena parte del siglo XIX expresando

las oscilaciones del joven capitalismo industrial, aunque al final del mismo esas rutinas se fueron desdibujando. Hacia 1885, en una nota anexa al Libro III de *El Capital*, Engels indicaba que

> ...se ha operado un viraje desde la última gran crisis general (1867). La forma aguda del proceso periódico con su ciclo de diez años que se venía observando hasta entonces parece haber cedido el puesto a una sucesión más bien crónica y larga de períodos relativamente cortos y tenues de mejoramiento de los negocios y de períodos relativamente largos de depresión...

Y atribuía ese cambio a la nueva configuración económica internacional marcada por el rápido desarrollo de los medios de comunicación, la ampliación del mercado mundial y el fin del monopolio industrial inglés [10]. Los viejos ciclos decenales tendían a desaparecer porque el capitalismo había sufrido cambios estructurales decisivos. Pero ello no afectó a otras rutinas del sistema como las ondas largas de Kondratieff, etapas de aproximadamente entre cincuenta y sesenta años (la primera mitad de ascenso económico y la segunda de descenso) que se venían sucediendo desde la Revolución Industrial inglesa. A lo largo de la historia del capitalismo han sido registrados cuatro ciclos de Kondratieff: el primero se inició a fines del siglo XVIII y concluyó a mediados del siglo XIX, el segundo terminó durante la última década de ese siglo y el tercero durante los años 1940, cuando se comenzó un cuarto ciclo cuya etapa de prosperidad llegó hasta fines de los años 1960, hasta 1968 si seguimos la propuesta de Mandel que prefiere establecer cortes históricos precisos [11]. Desde ese momento la tasa de crecimiento de la economía mundial impulsada por los países capitalistas centrales describió una tendencia

---

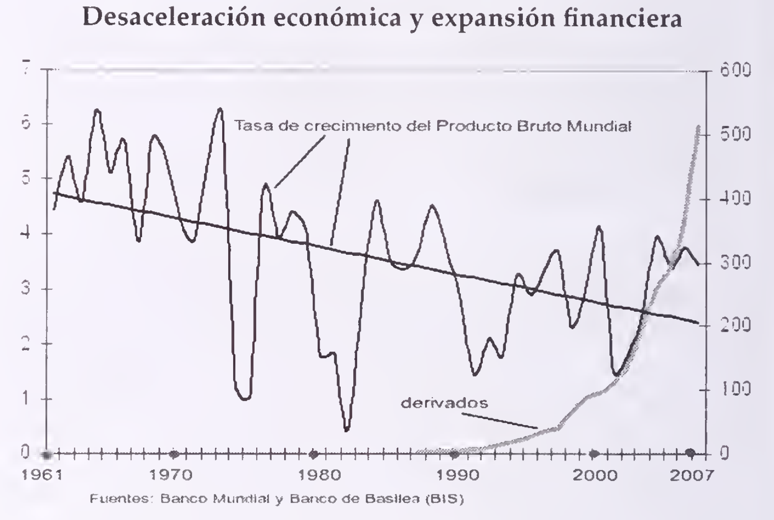
[10] Carlos Marx, *El Capital*. México, D. F, Fondo de Cultura Económica, 1966, Libro III, Capítulo 30, nota 3, págs. 458s.

[11] Ernest Mandel, *Las ondas largas del desarrollo capitalista*. Madrid, Ediciones Siglo XXI, 1986.

descendente en el largo plazo, la cual no se ha detenido hasta la actualidad y debería prolongarse en un futuro previsible (ver gráfico 2).

Gráfico No. 2

Desaceleración económica y expansión financiera



■ Tasa de crecimiento del Producto Bruto Mundial (en %)
■ Volumen de "productos financieros derivados" (en millones de millones de dolares)

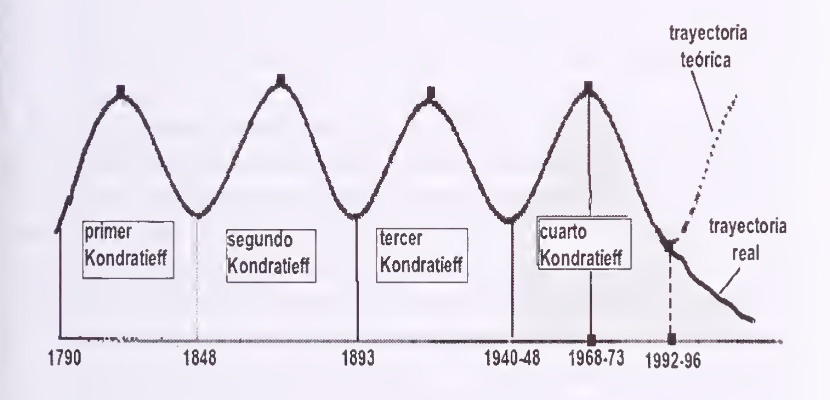
Si aceptamos la periodización de Mandel, la fase descendente del primer Kondratieff habría durado unos 22 años, la del segundo 20 años y la del tercero 26 años; el promedio es de aproximadamente 22,6 años, pero el descenso del cuarto Kondratieff ya estaría durando unos 40 años (en 2008) y no es demasiado osado pronosticar su prolongación al menos un lustro más. Siguiendo el modelo teórico, la recuperación debió haber empezado hacia mediados de la década pasada; ello no se produjo, y tampoco ocurrió en la actual (ver el gráfico 3).

Peor aún, cada fase ascendente suele ser asociada a grandes innovaciones tecnológicas que modificaron los sistemas de producción y los estilos de consumo. Así sucedió durante la primera Revolución Industrial con la máquina a vapor y la expansión de la industria textil; a mediados del siglo XIX con el acero y el desarrollo de los ferrocarriles; a fines del siglo XIX con la electricidad, la

química y los motores; y la electrónica, la petroquímica y los automóviles a mediados de los años 1940, en el debut del cuarto Kondratieff. Así *debió-haber-sucedido* en la década de los años 1990, atravesada por grandes innovaciones en informática, biotecnología y nuevos materiales, sin embargo esos cambios técnicos no modificaron positivamente el curso de los acontecimientos, por el contrario, acentuaron sus peores características. Por ejemplo la informática: cuando evaluamos su impacto según la importancia de la actividad económica involucrada constatamos que su principal aplicación se produjo en el área del parasitismo financiero, cuyo volumen de negocios (unos mil millones de millones de dólares) equivale hoy a unas 19 veces el PBM.

Gráfico No. 3

Ciclos de Kondratieff



Esto me permite plantear la hipótesis de que tal como ocurrió hace cerca de un siglo con los ciclos decenales de Juglar, ahora podemos sostener que las ondas largas de Kondratieff han perdido validez científica. La fase descendente del cuarto Kondratieff ha sido triturada por la nueva realidad; la actual economía mundial, hegemonizada por completo por el parasitismo financiero, obedece a una dinámica radicalmente distinta de la vigente durante la era del capitalismo industrial.

Frente a esta evidencia, no faltan los expertos y académicos urgidos por hallar una nueva rutina restauradora del orden. Algunos proponen regresar a ciclos más cortos y violentos al estilo Juglar (¿retorno al siglo XIX?); otros mixturan Juglar y Kondratieff, introduciendo algunos adornos provenientes de la psicología social; otros realizan manipulaciones econométricas en el ciclo Kondratieff, conservando así la esperanza en una futura recomposición ascendente del sistema. Es el caso de Ian Gordon, renombrado especialista estadounidense en pronósticos económicos, quien no duda en fabricar un súper *cuarto Kondratieff* estadounidense de casi 70 años, corriendo hacia la derecha el inicio de su etapa ascendente (desde 1940 a 1950) y extendiéndola hasta los años 1980, y propone el fin del descenso (y el inicio de un nuevo y maravilloso quinto Kondratieff capitalista) para finales de la segunda década del siglo XXI [12].

2.3. Senilidad

El fin de las rutinas y el ingreso en un tiempo de desorden general nos señalan que el mundo burgués no se encuentra ante una enfermedad pasajera, una *"crisis cíclica" más* dentro del gran ciclo, único y supuestamente vigoroso del capitalismo, sino ante una crisis de enorme amplitud, donde las enfermedades se multiplican porque el organismo, el sistema social universal, es muy viejo, no por un mero capricho del destino.

El capitalismo mundial ingresó en la etapa senil [13] en los años 1970, cuando el parasitismo devino hegemónico. A lo largo de dicha década y del primer lustro de los años 1980, ocurrieron hechos decisivos en los Estados Unidos. Entre

---

[12] Ian Gordon, "The Long Wave Analyst" (http://www.thelongwaveanalyst.ca/cycle.html).

[13] El concepto de capitalismo senil fue elaborado en los años 1970 por Roger Dangeville (*Marx-Engels. La crise*. Paris, editions 10/18, 1978), y retomado por varios autores en la década actual (Jorge Beinstein, *Capitalismo Senil*. Rio de Janeiro, Ediciones Record, 2001); Samir Amin, *Au delà du capitalisme senile*. Paris, Actuel Marx — PUF, 2002).

ellos, el debut de la declinación de su producción petrolera, la decisión del gobierno de Richard Nixon de terminar con el patrón dólar-oro, la derrota en Vietnam, a lo que después se agregaron los déficit comerciales y fiscales crónicos y la subida incesante de las deudas pública y privada, la concentración de ingresos, el consumismo, la elitización y degradación del sistema político, etc.

Todo eso derivó a principios del siglo XXI, cuando la burbuja bursátil se desinfló, en una situación extremadamente grave a la que el Imperio respondió con una desesperada fuga hacia adelante: por un lado, radicalizó su estrategia de conquista de Eurasia desplegando grandes operativos militares (Irak, Afganistán); y, por otro, reanimó la especulación financiera inflando la burbuja inmobiliaria y, gracias a ella, volviendo a inflar la burbuja bursátil. Frente a la crisis del parasitismo financiero, decidió pues impulsar una ola parasitaria mucho más grande que la anterior, no se trató de un *error estratégico*, fue una consecuencia estratégica lógica inscrita en la dinámica dominante del sistema de poder.

1. *Un primer indicador de senilidad es la decadencia de los Estados Unidos*, resultado de un largo proceso de degradación. La *globalización* desarrollada desde los años 1970 implicó un triple proceso:

- el *aburguesamiento* casi completo del planeta (la cultura del capitalismo devino verdaderamente universal al derrotar a la URSS e integrar a China);
- la *financierización* integral del capitalismo (hegemonía parasitaria); y
- la *unipolaridad*: la instalación del Imperio estadounidense como poder supremo mundial. Principal consumidor global y área central de los negocios financieros internacionales, a lo que se agrega el hecho decisivo de la *estadounidenización* de la cultura de las clases dominantes del mundo.

Es por ello que la declinación (senilidad) de los Estados Unidos, más allá de sus consecuencias económicas (o

incluyéndolas), constituye el motor de la decadencia universal del capitalismo.

El Imperio ha sido simultáneamente verdugo y víctima del resto del mundo; su consumismo parasitario ha tenido como contrapartida los buenos negocios comerciales y financieros de las burguesías de la Unión Europea, China, Japón, India. La hinchazón parasitaria estadounidense fue el amortiguador fundamental de la crisis de sobreproducción crónica de las grandes potencias, pero la burbuja imperial ahora se está desinflando y el capitalismo global ingresa en la depresión.

2. *Un segundo indicador de senilidad es la interacción entre dos fenómenos: la hipertrofia financiera global y la desaceleración en el largo plazo de la economía mundial* (ver el gráfico 2). En las últimas décadas del siglo XX se llegó a la financierización integral del capitalismo, las tramas especulativas impusieron su *cultura* cortoplacista y depredadora que ha pasado a ser el núcleo central de la Modernidad. Presenciamos un circulo vicioso; la crisis crónica de sobreproducción iniciada hace cuatro décadas comprimió el crecimiento económico desviando excedentes financieros hacia la especulación, cuyo ascenso operó como un megaaspirador de fondos restados a la inversión productiva.

3. *Un tercer indicador de senilidad es el bloqueo tecnológico,* mismo que se manifiesta de diversas maneras, entre ellas como crisis energética asociada a la crisis alimentaria y como crisis ambiental. Es útil el concepto de *límite estructural del sistema tecnológico,* definido por Bertrand Gille como el punto en el que dicho sistema es incapaz de aumentar la producción a un ritmo que permita satisfacer necesidades humanas crecientes [14]; no se trata de necesidades humanas en general, ahistóricas, sino de demandas sociales históricamente determinadas. De este modo es posible formular la hipótesis de que el sistema tecnológico del capitalismo

[14] *Histoire des techniques,* sous la direction de Bartrand Gille. Paris, La Pléiade, 1978.

estaría llegando a su límite superior, más allá del cual va dejando de ser el pilar decisivo del desarrollo de las fuerzas productivas para convertirse en la punta de lanza de su destrucción.

El capitalismo está generando un gigantesco desastre ecológico, resultado de una *rigidez civilizacional* decisiva que impide superar una dinámica tecnológica que conduce hacia la depredación catastrófica medioambiental. Cada vez que eso ocurrió en el pasado precapitalista, fue porque la civilización que engendró dicho sistema técnico había llegado a su etapa senil (la destrucción del medio ambiente es, en realidad, autodestrucción del sistema social existente).

4. *Un cuarto indicador de senilidad es la degradación estatal-militar*, puesta en evidencia por el fracaso de la aventura de los halcones estadounidenses, si bien expresa una realidad global. El Estado intervencionista permitió controlar las crisis capitalistas ocurridas desde principios del siglo XX. Su ascenso estuvo siempre asociado al del militarismo, a veces de manera visible y otras, después de la Segunda Guerra Mundial, bajo disfraz democrático (si observamos la evolución de los Estados Unidos desde los años 1930, comprobaremos que el *keynesianismo militar* ha constituido, hasta hoy, la espina dorsal de su sistema).

Pero finalmente el desarrollo de las fuerzas productivas universales, hasta llegar a su degeneración parasitaria-financiera actual, desbordó a sus reguladores estatales y los sumergió en la mayor de sus crisis. El neoliberalismo aparentó ser la expresión de una globalización superadora de los estrechos capitalismos nacionales; en realidad se trataba del vigoroso monstruo financiero devorando a su padre estatal-productivo-keynesiano.

Esta decadencia estatal incluye la del militarismo moderno, evidenciado por el empantanamiento militar del Imperio en Irak y del conjunto de Occidente en Afganistán. Se trata de un doble fenómeno: por una parte, la ineficacia técnica de esos superaparatos militares para ganar las guerras coloniales; y, por otra, su gigantismo parasitario que opera como acelerador de la crisis. El caso estadounidense

es ejemplar (y sobredeterminante): la hipertrofia bélica aparece como un factor decisivo de los déficit fiscales y la corrupción generalizada del Estado.

5. *Un quinto indicador de senilidad es la crisis urbana* desatada en la era neoliberal, y que se agravará exponencialmente al ritmo de la crisis actual. Desde comienzos de los años 1980, cuando la desocupación y el empleo precario en los países centrales se hicieron crónicos y cuando la exclusión y la pobreza urbanas se expandieron en la periferia, el crecimiento de las grandes ciudades fue cada vez más el equivalente de involución de las condiciones de vida de las mayorías. La descomposición de las ciudades es visible con claridad en la periferia, aunque no es su exclusividad; se trata de un fenómeno global, si bien es en el mundo subdesarrollado donde se suceden los primeros colapsos, expresiones más agudas de una ola multiforme, irresistible.

2.4. Crisis

Desde sus orígenes, el capitalismo industrial experimentó una larga sucesión de crisis de sobreproducción. En el siglo XIX se trató de crisis cíclicas de crecimiento de una civilización joven; luego de cada gran turbulencia el sistema se expandía, pero dejando secuelas negativas que se fueron acumulando hasta, al fin, engendrar una fuerza parasitaria-financiera que hacia comienzos del siglo XX devino dominante. En ese momento el capitalismo ingresó en su era de *madurez*; la intervención estatal, junto a los parasitismos militar y financiero, consiguieron controlar las crisis de las que emergieron fenómenos de decadencia que dieron un salto cualitativo al estallar la crisis de sobreproducción de fines de los años 1960. Esta última fue amortiguada y el sistema global siguió creciendo, aunque sobre la base de la expansión exponencial de la depredación ambiental y del parasitismo, principalmente financiero, que pasó a controlar

por completo el conjunto del mundo burgués e inauguró la era senil del capitalismo

Es en este nuevo contexto que se fue preparando el gran estallido que hoy presenciamos, cuyo disparador ha sido el colapso financiero de 2008. A partir del mismo el capitalismo global va pasando (rápidamente) de ser un sistema viejo que cada vez crece menos y con mayores costos sociales, para devenir abiertamente una fuerza destructora de las fuerzas productivas y su contexto ambiental (de la *destrucción creadora* schumpeteriana del siglo XIX a la destrucción depredadora del siglo XXI).

Las civilizaciones anteriores al capitalismo no liquidadas por factores exógenos (invasiones, catástrofes naturales...), lo fueron por devastadoras y prolongadas crisis de subproducción, donde su rigidez técnica (producto del envejecimiento cultural) boqueaba el desarrollo productivo y desataba una catástrofe ecológica. El motor de esas tragedias fue siempre el predominio paralizante del parasitismo acumulado durante el largo ciclo civilizacional.

La burguesía proclamaba haber terminado con las crisis de subproducción de las antiguas civilizaciones, gracias al excepcional dinamismo tecnológico del sistema que solamente podía sufrir crisis cíclicas de sobreproducción, siempre controladas merced a la creciente sofisticación de sus instrumentos de intervención (que el neoliberalismo no eliminó, sino que los potenció poniéndolos al servicio de la depredación financiera). Se burlaba de los catastrofistas, en especial los marxistas, quienes aguardaban la crisis general y final de sobreproducción que nunca llegó. Sin embargo, dichas crisis fueron acumulando un potencial parasitario que ahora está empezando a provocar una crisis de subproducción planetaria, la mayor de la historia humana. Si en este caso quisiéramos seguir utilizando el concepto de *crisis cíclica*, lo deberíamos hacer refiriéndonos al ciclo aproximadamente bicentenario del capitalismo que acaba de ingresar en el período de aceleración de la senilidad, de multiplicación de enfermedades y de colapsos.

2.5. Cuatro esperas inútiles

Teniendo presente este contexto de crisis sistémica, civilizacional, quiero hacer referencia a cuatro esperas inútiles que florecen en los círculos de poder y sus periferias cortesanas.

La primera de ellas, que sobredetermina a las otras tres, es la de la llegada de un quinto ciclo de Kondratieff, de una nueva prosperidad productiva del capitalismo, aguardado durante el decenio pasado y el actual. Este quinto ciclo no puede llegar, porque la estructura económica que engendraba ese tipo de ciclos en el pasado ha desaparecido víctima del parasitismo financiero.

La segunda se refiere a la llegada milagrosa de un nuevo keynesianismo que, portando la espada del intervencionismo estatal, le cortaría la cabeza a los malvados especuladores financieros e instalaría en el centro de la escena a los buenos capitalistas productivos. El nuevo héroe keynesiano no llegará, porque su instrumento decisivo, el Estado, es impotente frente a la marea financiera y lo es mucho más ante el océano de la crisis sistémica; además, la larga fiesta neoliberal lo ha degradado profundamente. Por otra parte, los buenos capitalistas productivos no aparecen por ningún lado; los que sí aparecen por todos lados son los genios de la especulación financiera.

La tercera espera inútil es la del renacimiento del Imperio tras casi cuatro decenios de decadencia, sobrecargado de deudas, desquiciado por el consumismo, con una cultura productiva seriamente deteriorada. No existe ningún indicio significativo de ese supuesto renacimiento.

Por último, la cuarta espera inútil es la de un nuevo Imperio capitalista o una nueva alianza imperial, un nuevo centro del mundo burgués. El acople total entre las grandes potencias, sin embargo, descarta por completo esa expectativa (tal acople es el resultado de un largo proceso de integración que terminó por conformar un sistema global fuertemente interrelacionado).

3. De la depresión a la desintegración

Septiembre de 2008 marcó un punto de inflexión en el proceso recesivo que se venía desarrollando en los Estados Unidos a lo largo de ese año: estalló el sistema financiero y la recesión empezó a extenderse rápidamente a nivel planetario, al tiempo que se evidenciaban síntomas muy claros de tránsito global hacia la depresión, cuya llegada comenzó a ser admitida desde inicios de 2009.

Ahora asistimos a un encadenamiento internacional de derrumbes productivos y financieros, acompañado por una mezcla de pesimismo e impotencia en el más alto nivel de las élites dirigentes ante la probable transformación de la ola depresiva en colapso general.

En este sentido, las declaraciones de George Soros y de Paul Volcker en la Universidad de Columbia el 21 de febrero de 2009 marcaron una ruptura radical [15], muy superior a la establecida hace dos años por Alan Greenspan cuando anunció la posibilidad de que los Estados Unidos entraran en recesión. Volcker admitió que esta crisis es muy superior a la de 1929, lo que significa que carece de referencias en la historia del capitalismo. La desaparición de paralelismos respecto de crisis anteriores es asimismo (principalmente) la de los remedios conocidos. Porque 1929 y la depresión que le siguió están asociados a la utilización exitosa de los instrumentos keynesianos, a la intervención masiva del Estado como salvador supremo del capitalismo, y lo que estamos presenciando es la más completa ineficacia de los Estados de los países centrales para superar la crisis. En realidad, la avalancha de dinero que arrojan sobre los mercados en auxilio de los bancos y algunas empresas transnacionales, además de que no frena el desastre en curso, está creando las condiciones para futuras catástrofes inflacionarias, próximas burbujas especulativas.

---

[15] "Soros sees no bottom for world financial 'collapse'", *Reuters*. 21.02.2009; David Randall and Jane Merrick, "Brown flies to meet President Obama for economy crisis talks", *The Independent*, 22.02.2009.

3.1. ¿Implosión capitalista?

Soros, por su parte, confirmó lo que era evidente: el sistema financiero mundial se ha desintegrado, a lo que añadió el descubrimiento de similitudes entre la situación actual y la vivida durante el derrumbe de la Unión Soviética. ¿Cuáles son esos paralelismos? Como sabemos, el sistema soviético empezó a desmoronarse hacia fines de los años 1980 para implotar en 1991. Por lo general, el fenómeno ha sido atribuido a la degradación de su estructura burocrática, haciéndolo en principio intransferible al capitalismo que alberga una vasta burocracia, aunque no hegemónica como lo fue en el caso soviético.

Existe con todo un proceso, una enfermedad que no es patrimonio exclusivo de los regímenes burocráticos, y se ha desarrollado en el capitalismo al igual que en civilizaciones anteriores a la Modernidad: se trata de la hipertrofia parasitaria, del predominio aplastante de formas sociales parasitarias que depredan a las fuerzas productivas hasta un punto tal en que el conjunto del sistema queda paralizado, no puede reproducirse más y, finalmente, muere ahogado por su propia podredumbre. A lo largo del siglo XX el capitalismo impulsó estructuras parasitarias como el militarismo, y sobre todo las deformaciones financieras, que marcaron su cultura, su desarrollo tecnológico, sus sistemas de poder. Las tres últimas décadas presenciaron la aceleración del proceso adornado con el discurso de la reconversión neoliberal, del reinado absoluto del marcado; tal vez su punto más elevado fue alcanzado durante el último lustro del siglo XX, en plena expansión de las burbujas bursátiles y cuando el poder militar de los Estados Unidos aparentaba ser imbatible.

Pero en la primera década del siglo XXI comenzó el desmoronamiento del sistema; el Imperio se empantanó en dos guerras coloniales, su economía se degradó velozmente y burbujas financieras de todo tipo (inmobiliarias, comerciales, de endeudamiento) poblaron el planeta. El capitalismo financierizado había entrado en una fase de expansión vertiginosa y aplastado con su peso a todas las formas

económicas y políticas. En 2008 los Estados centrales (el G7) disponían de recursos fiscales por unos 10 billones (millones de millones) de dólares contra 600 billones de dólares en productos financieros derivados registrados por el Banco de Basilea, a lo que es necesario agregar otros negocios financieros. Según algunos expertos, la masa especulativa global supera hoy los mil billones de dólares (cerca de 20 veces el PBM).

Esa montaña financiera no es una realidad separada, independiente de la llamada economía real o productiva, fue engendrada por la dinámica del conjunto del sistema capitalista: por las necesidades de rentabilidad de las empresas transnacionales, así como de financiamiento de los Estados. No es una red de especuladores autistas lanzados a una suerte de autodesarrollo suicida, sino la expresión radicalmente irracional de una civilización en decadencia (tanto a nivel productivo como político, cultural, ambiental, energético). Desde hace más de cuatro décadas el capitalismo global con eje en los países centrales soporta una crisis crónica de sobreproducción, acumulando sobrecapacidad productiva ante una demanda global que crecía cada vez menos. La droga financiera fue su tabla de salvación que mejoró los beneficios e impulsó el consumo en los países ricos, aunque a largo plazo envenenó por completo al sistema.

Se ha puesto de moda achacarle la crisis a los llamados especuladores financieros, y según nos explican altos dirigentes políticos y expertos mediáticos, las turbulencias llegarán a su fin cuando la *economía real* imponga su cultura productiva y someta a las reglas del buen capitalismo a las *redes financieras* hoy fuera de control. No obstante, a mediados del decenio actual en los Estados Unidos más del 40% de los beneficios de las grandes corporaciones provenía de los negocios financieros [16]; en Europa, la situación era similar; en China, en el momento de mayor auge especulativo (finales de 2007), solo la burbuja bursátil movía fondos casi

[16] *US Economic Report for the President*, 2008.

equivalentes al PBI de ese país [17], alimentada por empresarios privados y públicos, burócratas encumbrados, profesionales, etc. No se trata, por consiguiente, de dos actividades, una *real* y otra *financiera*, diferenciadas con claridad, cuanto de un único conjunto heterogéneo, real, de negocios. Es ese conjunto el que ahora se desinfla velozmente, implotando luego de haber llegado a su máximo nivel de expansión posible en las condiciones históricas concretas del mundo actual. Bajo la apariencia impuesta por los medios globales de comunicación de una implosión financiera que afecta de forma negativa el conjunto de las actividades económicas (algo así como una lluvia toxica que ataca las verdes praderas) aparece la realidad del sistema económico global como totalidad que se contrae de manera caótica.

3.2. Señales

Las declaraciones de Soros y de Volcker fueron realizadas pocos días antes de que el gobierno estadounidense diera a conocer la cifras oficiales definitivas de la caída del PBI en el último trimestre de 2008 con respecto a igual período de 2007: la primera estimación oficial que había fijado dicha caída en un 3,8% resultó ser una burda mentira, pues la contracción llegó al 6,2% [18], que ya no es recesión sino depresión. Japón, por su parte, tuvo para el mismo período un descenso en su PBI del orden del 12%, y en enero de 2009 sus exportaciones cayeron 45% en comparación con igual mes del año anterior [19]. En Europa, la situación es similar o quizás peor; tras el derrumbe financiero de Islandia, la amenaza de bancarrota económica en varios países de

---

[17] En agosto de 2007, la capitalización de las bolsas chinas superaba el valor del PBI del año 2006. Dong Zhixin, "China stock market capitalization tops GDP", *Chinadaily* (http://www.chinadaily.com.cn/china/2007-08/09/content_6019614.htm)

[18] "El PIB de EEUU se hunde un 6,2% en el cuarto trimestre", *Cotizalia.com*, 27.02.2009.

[19] "Japan exports drop 45% to new low", *BBC News*, 25.02.2009.

Europa del Este como Polonia, Hungría, Ucrania, Letonia y Lituania, amenaza directamente a las bancas acreedoras suiza y austriaca que podrían hundirse como la de Islandia. Entre tanto, los grandes países industriales europeos como Alemania, Inglaterra o Francia van pasando de la recesión a la depresión. Los pronósticos sobre China anuncian para 2009 una reducción de su tasa de crecimiento a la mitad respecto de 2008 —sus exportaciones de enero han sido 17,5% inferiores de las de enero del año anterior [20]—; este brusco deterioro del centro vital de su sistema económico no tiene perspectivas de recuperación mientras dure la depresión global, por lo que su ritmo de crecimiento general seguirá descendiendo.

Que Soros y Volcker abran la expectativa de un colapso del sistema económico mundial, no significa que el mismo se produzca de manera inevitable. Después de todo, una de las principales características de una decadencia civilizatoria como la que estamos presenciando es la existencia de una profunda crisis de percepción en las élites dominantes, sin embargo, la acumulación de datos económicos negativos y su proyección realista para los próximos meses nos señalan que la gran catástrofe anunciada por ellos tiene muy altas probabilidades de realización. A ese desenlace contribuyen la impotencia comprobada de los supuestos *factores de control* del sistema (gobiernos, bancos centrales, Fondo Monetario Internacional) y la rigidez política del Imperio, verbigracia ampliando la guerra en Afganistán y preservar así el poder del Complejo Industrial Militar, gigante parasitario cuyos gastos reales actuales (aproximadamente algo más de un billón de dólares) equivalen al 80% del déficit fiscal de los Estados Unidos.

A estos síntomas económicos y políticos debemos añadir la crisis energética y la crisis alimentaria derivada de ella, que seguramente volverán a manifestarse apenas se detenga el proceso deflacionario (y tal vez antes), todo eso en un contexto de crisis ambiental que ha pasado a ser

[20] "China's export down 17.5% in January", *Xinhua*, 11.02.2009.

un *factor actual* de crisis (ya no es más una amenaza, casi intangible, localizada en un futuro lejano). Y detrás de esas crisis parciales encontramos la presencia de la crisis del sistema tecnológico moderno, incapaz de superar, en tanto componente motriz de la civilización burguesa, los bloqueos energéticos y ambientales creados por su desarrollo depredador.

3.3. Desintegración, implosión y desacople

La desintegración-implosión del sistema global no significa su transformación en un conjunto de subsistemas capitalistas o bloques regionales con relaciones más o menos fuertes entre ellos, algunos prósperos, otros declinantes (la unipolaridad estadounidense convertida en multipolaridad, *desacople* ordenado en torno a nuevos o viejos polos capitalistas). La economía mundial es altamente transnacionalizada, conforma una densa maraña de negocios productivos, comerciales y financieros que penetra de forma profunda en las llamadas *estructuras nacionales*; inversiones y dependencias comerciales las atan directa o indirectamente a los núcleos decisivos del sistema global. En términos generales, para un país o una región la ruptura de sus lazos globales o su debilitamiento significativo implica una enorme ruptura interna, la desaparición de sectores económicos decisivos, con las consecuencias sociales y políticas que de ello se derivan.

Además, hasta ahora el sistema global estaba organizado de modo jerárquico, tanto en su aspecto económico como político-militar (unipolaridad), resultado del término de la Guerra Fría y de la transformación de los Estados Unidos en el amo del planeta. No solamente en el espacio de concentración de las decisiones comerciales y financieras (eso ya ocurría desde hace más de seis décadas), sino también de las grandes decisiones políticas.

El hundimiento del centro del mundo [21] en medio (como detonador) de la depresión económica internacional, significa el despliegue de una cadena global de crisis (económicas, políticas, sociales) de intensidad creciente. Recientemente Zbigniew Brzezinski dejó a un lado sus tradicionales reflexiones acerca de política internacional para alertar sobre la posibilidad de agravación de los conflictos sociales en los Estados Unidos y que podría, según él, derivar en la generalización de disturbios violentos [22]. Por su parte, y desde una perspectiva ideológica opuesta, Michael Klare ha descrito el mapa de las protestas populares que atraviesan todos los continentes, países ricos y pobres, del Norte y del Sur, iniciadas en 2008 como consecuencia de la crisis alimentaria en un amplio abanico de países periféricos, pero que empiezan a desarrollarse de manera global en respuesta al agravamiento de la depresión económica [23]: la multiplicación de crisis de gobernabilidad nos espera en el corto plazo.

La hipótesis de la implosión capitalista abre el espacio para la reflexión y la acción en torno al horizonte poscapitalista, donde se mezclan viejas y nuevas ideas, ilusiones fracasadas y densos aprendizajes democráticos del siglo XX, frenos conservadores que legitiman ensayos neocapitalistas y visiones renovadas del mundo que empujan grandes innovaciones sociales.

Agonía de la modernidad burguesa con sus peligros de barbarie senil, pero ruptura de bloqueos ideológicos, de estructuras opresivas, esperanza en la regeneración humanista de las relaciones sociales.

---

[21] Jorge Beinstein, "El hundimiento del centro del mundo. Estados Unidos entre la recesión y el colapso", *Rebelión*, 08.05.2008 (http://www.rebelion.org/noticia.php?id=67099).

[22] "Brzezinski: 'Hell, There Could Be Even Riots' ", *FinkelBlog*, 20.02.2009 (http://finkelblog.com/index.php/2009/02/17/brzezinski-hell-there-could-be-even-riots).

[23] Michael Klare, "A planet at the brink?", *Asia Times*, 28.02.2009.



Capítulo VI

¿Réquiem por el libre mercado? Hacia la utopía poscapitalista

Wim Dierckxsens

Ante la crisis económica mundial, que se compara con la Gran Depresión de los años treinta del siglo pasado, surge la pregunta de si el libre juego de mercado llevó al mundo a una crisis terminal del sistema capitalista, o si incluso se vislumbra una nueva civilización. Cada crisis es una oportunidad, y uno u otro la explotarán. La gran crisis puede ser la oportunidad para enmarcar la economía en un complejo de otras relaciones sociales, basadas en principios de solidaridad, democracia, justicia social, y podemos agregar hoy, con sostenibilidad ecológica. La cuestión es la siguiente: ¿Se saldrá el capitalismo una vez más con la suya? ¿O más bien, será este último fracaso de los mercados no reglamentados el catalizador necesario para que el mundo reivindique otra civilización?

Con ello resurge la utopía de un poscapitalismo. Nos encontramos contradictoriamente ante una época de mucha esperanza en un entorno de mucha inseguridad. A partir de la crisis financiera e internacional, los bancos centrales y los gobiernos han intervenido con miles y miles de millones de dólares para que el propio sistema capitalista no colapse. Se intenta intervenir a toda costa para que ningún banco grande se hunda, a fin de evitar el colapso del propio sistema financiero internacional. En esencia esto significa que las ganancias del sistema bancario son privatizadas, mientras que la sociedad ha de asumir los costos de sus pérdidas astronómicas. Bancos pequeños o medianos pueden colapsar para ser absorbidos por los más grandes, y así fomentar aún más la concentración de la riqueza. Sin embargo, la extrema concentración de la riqueza en un mundo que se tambalea, funciona a la vez como dinamita política para reivindicar otra civilización.

Es muy grande el contraste en el comportamiento frente a la *deuda externa* de los países pobres, y frente a la millonaria deuda de la élite financiera internacional. Cuando la deuda externa de los países periféricos llegaba a los límites de lo impagable, no hubo perdón alguno: se aplicaron toda clase de *políticas de ajuste* que fomentaron la concentración cada vez más grave del ingreso, tanto dentro de los países como entre ellos. Hasta el *Padrenuestro* se cambió para lograrlo: las deudas de los pobres no se perdonan, y han de ser pagadas, aunque ello implique un genocidio lento. Ante la deuda de los pobres, el credo neoliberal es la *no intervención*. No obstante, cuando la élite financiera corre peligro de arruinarse por juegos especulativos multimillonarios irresponsables, los mismos poderosos demandan una intervención inmediata del Estado, y esto a gran escala.

La crisis financiera ha puesto en peligro el sistema financiero internacional y lleva a una crisis en la economía real a nivel internacional, es decir, desemboca en una larga recesión a escala mundial. Esta amenaza de otra depresión mundial reanima mucho la discusión en torno a la necesidad de una regulación económica. La actual crisis económica va acompañada hoy por una crisis ecológica y de recursos

naturales. El siglo XXI es un período de agotamiento de las reservas de las materias primas, y esta realidad configura una nueva situación y un dilema grave para la economía. La regulación económica demanda a la vez, entonces, una regulación ecológica.

Los recursos naturales no son suficientes para atender el actual estilo occidental de vida; hoy, el 20% de la población mundial, concentrada en el Norte, consume el 80% de los recursos naturales. Con el libre juego de mercado, la clase consumista responsable del desequilibrio ecológico y del calentamiento planetario, se ha hecho más rica a costa de las grandes mayorías. Su estilo de vida ha causado la sobreexplotación de los recursos naturales, en particular de los recursos fósiles, concentrados en el Sur. Ello ha afectado a todas las regiones del mundo, pero se siente más intensamente en las zonas periféricas. Los precios ascendentes de los minerales conducen a una deformación de la estructura económica de los países poseedores de esos recursos. La tasa de inflación de los productos agrícolas, a partir del fomento de los biocombustibles, pone en peligro a las mayorías de dichos países.

Como las mayores reservas de recursos naturales se encuentran en el Sur, son ferozmente disputadas por los países dominantes. Ello ya originó guerras que tienden a ampliarse a otras regiones del planeta. La guerra ha sido históricamente el instrumento que el sistema capitalista no dudó en utilizar para apropiarse de los recursos naturales, en particular energéticos, y en la actualidad ni descartan para ello el uso del arma nuclear. La región latinoamericana y caribeña no está al margen de esta estrategia geopolítica. La guerra genera crisis política a nivel internacional. Hay crisis del Estado al haber crisis económica sin respuesta adecuada para el capital. Hay cuestionamiento ciudadano de los gobiernos ineptos para solucionar sus problemas, etc.

Con las crisis anteriores se promueve el debate de hacer prevalecer el interés general por encima de los intereses particulares. Lo anterior demanda intervención y regulación, incluso a nivel planetario. La búsqueda de una alternativa

al neoliberalismo favorece la posibilidad y necesidad de otra racionalidad económica, que conlleva el debate de nuevas formas de socialismo. La globalización no solamente gestó esta posibilidad en abstracto, sino que las crecientes contradicciones la harán a la vez posible y necesaria.

La mediación entre el mercado y la planificación, por sí sola, sin embargo, no garantiza un poscapitalismo. Es posible imaginarse en el plano internacional, un nuevo orden económico con una economía planificada que reoriente las inversiones hacia el ámbito productivo a fin de garantizar el crecimiento económico sostenido y, por ende, la acumulación en la economía real. Ello implica una asignación global de los recursos naturales finitos, la diversificación industrial planificada a escala mundial, asignando, además de recursos naturales, el uso más efectivo de capital y mano de obra. Tal regulación mundial se transformaría en un aparato burocrático centralizador para formular y llevar a cabo el plan para perpetuar la acumulación de capital, sin interpelación estructural de la ciudadanía. La voz del libre mercado se sustituye por la de una regulación mundial en nombre aparente de la ciudadanía, aunque en esencia es para una élite transnacional que en última instancia diseña y ejecuta el plan, sin real participación o interpelación de la propia ciudadanía.

Cabe, con todo, la pregunta de si la acción política puede adquirir todavía la forma de una intervención en la economía, a partir de la conciliación entre el interés privado y el de la ciudadanía, respetando la ganancia privada como la última palabra. Hoy hay una crisis de los recursos naturales y del medio ambiente, con el consumismo de únicamente 20% de la población mundial. No es posible el crecimiento sin límite a escala mundial. Un modelo que parte del crecimiento sostenido no es viable. Con ello el capitalismo llega a sus límites. No hay capitalismo sin crecimiento, y este no solo se vuelve cada vez más incompatible con el bienestar social, sino que topa con los límites de los recursos naturales finitos.

Dar vida a las cosas que hacemos significa dar vida a la naturaleza, y liberar recursos naturales para que los excluidos

de hoy puedan salir de sus privaciones. La definición de las necesidades no puede hacerse a nivel de mega-empresas para un consumidor abstracto. Es necesaria una regulación económica alternativa, que parta precisamente de la vida concreta de gente con necesidades concretas, y no de un *homo oeconomicus* o consumidor abstracto. En términos de Polanyi (*La Gran Transición*), la regulación e intervención alternativa tiene como tarea enmarcar las relaciones económicas en un complejo de otras relaciones sociales basadas en principios de solidaridad, democracia, justicia social y —podemos agregar hoy— con sostenibilidad ecológica.

Con esta racionalidad de la vida, tiene derecho a la vida todo ser vivo (humano o no) de nuestro planeta, y no solamente por ser o no ser útil para el mercado.



Capítulo VII

Alternativas para superar las sociedades actuales. Hegemonía del valor de uso social avanzado [1]

Paulo Campanario [2]

Resumen

Valores de uso colectivos predominaban en los primordios de la humanidad, cuando aún no había comercio ni, prácticamente, valores en circulación. Con la emergencia de un comercio todavía incipiente, surge la mercancía, pero el valor de uso de la misma aún domina el valor. En la era del capitalismo, de la socialdemocracia y del socialismo, con la universalización del comercio y el control de los medios de producción por sus dueños o los administradores de empresas estatales y socialistas, el valor pasa a subyugar el valor de uso de las mercancías. A pesar de muchos avances indiscutibles, esta situación histórica crea innumerables problemas y un malestar

---

[1] Versión modificada del ensayo "Hacia la superación del capitalismo (o la inversión de su racionalidad)", presentado en el Foro Social Mundial de 2003 en Porto Alegre, del mismo autor.

[2] Sociólogo y demógrafo.

persistente para la humanidad que con la crisis neoliberal llega a un punto culminante y demanda ser superada. Aquí se defiende que el secreto para entender lo esencial de una sociedad futura más justa, igualitaria y sostenible ética, económica y ecológicamente, se encuentra escondido en los cambios históricos que ocurrieron (y aún ocurrirán) en la relación entre valor de uso y valor.

Introducción

El hombre es rico en proporción a la cantidad
de cosas de las que puede prescindir
Henry David Thoreau

La grave crisis actual muestra que el neoliberalismo llegó a su fin, se agotó históricamente. Pero, ¿la alternativa es todavía el capitalismo, la socialdemocracia o el socialismo, con otros formatos? Este ensayo es un intento de ampliar la discusión sobre la construcción de una verdadera alternativa, un mundo nuevo.

En apariencia, las sociedades modernas se aproximan con rapidez al paraíso: producción con elevada eficiencia, regida por una racionalidad [3] subyacente y aceptada por casi todos, democracia en la gestión, etc. Durante más de dos siglos, esta visión, gestada a partir de la forma actual de fabricar cosas y martillada millones de veces en nuestras cabezas por los medios de comunicación, acabó por imponerse, tornándose hegemónica. No obstante, estas sociedades pueden (y deben) ser vistas de manera radicalmente diferente. Como se mostrará adelante, esta supuesta productividad no pasa de una amplificación orgiástica y anárquica de capitales, que origina como subproducto una cantidad creciente de mercancías en gran parte inútiles, aunque parecen útiles. El resultado: una improductividad estructural y una distribución injusta de los productos, con crisis destructivas frecuentes. La supuesta racionalidad puede asimismo ser vista

[3] Racionalidad que no puede separarse de las emociones, sensaciones e intuiciones.

como un tipo de irracionalidad. Y la supuesta democracia, como una forma de gestión controlada por una élite con intereses propios, egoístas y antiéticos.

Aquí se defiende que las sociedades de hoy deben ser sustituidas por otras múltiples modalidades de organización, si bien con algo en común: producción con énfasis en un conjunto de bienes y servicios, siguiendo prioridades decididas de manera democrática e inspiradas en otra racionalidad. Estos modos de producción humanista eliminarían gran parte de las cíclicas crisis económicas, aplacarían las guerras, serían ecológicamente correctos, ampliarían el tiempo de ocio y eliminarían muchas alienaciones, abriendo nuevos caminos para las infinitas potencialidades humanas.

El punto de partida de este ensayo es la vieja, simple, aunque vigorosa idea de que cualquier producto o bien social, al ser fabricado, posee dos calidades inseparables: un valor de uso y un valor [4]. Estas partes evolucionan y luchan por la hegemonía y sus diversas calidades, sus pesos o poderes relativos e históricos definen diferentes finalidades productivas, diferentes sociedades, diferentes visones de mundo. Aquí se defiende que lo esencial para entender una sociedad futura más justa, más igualitaria y sostenible ética, económica y ecológicamente, se halla escondido en los meandros de esta evolución [5]. Aquí se debe esclarecer que esta evolución no ocurre por causa de una lucha entre conceptos ideales, 'en el aire', ella es el resultado de la evolución histórica de las relaciones y los medios de producción, del desarrollo del comercio, las luchas de clase y la ciencia, etc.

En la época feudal, el capitalismo se infiltró lentamente en los países europeos y en Japón, hasta imponerse como un nuevo modo de pensar, fabricar y administrar la sociedad.

---

[4] Por conveniencia de exposición, en este trabajo los conceptos de valor de uso y de utilidad son considerados equivalentes, así como los de precio y valor

[5] Ideas justificadas metodológicamente y con más detalle en: Paulo Campanario, *Materialismo y empiricismo*. San José, EDUCA, 1983.

De manera similar, en la era moderna, como respuesta a un malestar creciente, nuevas formas de pensamiento, producción y democracia se infiltran en el sistema mundial y lo minan poco a poco. La actual crisis amplifica este malestar y se transforma en oportunidad única para discutir las limitaciones de nuestras sociedades y proponer y luchar por nuevas formas de organización social.

1. El valor y la utilidad de los bienes evolucionan y luchan por la hegemonía

Con respecto al valor de uso: antes de elaborar un bien, material o no [6], para el "estómago o la fantasía", la imaginación humana, al concebirlo, siempre le impone una finalidad y, consecuentemente, un valor de uso o utilidad. Con respecto al valor: en principio, antes de fabricar este bien, la misma imaginación estima el tiempo aproximado que llevará producirlo con determinada calidad, o sea, estima su valor. En principio, un bien, desde que tenga valor de uso, es, por eso mismo, tanto más apreciado cuanto mayor haya sido la cantidad de esfuerzo e ingeniosidad para producirlo, vale decir, cuanto mayor sea su valor.

A pesar de ser indisoluble, la unidad entre valor de uso y valor tiene historia y pasa por transformaciones profundas, derivadas de la evolución histórica de las sociedades. En los pueblos colectores y cazadores, cuando se elaboraba una flecha lo esencial era que ella ayudase a cazar con eficiencia animales, siendo el tiempo requerido para hacerla poco relevante, aunque dentro de ciertos límites. Por eso, las calidades reales o dominantes atribuidas a la flecha se asociaban primordialmente a su valor de uso y no a su valor, este último existente apenas en estado potencial. El bien era, en términos prácticos, unidimensional y, además, imaginado y tratado como tal. En este comienzo,

[6] Una camisa es un ejemplo de bien material, y escuchar música en el teatro de bien no material.

imperaban la recolección y la caza comunitarias, con poco o ningún intercambio de bienes e inexistencia de excedentes productivos. En esta situación histórica, los bienes, aunque en apariencia hechos para uso individual, eran en realidad de uso colectivo, por lo que son aquí denominados bienes colectivos.

Con la evolución de la división del trabajo y la generalización de los intercambios, el valor del bien, antes potencial, crece, adquiere realidad, pasa a ser necesario para estos intercambios y se concretiza en medio de intercambio. Determinados bienes suelen desarrollarse como medios de intercambio generales como el oro, la sal, entre otros. Surge el dinero. Los bienes adquieren una doble dimensionalidad objetiva y también subjetiva, pues, como tienen que ser comprados o vendidos, las personas son condicionadas a considerarlos simultáneamente como valor de uso y como precio o, en otras palabras, como bienes de intercambio, esto es, como mercancías. Pese a ello, en sociedades precapitalistas continúa aún el dominio del valor de uso. En esta situación, el valor es apenas un medio para facilitar los intercambios y no un fin en sí mismo. Estos bienes son aquí definidos como mercancías precapitalistas, por ser una situación históricamente intermediaria.

Reyes, señores feudales y sacerdotes, en el feudalismo europeo, por ejemplo, controladores de la mayor parte del excedente, deseaban 'acumular' palacios y otras utilidades, tesoros que permitían perpetuar sus poderes, placeres y, quién sabe, almas. Este deseo, pero únicamente el deseo, solía penetrar en la cabeza de campesinos, artesanos y comerciantes. Sin embargo, el desarrollo del comercio y de los primeros bancos priorizó, poco a poco, el precio de las mercancías en detrimento de su valor de uso. Estas se transformaron en medio para, a partir de una cantidad de dinero inicial, lograr una cantidad mayor de dinero al final. Pero los detentores de este proceso, aislados en ciudades-estado como Venecia, no controlaban las fábricas, por lo que la existencia real del capitalismo todavía no era posible.

Los factores que permiten la fundación del capitalismo, y posteriormente del socialismo, son la acumulación de

valores como finalidad de la producción, el control de los trabajadores y los medios de producción por parte de una minoría (de dueños de estos medios o de funcionarios que los administran) y, por consecuencia, el control del excedente o ganancia que, en este caso, asume forma monetaria, de capital, y no de acumulación de tesoros (palacios, joyas, pirámides). Al fabricar mercancías y venderlas para obtener ganancia, creando capital, la producción crece a una velocidad antes desconocida. Estas mercancías son aquí denominadas mercancías individualizadas, porque son constituidas por valores de uso individualizados, fragmentarios y antisociales, es decir, su elaboración no toma en cuenta el conjunto de valores de uso necesario para la sociedad como un todo, ni la sustentabilidad de esta en términos ecológicos, además de ser controlada por grupos minoritarios de individuos siendo, por eso mismo, anárquica.

En resumen, el bien colectivo existió en los primordios de la humanidad, cuando aún no había comercio, y era visto como unidimensional, puesto que imperaba su valor de uso, que era colectivo. Más tarde, como resultado de la aparición de las sociedades mercantiles, emerge la mercancía precapitalista. En estas sociedades, la mercancía era vista todavía en toda su doble dimensionalidad debido al predominio del valor de uso sobre el valor. Estas sociedades desembocaron en el capitalismo y en el socialismo que, con sus énfasis absolutistas en la acumulación de valores, eclipsaron el valor de uso y colocaron la producción cabeza abajo. En estas sociedades, de nuevo, las personas pasaron a ver la mercancía de forma unidimensional (mercancía individualizada), si bien en una nueva plataforma histórica.

2. El valor domina y sofoca el valor de uso en las sociedades modernas

La medida del progreso económico y social, a partir del capitalismo, fue la contabilidad de los valores producidos y

no la de los valores de uso, con los matices de siempre. La diferencia del capitalismo 'clásico' con la socialdemocracia, por ejemplo, es que, en esta, existe un mayor énfasis en la distribución de la renta mediante un control estatal más rígido. Y en el socialismo, como enseñaban los manuales soviéticos de economía, la ganancia continuó siendo el criterio de eficiencia de las fábricas y los servicios. Progreso, en ambas sociedades, es sinónimo de incremento de producción, de producto per cápita elevado, sin considerar el nivel real de bienestar material y mental de las personas, en la suposición de que con el aumento de los valores, aumenta la cantidad de valores de uso y con ello el bienestar. El Índice de Desarrollo Humano (IDH) de las Naciones Unidas intenta introducir, además del valor de la producción, otras variables para el cálculo del bienestar (la educación y la esperanza de vida al nacer), en una tentativa de superar el ilusorio producto interno bruto (PIB) per cápita, siendo, con todo, una medida aún tímida ya que pasa por alto el efecto desastroso de la acumulación desmedida sobre la naturaleza y la humanidad.

En ambos sistemas, sus controladores deciden, como minoría, el tipo y la cantidad de mercancías que van a fabricar y los consumidores deciden, también de forma personal o familiar, el tipo y la cantidad de mercancías que podrán consumir. La decisión individualizada de producir y de consumir puede, en apariencia, ser la más eficaz posible desde la perspectiva del controlador o incluso del consumidor, aun así la suma de esas decisiones, por parte de millones de individuos, no es nunca la mejor en términos globales y se está mostrando, en el largo plazo, catastrófica. Lo que es en extremo productivo en el capitalismo, y eventualmente en el socialismo, es apenas el tiempo de trabajo gastado para fabricar unidades de mercancías específicas. Pero, a partir de la selección o compra de mercancías unitarias e individualizadas no se llega, necesariamente, a mercancías apropiadas para la colectividad ni para los individuos. Esta libertad anárquica está llevando a la humanidad a su autodestrucción, por ser no sostenible, antiética y antiecológica, y a una alienación

sin precedentes, pues en realidad la suma del esfuerzo gastado por la sociedad para producir mercancías está, hoy, del todo divorciada del bienestar presente y futuro para la mayoría de las personas.

Basados en la economía política marxista y clásica, muchos intelectuales admiten que la mercancía es una síntesis entre valor y valor de uso, no obstante sus análisis sobre el capitalismo se limitan casi que con exclusividad al valor, olvidando "el otro lado de la moneda", el valor de uso. Para ellos, entonces, el tendón de Aquiles del capitalismo se restringe a la plusvalía [7], la forma que asume el excedente en este sistema y la cual es apropiada por una minoría de dueños o administradores del capital. La colocación de los medios de producción en manos del Estado, se suponía, bastaría para eliminar la explotación y alienación. De este modo se controlaría la plusvalía que, en teoría, se transformaría en un excedente planificado centralmente y que sería aplicado tomando en cuenta las necesidades sociales.

Con todo, en el socialismo real predomina (o predominaba) la misma visión de que el incremento del PIB provoca de manera automática un incremento del bienestar. En verdad, en este socialismo realmente existente, la ganancia o excedente cambió apenas de ropaje, al ser administrado por una burocracia dentro de un partido único, siempre relegando a un segundo plano el valor de uso. Así por ejemplo, el principal desafío de los administradores soviéticos fue el de superar el PIB estadounidense, o sea, la producción de *valores* en un año dado. Ejemplos de lo afirmado son la carrera espacial, la industria armamentista, la expansión del imperio ruso y el montaje de una enorme fábrica con tecnología Fiat en la ciudad de Togliattigrad para inundar el mercado con autos. ¡Pero no había cepillos de diente suficientes para la población! La China de hoy muestra todavía con mayor énfasis lo afirmado aquí. El problema básico de nuestras sociedades, capitalistas, socialdemócratas o socialistas, es la hegemonía del valor

[7] Ganancia, en términos más concretos.

sobre el valor de uso, que transforma este último en valor de uso individualizado.

3. Valor de uso es precio: la idea-madre de las sociedades modernas

Todas las acciones y tareas necesarias para el funcionamiento de las sociedades deben ser coherentes entre sí y armónicas con los intereses del grupo social que las controla. Como toda sociedad es contradictoria y llena de conflictos, siempre surgen acciones incompatibles con este funcionamiento ideal, como las huelgas. El poder dominante de una sociedad elimina o trata de eliminar cualquier acción que conteste o contradiga su funcionamiento ideal.

Por otro lado, como somos seres racionales, toda esta coherencia tiene un paralelo a nivel de las ideas, vale decir, existe un sistema de ideas coherente con el sistema social y que lo justifica, que es la ideología. Esta tiene que ser lógica en su totalidad, con innumerables juicios, de los más generales a los más específicos. El juicio más general de todos, en una ideología, es denominado aquí como idea-madre. Toda la estructura ideológica que sostiene las sociedades puede ser deducida de esta idea-madre, por lo tanto. Comportamientos y aun conocimientos se someten automáticamente a la dictadura de esta idea-madre que, a su vez, engendra ideas-hijo, formando una familia. Los que la aceptan tienen un lenguaje común y poseen un comportamiento muy similar. La ideología no nace por generación espontánea ni por deducción a partir de la idea-madre. El mecanismo fundamental que va creándola y perfeccionándola es la coherencia de las acciones con respecto a la realidad social y la coherencia de los juicios con respecto a la ideología en general, en una praxis de errores y aciertos, represiones e incentivos, 'deseducación' para domesticar a las personas, etc.

La moderna forma específica de producir, cuya esencia es la ganancia, genera una idea-madre también específica. Su origen se explica aquí con la fabricación de autos. Cuando

son vendidos, dan ganancia a los fabricantes. Para ellos, la utilidad de los autos es su precio, porque es a partir de este que se llega a la ganancia, y no del valor de uso que por casualidad tengan para los consumidores. La que debería ser la verdadera utilidad del auto, la de ser medio de transporte, pasa a ser un subproducto de la acumulación de valores: el valor determina el valor de uso. Esta unidimensionalidad lleva al delirio de que la cantidad de valores empleados en la producción es directamente proporcional a la cantidad de utilidades producidas. ¡Cuanto mayor el precio de una mercancía, mayor su valor de uso: un Rolls Royce tiene más valor de uso que un auto popular porque cuesta más! En la sociedad como un todo, la frase equivale a "cuanto mayor el PIB per cápita, mayor el bienestar de las personas". Por tanto, la renta per cápita es, hoy, la principal medida universal del bienestar de la población. En una frase: *valor de uso es precio*. Esta es la idea-madre de las sociedades actuales. Es probable que tal idea no sea visible para la mayoría de los controladores del proceso productivo, pero sus acciones, si no son coherentes con ella, serán rechazadas por el sistema. ¡Incluso sin conocer la idea-madre de la sociedad donde vive, un gerente de fábrica puede ser despedido de su empleo por no obedecerla!

Sin embargo, si la racionalidad de los controladores del capital y/o de los funcionarios que administran empresas estatales o socialistas aparece desde la ganancia, ¿cómo explicar que esa misma racionalidad penetre en la cabeza de los trabajadores, quienes no controlan la ganancia? La respuesta es que estos reciben un salario (o una renta) y la compleja división actual del trabajo exige personas con calificación variada, con salarios y rentas distintas. Para sobrevivir, tienen, por fuerza, que comprar mercancías y, por ello, sus deseos son los de comprarlas en la mayor cantidad posible. La prioridad pasa entonces a ser un salario lo más elevado posible, lo que conduce a un falso razonamiento que puede ser resumido así: "a una mayor cantidad de dinero, mayores cantidades de valores de uso; a mayores salarios, mayores cantidades de dinero; luego, a mayores salarios, mayores cantidades de valores de uso",

esto es, por un camino diferente, los trabajadores llegan a una conclusión idéntica a la del dueño del capital: ¡valor de uso es precio! Aparentar tener mucho dinero es la felicidad máxima. Esta manera de pensar lleva a la sociedad a una alienación sin precedentes históricos, porque las personas defienden con uñas y dientes, y aparentemente de libre y espontánea voluntad, un sistema que, en esencia, va en contra de sus propios intereses, como se verá adelante.

4. Las sociedades modernas son altamente improductivas

Las consecuencias de la hegemonía del valor con respecto al valor de uso, son catastróficas. Volviendo a los autos: sus fabricantes son obligados a producirlos en progresión para acumular más y más capitales, para no ser tragados por la competencia o, en los países socialistas, para no fracasar en las metas de ganancia y producción. Para que los autos sean bienes de consumo aceptables, mayores cantidades de puentes y carreteras tienen que ser construidas, cuando se las compara con las cantidades que un sistema de transporte colectivo necesita. Los autos ocupan mucho espacio: deben ser guardados en garajes individuales cuando sus dueños están en casa y públicos cuando ellos salen para trabajar, pasear o hacer compras. Las ciudades, entonces, se extienden mucho, y esto encarece el costo de la infraestructura urbana. Los autos son un medio de transporte individual: más petróleo, más gasolineras, más polución, más colas de ellos en las vías, en una orgía de acumulación por la acumulación sin fin. Su durabilidad es determinada por los intereses de los fabricantes y, por ende, también de los consumidores que, influenciados por la publicidad, desean siempre autos nuevos y "diferentes", más "sofisticados", lo que acrecienta el gasto global de trabajo, de materiales y energía, aumentando la polución, los desechos y la ineficiencia global.

En contraste con los autos, un transporte público como un tren puede llevar mucho más personas de manera

eficiente, más segura y rápida y, principalmente, con menos trabajo del conjunto de la sociedad. El tren tiene un gran valor de uso y un pequeño valor, si se lo compara con los autos y se lo observa en su totalidad social. Con todo, desde el punto de vista de los capitalistas, estos últimos son muy ventajosos ya que ocupan cantidades mayores de capitales, lo que facilita su optimización y, por lo tanto, la ganancia. Y a los consumidores no les queda otra alternativa que comprar autos y más autos, sobre todo cuando el sistema de transportes públicos no funciona bien y cuando sus cerebros aceptan sin críticas la idea-madre de que valor de uso es igual a precio. Además, un empujón de la publicidad y del *leasing*, por ejemplo, ayuda a convencerlos.

Si, en determinado país, los transportes públicos se universalizaran y fueran perfeccionados, los autos serían útiles apenas para pocos fines específicos, como los taxis, el transporte de personas a sitios sin transporte colectivo, viajes, situaciones de emergencia, etc., y las personas solo los alquilarían en las pocas ocasiones que los necesitaran realmente. Por consiguiente, la industria de transportes y toda la parafernalia alrededor de ella no sería de las proporciones que tiene en nuestros días, los capitales en circulación serían reducidos, el asalto a los recursos naturales y energéticos disminuiría y, con ello, la polución.

De igual forma que los autos, una serie innumerable de otras mercancías y de sus características son fabricadas nada más que para generar ganancia y en función de ella, independientemente de sus valores de uso para la sociedad como un todo. En algunos casos, aun cuando no lo sean, las mercancías parecen ser útiles a los consumidores, como los autos; en otros, son claramente inútiles, como las armas. La localización de los centros comerciales y de los barrios residenciales; la durabilidad y las especificaciones de las mercancías; las armas atómicas y ofensivas; la pornografía; los programas mediocres de la televisión; los periódicos sensacionalistas; la publicidad, necesaria en especial para crear 'nuevas necesidades indispensables'; el consumo superfluo; el consumo de lujo y de ostentación, constituyen algunos ejemplos donde la ganancia puede estar dictando

el tipo y la forma de la mercancía, sin tomar en cuenta los intereses de la población como un todo. El control de la cantidad, de las especificaciones, de la localización y de la durabilidad de las mercancías o, en casos extremos, su eliminación pura y simple, economizaría de tal modo el trabajo global que las personas podrían trabajar menos horas y, a pesar de ello, mejorarían su nivel de vida material y mental porque se necesitaría menos dinero. Habría además la opción de aplicar estas horas de trabajo economizadas para mejorar la salud, aumentar el entretenimiento, las actividades culturales, entre otros. Todas estas decisiones deberían ser tomadas democráticamente, por la sociedad como un todo, y no de manera aislada, por controladores minoritarios del proceso productivo.

En las sociedades modernas, además de la ganancia apropiada por una élite con intereses minoritarios, la mayor parte de la producción se derrocha. Fórmula de la productividad de estas sociedades: máximo de valores de uso inútiles y máximo de valores inútiles, o sea, máximo de trabajo humano derrochado, ¡todo para que el capital pueda circular y multiplicarse libremente! Por este motivo, la crítica a estas sociedades no debe limitarse a considerar como algo negativo la apropiación de la ganancia por parte de una minoría. Se debe tomar asimismo en cuenta el absurdo despilfarro de trabajo humano y de recursos de la sociedad como un todo. En apariencia, el Rolls Royce del vecino rico fue pagado con su dinero y es un problema suyo. Pero en realidad, todos participan con sus trabajos para la producción de cosas inútiles, ¡incluso del Rolls Royce del vecino rico! Este trabajo derrochado y que origina injusticias sociales y polución, puede ser denominado "plustrabajo socialmente inútil".

En las sociedades modernas, incluso suponiendo que exista un equilibrio entre la oferta y la demanda de mercancías, los capitales siempre intentan perpetuarse multiplicándose de manera indefinida, lo que ocasiona exceso de valores de uso inútiles y escasez de valores de uso en verdad necesarios para la sociedad. Este problema es estructural, pues deriva de la hegemonía del valor sobre el

valor de uso. Otra consecuencia de esta hegemonía es que ella suscita un sistema financiero súper dimensionado, lo que, a su vez, provoca excesos periódicos de acumulación de valores, las burbujas financieras. Estas son, en esencia, un exceso de la hegemonía del valor y, por ende, un problema también estructural y cíclico. No es necesario decir que anarquizan el proceso de producción. La adecuación entre la acumulación de capitales y la producción de mercancías mediante un control mayor del mercado financiero por parte del Estado, puede resolver apenas coyunturalmente estos excesos. En conclusión, ya se afirmó que en las sociedades modernas la productividad es elevada solo en la fabricación de unidades de mercancías específicas. Aquí se mostró que el conjunto productivo moderno, al no ser planificado en función de valores de uso para la sociedad como un todo, es altamente improductivo e ineficiente.

5. Las sociedades modernas son antiecológicas y antiéticas

Además de la improductividad de las sociedades actuales, desde una perspectiva global, hay que agregar las consecuencias inevitables y estructurales de una producción descontrolada, no sostenible y antiecológica: la polución ambiental, los probables cambios climáticos, el agotamiento de las fuentes de energía y de agua, la crisis alimentaria, etc. Hoy, apenas el 15% de la población mundial consume el 80% de los recursos naturales y el planeta se encuentra amenazado de muerte Si todos los países tuviesen los niveles de consumo per cápita, de recursos naturales y sobre todo de energía de los Estados Unidos, esa "modernidad" sería totalmente insostenible, lo que significa que la humanidad, mientras siga apostando a ello, camina hacia su autodestrucción. Las sociedades deberían contabilizar de otro modo y disminuir con seriedad los gastos de energía y de recursos renovables para ser sostenibles a largo plazo, pero por algo ellas carecen de capacidad para poner en práctica estas políticas de forma efectiva.

Estas sociedades anárquicas, excesivas, antiecológicas y de un individualismo egoísta, crean una injusta e inaceptable distribución de la riqueza por países y entre grupos sociales. En fin, el sistema productivo padece de autismo social. El principio ético confuciano, universalizado por medio del budismo, de todas las grandes religiones y de la filosofía moderna y formulado como "no haga a los otros lo que a usted no le gustaría que le hiciesen", no puede ser practicado por una élite ligada a intereses minoritarios. Estos grupos deciden qué, cuánto, dónde y cuándo producir para obtener la mayor ganancia posible, sin consultas a terceros, pues parten del principio de la libertad individual de decidir, en la suposición o justificativa autocomplaciente de que el mercado perfecto o la planificación perfecta van, en última instancia, a resultar en el bienestar de todos y esto, como ya se concluyó, es falso. Por este motivo, el principio es aplicado, en el mejor de los casos, entre individuos, nunca entre grupos. Las sociedades futuras tienen que adoptar este principio entre países, empresas, cooperativas, artesanos, en fin, entre agrupamientos sociales y económicos diversos, lo que podría ser expresado así: "no haga a los otros agrupamientos lo que no le gustaría que ellos hiciesen al suyo". Esta sería una ética del bien común a partir de una ética solidaria. Este principio debería ser el punto de partida de una moral social más aceptable.

Tanto la improductividad, como el antiecologismo y la falta de ética de las sociedades modernas, por derivarse de la hegemonía del valor sobre el valor de uso, son problemas estructurales y, por tanto, carecen de solución dentro de los límites de estas sociedades. Aquí queda claro que el Índice de Desarrollo Humano de la ONU es realmente muy limitado, puesto que no mide ni el derroche de energía y de trabajo humano, ni el agotamiento de los recursos renovables y no renovables, ni los daños a la naturaleza, ni la sostenibilidad de nuestras sociedades, y tampoco se preocupa por su falta de ética.

6. La ideología real y la potencial

El principal problema de la humanidad se debe, primeramente, a su afán de dominar el medio ambiente, vale decir, a su afán de hacerle objeto. Las manifestaciones de esa incapacidad, en el estadio colector-cazador, son el hambre, el frío, las epidemias, etc. Esta incapacidad dificulta la realización plena de las potencialidades humanas. El animismo, que puede ser resumido como "la naturaleza es sujeto, yo soy objeto de ella", es el reconocimiento de nuestra impotencia frente al mundo exterior. De esa *idea-madre* deriva la esencia de la ideología humana. Ese miedo encuentra eco en nuestro inconsciente colectivo, ya que fue apenas sobrepuesto por otras ideas-madre más recientes.

Por cierto, las primeras comunidades, pese a su retraso tecnológico, estaban capacitadas para sujetar de manera paulatina la naturaleza, aunque parcialmente, pues herramientas, ropas y abrigos fueron siendo inventados y perfeccionados. La lucha por la sobrevivencia hace surgir y se torna dominante desde la Modernidad, otra idea-madre opuesta, que niega nuestra impotencia primordial y es optimista y utópica. La capacidad de inventar, la magia, las ceremonias religiosas, las danzas, el arte (en especial los dibujos en las cavernas), manifiestan no solo la voluntad de controlar la naturaleza, sino que evidencian de igual modo su control paulatino. Así, con el transcurrir de la historia, la relación ecosistema-humanidad origina dos ideologías opuestas y que conviven entre sí. La originaria es real, hegemónica, y presupone la naturaleza en el comando. La segunda es potencial, utópica, y presupone la humanidad en el comando.

Con el aparecimiento de las clases sociales ya no es la humanidad la que triunfa y domina. Los que dominan simplemente adoptan o son obligados a adoptar la idea-madre de que son sujetos y, los dominados, objetos. Todo se justifica a partir de esa idea-madre: la forma de apropiar el excedente se canta en versos como la ideal, única y eterna; obedecer se vuelve calidad inestimable, etc. Por otro lado, los subyugados son conducidos a aceptar la dominación

como algo justo, inevitable, sea por opción propia, por la domesticación vía sistema de enseñanza y medios de comunicación o, en último caso, por la coerción. Con todo, la tensión objetiva entre grupos sociales diferentes, principalmente en momentos de crisis, engendra de manera inexorable una idea-madre opuesta en el seno de los dominados: "Nosotros somos sujetos e impondremos nuestros intereses y fines". Esa es la utopia común de los dominados, su liberación en el futuro, su sueño.

La ideología predominante en una dada sociedad es la mediación entre sus dos ideologías, la real y la potencial, con la hegemonía de la primera. Existen ideas-madre e ideologías específicas en cada modo de producción, en cada sector de la sociedad. Abajo se analizará la ideología real de las sociedades modernas y posteriormente su ideología potencial, es decir, la ideología de las sociedades futuras.

7. La ideología real en las sociedades modernas

A partir de la idea-madre "valor de uso es precio", ya vista, brotan innumerables juicios o principios que crean la ideología capitalista e, igualmente, la socialista. Este conjunto de ideas (derivado del imaginario humano), más el sistema productivo (derivado de las acciones humanas), constituyen el sistema de poder dominante que administra estas sociedades. Algunos de los más generales de estos juicios son expuestos a continuación.

Si "valor de uso es precio", basta que algo tenga valor de uso para tener valor. Los placeres, el amor, la felicidad, se transforman, en la mente de las personas, en mercancías: la vida se compra, lo que carece de precio no es vida. En resumen: "todo aquello que tiene valor de uso tiene precio" o, más específicamente, "la felicidad se obtiene con mayor renta".

El trabajador más calificado o más hábil es el que obtiene una renta más elevada. El conocimiento y la calificación o la habilidad pasan a ser el medio más seguro para aumentarla: "el conocimiento y la habilidad sirven para aumentar la

renta", idea derivada de la anterior. Obtener dinero y más dinero se torna una obsesión. La forma de cómo obtenerlo se subordina cada vez más a esa obsesión. Incluso se puede concluir que "los individuos valen por la renta que reciben, por lo que consumen o por lo que aparentan poder comprar".

Como las personas son valoradas según el tamaño de sus rentas, por lo que consumen o lo que aparentan poder consumir, una manera típica de autovaloración pasa a ser la de ostentar mercancías que aparenten costar más de lo que cuestan en realidad. La forma exterior de las cosas, la moda, el lujo, la arquitectura en función de la ostentación o, en resumen, la apariencia de las cosas, pasa a ser lo mejor: "el valor de los bienes debe ser maximizado en función de su apariencia". Por oposición, resulta que "quien no tiene renta es considerado un parásito". Toda la estética hegemónica de la Modernidad se deriva de estas ideas.

Como "la felicidad se obtiene con mayor renta" y esta última nunca crece del modo deseado por los que la reciben, se la debe maximizar racionalizando el consumo, optando por la mercancía más barata y obteniendo así una mayor cantidad de las mismas: con una renta dada hay que adquirir el máximo de mercancías. La maximización de la renta lleva asimismo a las personas a contabilizar con detalle los gastos con los amigos, a rechazar a las personas con rentas menos elevadas y a buscar, en las relaciones humanas, únicamente las que maximizan su salario. Luego, es mejor tener amigos con altas rentas, porque "las relaciones personales sirven para maximizar la renta". Esa maximización trae como consecuencia la tendencia a la multiplicación de las mercancías, como forma de optimizar sus utilidades: colecciones de libros, decoración abundante, turismo con medios de transporte rápido (mayor cantidad de paisajes y de lugares vistos y fotografiados): a mayor cantidad, mayor 'calidad' de las mercancías.

Otra manera de maximizar el ingreso o el salario es incrementando el tiempo de trabajo. A partir de ello, los placeres y el descanso se subordinan al trabajo y sirven apenas para reponer las energías gastadas: el tiempo de

trabajo debe ser dilatado y el de ocio y de consumo acortado. La maximización de la renta determina, además, que "la libertad de elección de las mercancías es fundamental", ya que tal libertad permite elegir la cantidad y la calidad convenientes para cada uno, maximizando de ese modo la renta. El concepto de libertad aparece aquí invertido: libertad no es el desarrollo de las potencialidades humanas y más bien desarrolla el poder de cosificarse, dejando de ser un humano más completo. La infinidad de mercancías justifica esa libertad y justifica igualmente la libertad de fabricar y vender cualquier tipo de ellas. La idea que sigue brota de la anterior: cada individuo tiene el derecho de fabricar, vender, comprar, usar y ostentar cualquier tipo de bien.

De la idea ya vista de que con una renta dada se debe adquirir el máximo de mercancías, es posible concluir que no hay que compartir con otros las mercancías adquiridas con su renta personal. Por eso cada persona debe poseer "su" lavadora de ropas, "su" auto, "su" casa, "su" cuarto de baño. Esta lógica absurda lleva a los individuos a creer que el consumo colectivo debe ser eliminado, que los impuestos son siempre demasiado elevados, etc.: en síntesis, los bienes, de preferencia, deben ser consumidos de forma individual y no colectiva. Cabe observar aquí que hoy gran parte de los bienes son consumidos por individuos o familias, aun así, una proporción elevada de ellos podría ser consumida colectivamente (transporte, jardines, piscinas, lavadoras de ropa, entre otros), quedando para el consumo individual o familiar solo los bienes que no pueden ser compartidos por otros (ropa, comida, alquiler, algunas formas de entretenimiento etc.). Una opción preferencial por el consumo individual conlleva muchas consecuencias negativas, como ya se analizó.

El consumo individual en detrimento del colectivo conduce a las personas a un individualismo cada vez más egoísta. Se mira la solidaridad con desprecio. Lo que ocurre con el vecino es un problema exclusivo de él, pues "el individualismo egocéntrico permite una mayor felicidad". Aceptado lo anterior, cada persona pasa a sentirse la responsable exclusiva de sus éxitos y fracasos: cada persona

es independiente en el plan personal. Así, los desempleados son personas irresponsables; los que ganan menos son vagabundos. Si eso es verdad, es claro que "la sociedad es la suma de los individuos". Esta idea es el punto de partida de todas las teorías justificadoras del *statu quo*, sean ellas de la sociología, la economía, la psicología o la política.

Finalmente, de la idea ya vista de que el individualismo egocéntrico posibilita una mayor felicidad, se llega a que "la soledad es la felicidad". La soledad es coherente con todas las ideas anteriores. Innumerables comportamientos personales se explican por esta idea: arquitectura que valora la privacidad en exceso, utilización excesiva de medios electrónicos unipersonales en detrimento del contacto personal, etc. Los hogares unipersonales y las familias monoparentales se tornan la norma. Esta soledad como norma de conducta trae, sin embargo, una frustración afectiva que se detecta con claridad por medio de las altas tasas de suicidio y neurosis que caracterizan, sobre todo, las sociedades modernas más desarrolladas.

8. La ideología potencial en las sociedades modernas

¿Cuál es la idea-madre potencial de las sociedades actuales y que será real en el futuro? En primer lugar, ella debe ser opuesta a la idea-madre dominante hoy (el valor de uso es precio). Así, la hegemonía, ahora en manos del valor, tiene que ser sustituida por la hegemonía del valor de uso, hoy en la oposición. En segundo lugar, los valores de uso deben ser prioritariamente para la sociedad como un todo, al revés de ser producidos para satisfacer intereses minoritarios (valores de uso individualizados). Esto se justifica por la elevada productividad actual que, caso fuese bien direccionada, conseguiría satisfacer incluso las necesidades individuales de manera más que suficiente, es obvio que sin los lujos exorbitantes e inutilidades de hoy y, además, por limitaciones ecológicas y éticas. En tercer lugar, el valor debe ser un medio de cambio para fabricar valores

de uso y no una finalidad en sí misma. En cuarto lugar, en condiciones de alta tecnología, el valor de uso puede ser caracterizado como 'avanzado', para contraponerlo al valor de uso de regímenes precapitalistas.

Todas estas condiciones están contenidas en la frase: "el valor de uso social avanzado domina el precio", la cual es, entonces, la idea-madre potencial de hoy. En efecto, esta idea es opuesta a la idea-madre dominante actual 'el valor de uso es precio', pues es claro en ella que la hegemonía está en manos del valor de uso y la mercancía pasa a ser vista de nuevo en su forma bidimensional. En ella, los valores de uso son prioritariamente para la sociedad como un todo, lo que se expresa con 'social'. En ella, debido a la dominación del valor de uso, el objetivo no es más producir valores y por eso estos pasan a ser un medio de cambio para la producción de valores de uso. En ella, por último, las condiciones son de elevada tecnología, lo que se expresa con 'avanzado'.

Es importante resaltar que a partir del capitalismo, en razón de su propia complejidad, el valor pasa a dominar y, pese a todas las consecuencias negativas ya analizadas de este hecho, él pasa también a ser necesario para el proceso productivo, porque asume, entre otras formas, la de capitales industriales y capitales financieros. Tales funciones tendrán que mantenerse en las sociedades futuras. Por consiguiente, el valor volverá a ser un medio, pero para facilitar la producción, no para dominarla, y por eso deberá ser bien controlado por mecanismos democráticos, siempre democráticos.

Una ideología derivada de la idea-madre "el valor de uso social avanzado domina el precio", debe ser opuesta a la ideología dominante en la actualidad. Por ende, a partir de esta idea-madre se derivan otras que son opuestas al conjunto de las que constituyen la ideología de las sociedades modernas. Así, "no todo lo que tiene valor de uso tiene precio" se opone a la idea de hoy de que "todo lo que tiene valor de uso tiene precio, o más bien todo lo que tiene precio tiene valor de uso". Este principio elimina de raíz una de las ideas más absurdas de las sociedades modernas; la de identificar valores intrínsecos como el amor o la amistad

a precios, transformándolo todo en mercancía, incluso la propia humanidad. Los conceptos de capital humano y de capital natural son la mejor expresión de ello.

De manera similar, en esta situación, el dinero y la renta dejan de ser fines en sí mismos y pasan a ser medios para la satisfacción de las necesidades individuales básicas, ya que la mayor parte de las mercancías deberían tener una función social y no ser más una preocupación ligada al salario o a la renta de las personas, o sea, "la felicidad no se obtiene con mayor renta". De este modo, los salarios dejan de ser la principal reivindicación de las personas. Por otro lado, los capitalistas y funcionarios administradores deberían mirar el dinero como medio para fabricar valores de uso definidos por la mayoría de la población y no por ellos, siempre mediante mecanismos democráticos. Así como la Reina de la Inglaterra lee, resignada, los discursos de los primeros ministros de turno, la burguesía y los funcionarios de empresas estatales y socialistas deberían actuar según decisiones democráticas, vale decir, el capital se vuelve un medio para la producción prioritaria de valores de uso sociales.

Como el conocimiento y la calificación deberían ser principalmente un medio para el desarrollo de las potencialidades humanas y de la sociedad, los individuos no deberían ser valorados por sus rentas o consumos, como ocurre ahora. La ostentación desaparecerá, subvirtiendo así los conceptos dominantes de moda, de lujo, de 'estética', abriendo el camino para la infinita imaginación creativa de los seres humanos, de la cual Picasso fue apenas un ejemplo de vanguardia. Con una frase: el valor de uso social debe ser maximizado. De este principio se derivan otros como el de que "la felicidad no se obtiene con mayor renta personal", o "las relaciones personales no sirven para maximizar la renta", o bien "a una mayor cantidad no necesariamente corresponde una mayor calidad de las mercancías".

Como el objetivo de las personas no debería ser más la renta personal, no debería ser más necesario aumentar el tiempo de trabajo. Este se subordinará al ocio y al descanso: "el tiempo de ocio y de consumo debe ser dilatado y el de

trabajo acortado". En vez de 'fast foods', se celebrarán 'slow foods': la comida en sí se convierte en una fiesta, como tiene que ser, y no un mal necesario para volver a trabajar con el mayor rendimiento posible.

La divulgada libertad de consumir y de fabricar cualquier tipo de mercancía, debería ser sustituida por la idea de que la libertad de consumir y de fabricar mercancías ha de estar subordinada a los intereses más amplios de la sociedad.

La afirmación de que los bienes deben de preferencia ser consumidos de manera individual, ha de ser sustituida por "los bienes deben de preferencia ser consumidos socialmente", que, puesta en práctica, elimina el individualismo egoísta y economiza enormemente el trabajo solidario en función del bien común, esto es el trabajo global. Esto no significa que el consumo individual deba desaparecer sino que, cuando sea posible y deseable, el consumo colectivo debe sustituirlo. Claro está también que las decisiones en este sentido serán siempre democráticas. La solidariedad pasa de nuevo a ser un valor ético: "el altruismo permite una mayor felicidad". Aceptado lo anterior, cada persona pasa a sentirse corresponsable por los éxitos y fracasos de los otros y de la sociedad como un todo, y no responsable nada más de sus éxitos y fracasos. Es decir, un ser humano íntegro y feliz es un ser humano responsable consigo mismo, pero responsable de igual modo por los otros, tal como fue antes del surgimiento de las sociedades de clase. "La sociedad como la síntesis de individuos" sustituye la idea de que ella es apenas una suma de ellos.

En el lugar de la soledad como sinónimo de felicidad, que parece ser el objetivo implícito de nuestras sociedades, los valores intrínsecos de la humanidad formarán desde entonces la base de la felicidad: la solidariedad, el amor, la amistad. La arquitectura que valora los espacios públicos, los contactos personales, debe adquirir prioridad en vez de los medios electrónicos. En términos éticos, vale la pena insistir ahora en el principio "no haga a los otros agrupamientos lo que no le gustaría que ellos hiciesen al suyo", el cual es coherente con la idea-madre potencial de nuestras sociedades. Por otro lado, este principio lleva

implícito el respeto irrestricto a todo y cualquier grupo o minoría, sea ella social, de comportamiento, económica, y, como consecuencia, el respeto irrestricto a las diferencias entre las personas que, por este motivo, deben tener mayores posibilidades de desarrollar sus distintas potencialidades. La sociedad futura debe ser diversa y tolerante, tanto en el nivel de los individuos como en el de los grupos y las formas de producción, o sea, realmente democrática.

9. Mercancía social avanzada

Con base en la ideología potencial de las sociedades actuales, es posible inferir cómo será, en líneas muy generales, el tipo de producción de las sociedades postcapitalistas y postsocialistas. Ellas deberán funcionar a partir de una novísima doble dimensionalidad de la mercancía, con hegemonía del valor de uso de los bienes, con los valores retornando a su función original de medios de cambio para elaborar valores de uso prioritariamente sociales y no para individuos y/o grupos minoritarios. Esta inversión es viable gracias al elevado desarrollo tecnológico de hoy, necesaria por las limitaciones del ecosistema global y por cuestiones éticas. Por consiguiente, esta inversión es inevitable a largo plazo.

Es importante destacar que esta forma de producción ya existe en la actualidad en estado embrionario o potencial, no obstante, por no ser hegemónica, deja mucho que desear. Verbigracia, un sistema de salud donde el trabajador elige el médico privado o el hospital privado, pero en el cual las consultas son pagadas por un organismo técnico que define los tipos de servicios, las prioridades, los precios. En este caso la producción es privada y la ganancia es su objetivo, sin embargo la salud pasa a tener valor de uso casi social, porque un órgano técnico define las prioridades y controla las ganancias y los gastos excesivos, típicos de los sistemas privatizados libres. Para ser en efecto social o colectiva, solo faltaría un control realmente democrático y popular sobre tal órgano técnico. La mercancía salud pasaría a tener un

valor de uso social que controlaría los abusos del valor, todo en condiciones de alta tecnología media, vale decir, en condiciones avanzadas.

De forma similar, hay ciudades que dan prioridad al sistema de transporte colectivo; otras en que los propietarios de autos pagan, además de sus costos directos, los indirectos como los paneles antirruido, puentes, polución, etc. (Bergen, Noruega); hay un número progresivo de ciudades que dificultan, por medio de diversos mecanismos, la circulación de autos particulares; hay otras que incentivan el transporte individual por bicicleta; hay países, como Dinamarca, que prohibieron la instalación de centrales nucleares; hoy está generalizándose la prohibición de fumar en lugares públicos; en España, los socialistas ganaron las elecciones por la fuerza que adquirió el movimiento pacifista en contra de la guerra en Irak; en Bangladesh existe el Grameen Bank, ideado por Muhammad Yunus, especializado en financiar microempresas; en muchísimos países cualquier nuevo gran proyecto, privado o estatal, para ser autorizado, debe tener su posible impacto ambiental estudiado por un grupo de peritos; etc. Muchos de estos avances existen gracias a la presión de movimientos ecologistas, pacifistas, antineoliberales como el Foro Social Mundial, surgidos, todos, a partir de la segunda mitad del siglo XX.

En el momento en que exista una masa crítica [8] de mercancías y servicios con valor de uso social avanzado en determinada sociedad, de tal manera que este proceso sea irreversible y sostenible, ella dejará de ser capitalista o socialista, puesto que la hegemonía será del valor de uso. Esta mercancía, minoritaria y potencial en las sociedades modernas y real en las futuras, es aquí denominada "mercancía social avanzada": es social, porque el control es hecho colectiva y democráticamente, y avanzada, porque las condiciones de producción son en promedio de elevada productividad, al contrario de las sociedades precapitalistas.

---

[8] Por analogía con la física, se trata de la cantidad mínima de determinada materia necesaria para que se mantenga una reacción nuclear autosostenible.

Por otra parte, en las sociedades futuras la hegemonía del valor de uso será siempre conflictiva. No hay paraíso en la tierra. Si, por un lado, la situación ideal sería la de disponer de cantidades ilimitadas de mercancías colectivas, por otro, esas cantidades son limitadas por el valor de las mismas, ya que la cantidad de trabajo es limitada y existen límites físicos, ecológicos y éticos para una producción ilimitada de mercancías. De todos modos, se debe intentar obtener la mayor utilidad colectiva con un mínimo de valor, esto es, con un mínimo de tiempo de trabajo y de energía.

10. Hacia una verdadera democracia

Cualquier actividad humana, en sociedad, es trabajo y por ende producción (de bienes o servicios), necesaria para la sobrevivencia y la realización humanas. Como tenemos imaginario, el proceso productivo, por ser social, encierra siempre finalidades y precisa fundamentarse en una ideología para sostenerse. No existe actividad productiva sin ideología, y viceversa. El poder político, la capacidad de mantener unida la sociedad produciendo para sus necesidades y sobrevivencia, es la síntesis entre el proceso productivo y la ideología. En términos más generales, poder es sinónimo de praxis social.

Por otro lado, hay una evolución del poder, pues este depende simultáneamente de las formas de producir y de pensar vigentes en determinada época, las cuales son históricas.

La enorme complejidad de las sociedades modernas exige sistemas de gestión flexibles y no centralizados. El socialismo real fracasó en gran medida por su falta de flexibilidad, causada por un sistema de producción supuestamente planificado y centralizado. En el capitalismo existe flexibilización productiva, sin embargo el problema se resuelve apenas de modo parcial. En efecto, en ambas sociedades, para controlar la ganancia, los medios de producción y los trabajadores y para imponer la finalidad de la producción como acumulación de valores, se requiere

de un Estado burocratizado con una élite que lo controle con firmeza. En otras palabras, este Estado es altamente centralizado porque necesita defender las necesidades de una minoría y, por tanto, reprime los intereses de todas las otras minorías existentes y por existir. Tanto el mercado perfecto o totalizado, como la planificación perfecta o totalizada, son imperfectos y exigen, para mantenerse, regímenes muy centralizadores.

Este poder oscila, con distintas proporciones, entre una ideología que lo justifica y la fuerza de la coerción. Estas alternativas definen diversos sistemas políticos, aunque siempre con un Estado centralizador (democracia electiva, socialismo estalinista, dictaduras tercermundistas, nazismo, fascismo). Se debe acordar que este Estado, denominado también Estado-nación, fue una invención del capitalismo y que continuó existiendo sin modificaciones esenciales en el socialismo. No hay que olvidar que este mismo Estado, en su forma 'democrática', creó guerras, el colonialismo (con el racismo) y el imperialismo, no resolvió el problema de la miseria, mató y sigue matando millones de personas.

Actualmente impera la hegemonía por parte del valor y de la ideología real de las sociedades modernas, cuya síntesis es el ya comentado Estado-nación. Para transcender este tipo de Estado o, mejor dicho, estas sociedades, es preciso sustituir el proceso productivo cimentado en la hegemonía del valor por el proceso productivo fundado en la hegemonía de la mercancía avanzada, y la ideología real actual por la ideología potencial. Tanto las medidas para transformar la ideología potencial en una ideología real como la realización de la producción potencial en una producción real, son válidas y necesarias porque la una refuerza a la otra, lo que genera un círculo virtuoso de tal manera de poder llegar a la masa crítica ya comentada, que pondrá fin a la era moderna.

Al partir de valores de uso y no de valores de cambio, la definición de las necesidades parte de lo local y lo específico y por ello el poder ha de ser muy descentralizado y con una creciente capacidad de autogestión, es decir, ha de nacer de una democracia participativa. Que se produzca, en la

medida de las posibilidades, localmente lo que se necesita en el plano local, es consecuencia de lo anterior y a la vez su punto de partida. Los lazos de competencia enraizados en el mercado se cambian por lazos de solidaridad entre pueblos desde la complementariedad. En efecto, se requieren mecanismos muy democráticos y descentralizados de poder para satisfacer las diferentes necesidades de una población con grados crecientes de educación y constituida por innumerables grupos minoritarios, o sea, una población sumamente heterogénea. Como ya fue afirmado, la sociedad futura debe ser diversa y tolerante, tanto en el nivel de los individuos como en el de los grupos y las formas de producción. Para que esto ocurra, el conocimiento y la calificación deberán ser sobre todo un medio para el desarrollo de las potencialidades humanas y de la sociedad. Por ende, deben existir altos grados de educación para que tal descentralización sea posible.

¿Lo anterior significa que el Estado desaparecerá? No del todo, ya que muchas de sus funciones continuarán siendo necesarias, pero apenas las más técnicas (contabilidad social global, mecanismos de distribución de los recursos, control o incluso gerencia del sistema financiero, entre otras) y las más estratégicas (relaciones exteriores, ejército etc.). Sin embargo, la función básica de hoy, la de mantener la hegemonía del valor, desaparecerá.

La superación de las sociedades actuales puede ser hecha, en teoría, de distintos modos. Está dada la posibilidad de superarlas por la fuerza de las armas, tomando el Estado mediante un golpe, o bien por libre voluntad. El problema del primer camino es que, para que sea exitoso, siempre será controlado por una élite y, por lo tanto, tiende a la larga a volver a un sistema anterior cualquiera (capitalismo, socialismo, nazismo, socialdemocracia, populismo). Vale decir, es otra repetición histórica del 'cambiar en la apariencia para no cambiar el propio poder'.

Otro error seria excluir de esta utopía a las empresas privadas y, otro todavía más grave, a las estatales. Los empresarios podrían continuar ejerciendo su competencia profesional e imaginación, tener sus ganancias reguladas,

y los administradores públicos podrían seguir ejerciendo su competencia profesional en las empresas estatales de sectores estratégicos que trasciendan las necesidades locales. Sin ser hegemónicos, harían lo que los ciudadanos democráticamente decidiesen. Sería necesario, además, definir y establecer controles ciudadanos institucionalizados. De manera similar, personajes típicos de la época feudal como artesanos, campesinos, reyes y reinas , aun cuando continúan existiendo en el capitalismo, desde hace tiempo ya no lo controlan. El maniqueísmo derivado de las viejas teorías del Estado como un ente que controla el todo social, debe ser sustituido por una visión de poder político donde lo importante es tener la hegemonía a través de innumerables mecanismos. Si existiera alguna direccionalidad del poder, esta sería el poder de la voluntad de las mayorías. Esta puede ser la salida para la pluralidad y la complejidad de las sociedades futuras.

11. Acciones para reforzar la mercancía social avanzada

De las argumentaciones anteriores se infiere que la construcción de las sociedades futuras, en términos prácticos, es forzosamente lenta. Solo se debe defender políticas en las cuales el valor de uso social sea prioridad con respecto a los precios, además, desde luego, de incentivar la ideología potencial. Eso puede ser hecho, al menos de manera parcial, por medio de algunas acciones:

a) Descartar bienes y servicios claramente inútiles o incluso nocivos para la sociedad como un todo, mediante diversos mecanismos de presión (plebiscitos frecuentes, manifestaciones, análisis críticos, medios de comunicación y, en última instancia, desobediencia civil, etc.). Entre los productos nocivos se cuentan las armas atómicas y ofensivas, algunos tipos de agrotóxicos y las industrias excesivamente contaminadoras.

b) Control social estricto sobre los bienes y servicios estratégicos (agua, luz, educación, salud, transporte, comunicaciones, ejército, policía).

c) Hegemonía del valor de uso colectivo con respecto al valor en el sistema financiero. Ello implica orientar el crédito exclusivamente a industrias y/o servicios que producen bienes útiles para la colectividad. De esta manera, el crédito estaría orientado por bienes de utilidad social y las burbujas especulativas serían eliminadas.

d) Incentivo y lucha por poderes diluidos en términos institucionales y administrativos, con amplia descentralización geográfica.

e) Incentivo y lucha por una elevada educación humanista y totalizadora para todos, independientemente de la calificación técnica específica de cada uno.

f) Presupuesto participativo de las unidades político-administrativas (gobiernos); esto es, ordenar los ítems del presupuesto con una escala decreciente de importancia, con énfasis en valores de uso colectivos, mediante plebiscito u otro medio de participación popular.

g) Apoyo a todas las organizaciones que luchan, directa o indirectamente, por la hegemonía del valor de uso con respecto al valor: ecológicas, pacifistas, antinucleares...

h) Democratización de los medios de comunicación y control sobre la publicidad.

i) Distribución de la renta lo más homogénea posible, a través de impuestos diferenciales sobre ella y políticas redistributivas específicas.

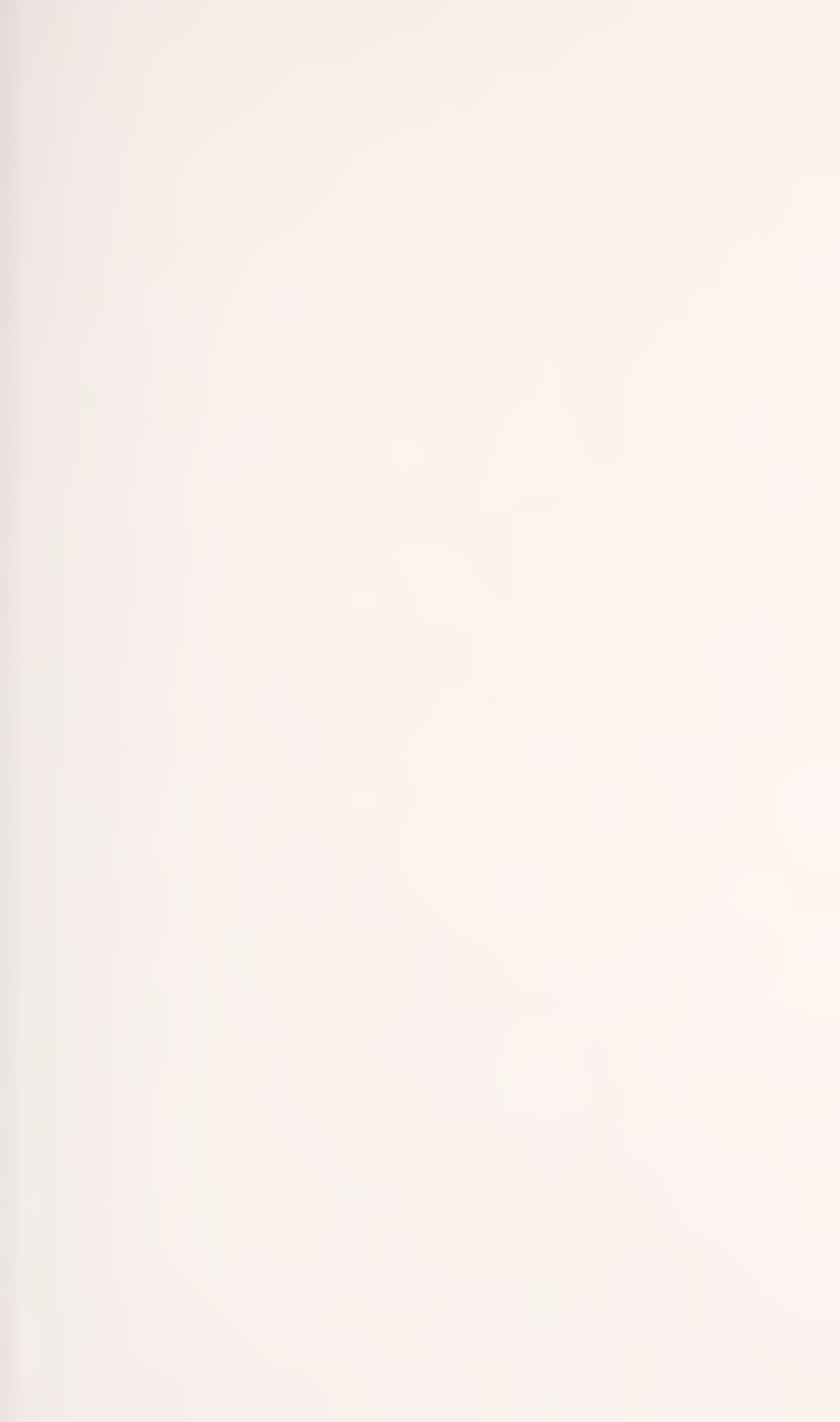
j) Pago de tasas especiales por parte de los compradores de determinadas mercancías, para cubrir los costos indirectos provocados por ellas. Ejemplo: el poseedor de un carro debería pagar no solamente por este, sino también por todos los gastos que trae consigo: vías públicas, túneles, polución, ruido.

k) Incentivo a las formas productivas que, por lo general, priorizan el valor de uso: pequeñas cooperativas, organizaciones no gubernamentales, pequeña producción agrícola y artesanal; una manera, además, de aumentar el empleo.

l) Impuesto o subsidio diferenciado sobre las mercancías, según una escala de valores de uso definida democráticamente. Ejemplo: impuesto cero, mínimo o incluso subsidio para bienes esenciales para la mayoría de la población (educación, salud, etc.) y elevados para los más superfluos o dañinos (carros, cigarrillos, bebidas, joyas, palacios).

Impreso en:
Lara Segura & Asoc.
(506) 2256-1664
O.P: 2785





El siglo XXI se nos presenta como una época que puede ser el fin de la historia o el principio de una nueva historia; es decir, un período para que la humanidad se reconstruya como raza humana, para las futuras generaciones y su continuación, aprendiendo y construyendo a partir de los errores y los aciertos del pasado. Este libro busca analizar e informar sobre la crisis actual como crisis de civilización en sus diferentes dimensiones, con el objetivo de encontrar en ella oportunidades para construir en la práctica y en la teoría un poscapitalismo.

Por eso, por un lado, se pretende que el libro trascienda el marco académico y sea un instrumento de información y alerta documentada para nuestros pueblos en sus luchas de resistencia al sistema vigente.

Por otro lado, esperamos que el libro dé luces respecto a cómo la crisis brinda oportunidades para la construcción de nuevas institucionalidades y la profundización de procesos de integración hoy en marcha en América Latina y el Caribe.

